ÁNGELES CASO

LAS CASAS DE LOS POETAS MUERTOS

Índice

Portada
Dedicatoria
Prólogo. El espacio que habitaron
Miguel de Cervantes o la lucha por la vida. Casa Natal de Cervantes en Alcalá de Henares. Lope de Vega o la fama. Casa Museo Lope de Vega en Madrid
Jovellanos o la desdicha. Museo Casa Natal de Jovellanos en Gijón
Rosalía de Castro o la saudade. Casa Museo Rosalía de Castro en Padrón. Emilia Pardo Bazán o la fortaleza. Casa Museo de Emilia Pardo Bazán en La Coruña
Machado o la humildad. Casa Museo Antonio Machado en Segovia
Federico García Lorca o el dolor. Casa Natal de Fuente Vaqueros, Casa Museo de Valderrubio, Casa Museo de la Huerta de San Vicente
Citas
Notas
Bibliografía
Agradecimientos
Créditos

Para Ángeles Simón y Eugenio Fuentes,
mis grandes compañeros de viaje

PRÓLOGO
El espacio que habitaron

Este libro es el resultado de un viaje convencional. Un viaje en varias etapas que me llevó a buscar las huellas de algunos de los escritores del pasado a los que más admiro en varias ciudades y pueblos de España: Gijón, La Coruña, Padrón, Alcalá de Henares, Segovia, Fuente Vaqueros, Valderrubio y Granada, además de un paseo por Madrid (y que conste que a veces desplazarse en Madrid es tan largo y pesado como trasladarse a un sitio que se encuentre a cuatrocientos kilómetros de distancia).

En todos estos lugares he podido conocer los espacios físicos que habitaron esos escritores. Sus propias casas, que hoy en día se pueden visitar convertidas en museos donde se conservan recuerdos de sus vidas y testimonios de sus obras: la Casa de Cervantes en Alcalá de Henares, la de Lope de Vega en Madrid, la de Jovellanos en Gijón, la de Rosalía de Castro en Padrón, la de Emilia Pardo Bazán en La Coruña, la de Antonio Machado en Segovia y las de Federico García Lorca en Fuente Vaqueros, Valderrubio y Granada.

Pero el libro es también la consecuencia de un viaje en el tiempo: visitando esos espacios y rememorando las biografías de sus habitantes, he podido recorrer una parte de la historia de España, desde 1547, año en el que nace Cervantes, hasta 1939, cuando muere Machado. He contemplado los objetos de sus vidas cotidianas, sus camas, sus cocinas, sus escritorios, sus libros, sus vajillas y hasta sus orinales. He recordado sus costumbres, las cosas que comían, sus diversiones en las largas tardes de frío, sus maneras de viajar y sus horarios, marcados de cerca por la luz del sol. Pequeños detalles que van componiendo día a día la existencia de todos los mortales y que cambian con el tiempo y los avances tecnológicos. Lentos, al menos si los contemplamos desde el frenético desarrollo material de las últimas décadas. Es curioso pensar, por ejemplo, que todos ellos se alumbraron con velas, candiles o lámparas de gas, aunque Emilia Pardo Bazán, Machado y Lorca llegaron a conocer la electricidad. Que todos ellos tuvieron

que utilizar sistemas de transporte lentos, sucios y pesados, desplazándose por caminos y carreteras que ahora consideraríamos inhumanos. Que todavía en las casas de los García Lorca, en plenos años treinta del siglo pasado, se cocinaba en grandes hogares de apariencia medieval, iguales a los que había trescientos años antes en las viviendas de Cervantes o Lope de Vega. Y que ninguno de ellos gozó de lo que ahora entendemos por «comodidades»: buenos sistemas de calefacción, ascensores, cuartos de baño, electrodomésticos, muebles confortables y mullidos... Aun así, vivieron cada uno de sus días con naturalidad, viajaron —algunos, como Cervantes, frenéticamente— y disfrutaron todo lo que pudieron de las ventajas que les conferían sus tiempos respectivos.

Pero, además de todos esos datos de la pequeña historia, no me ha quedado más remedio que verme envuelta junto con ellos en los grandes acontecimientos: he rememorado vaivenes políticos, crisis, intensas batallas en busca de un mundo mejor, persecuciones, encarcelamientos, guerras... He podido comprobar, una vez más, el profundo peso en nuestro país a lo largo de los siglos del pensamiento más reaccionario, y la inquina con la que el poder y la Iglesia persiguieron a los heterodoxos, a quienes trataban de cambiar las cosas y de construir una sociedad más justa y más libre: el envenenamiento de Jovellanos y su larga prisión, los feroces ataques misóginos contra Emilia Pardo Bazán, la penosa huida de Machado y el asesinato de Lorca son tan sólo recuerdos especialmente visibles —por la importancia de sus víctimas— de una realidad tristísima que asoló durante siglos nuestro país y costó muchas vidas y muchísimo sufrimiento. Las atrocidades incesantes de nuestra historia.

Convulsos, melancólicos, a veces incluso atormentados... Ninguno de ellos tuvo una existencia fácil o serena. Y, sin embargo, resistieron todos los ataques, superaron una y otra vez su propia inseguridad y se comprometieron incesantemente con el ser humano, cosa que, al fin y al cabo, es lo que hacen todos los escritores que perduran en el tiempo. Todos se extinguieron en sí mismos, como si su sangre genial estuviese destinada a desaparecer: Jovellanos, Machado y Lorca no tuvieron hijos. Cervantes y Lope de Vega dejaron sólo hijas que no pudieron transmitir su apellido. Y ninguno de los hijos e hijas de Rosalía de Castro y de Emilia Pardo Bazán tuvo descendencia.

Nos queda, por fortuna, su obra. El resultado feliz, frente a tanta desdicha, de su esfuerzo, su talento, su imaginación y su sabiduría. Y estos espacios en los que habitaron y donde sus fantasmas, quizá,

rondan en las noches, presentes para siempre en nuestras vidas de lectores. Este libro es una manera de darles las gracias por haber existido. Por haber escrito, haciéndonos a nosotros, al cabo del tiempo, más ricos y mejores.

Miguel de Cervantes o la lucha por la vida
Casa Natal de Cervantes en Alcalá de Henares

Lope de Vega o la fama
Casa Museo Lope de Vega en Madrid

Adiós, dije a la humilde choza mía;
adiós, Madrid, adiós tu Prado y fuentes, que manan néctar, llueven ambrosía.

CERVANTES

Y tengo, como sabéis, pobre casa, igual cama y mesa, y un huertecillo cuyas flores me divierten cuidados y me dan conceptos.

LOPE DE VEGA

En aquel entonces, solían llamarlo el barrio de las Musas. Ahora es el barrio de las Letras. Es un rectángulo irregular, en el corazón de Madrid, entre el paseo del Prado, la calle Atocha, la de Carretas y la Carrera de San Jerónimo. Madrid antiguo. Pura historia. Algunas de sus calles llevan los nombres de varios de los escritores que vivieron por aquí: Moratín, Ventura de la Vega o Echegaray, además de los de sus dos vecinos más ilustres, Cervantes y Lope de Vega, que tuvieron sus casas el uno junto al otro.

Es agradable pasear por él durante el día. Y también de noche, si te gustan los bares de copas, la música que va y viene a ráfagas cuando se abren las puertas de los locales, las multitudes animadas del fin de semana. Pero hasta que empieza la vida nocturna, es un barrio tranquilo. Hay calles peatonales —todo un raro privilegio en medio del ruidoso y caótico Madrid— y muchas tabernas, restaurantes, hoteles, galerías de arte y tiendas de muebles y objetos de diseño. Y una sorpresa para los amantes de la poesía: en medio de las losas del suelo, hay grabados versos de algunos de nuestros grandes poetas: «Miré los muros de la patria mía, / si un tiempo fuertes ya desmoronados, / de la carrera de la edad cansados / por quien caduca ya su valentía», se lamenta Quevedo en grandes letras doradas, retratando en tan pocas palabras toda una época. No me

atrevo a pisarlas —sería tanto como poner el pie sobre el propio Quevedo—, así que doy un ridículo saltito que me deposita al otro lado. Alzo la vista: los edificios decimonónicos —viviendas de clase media con sus típicos balconcillos de hierro forjado— parecen asomarse silenciosos, como si lo hicieran a una especie de isla que termina abruptamente en el bullicio del tráfico de las calles que la circundan. Un lugar aislado, con esa sorprendente mezcla de vida-de-barrio-de-toda-la-vida y modernidad que se da en algunas zonas de esta ciudad.

Me lo imagino hace cuatrocientos años. En las primeras décadas del siglo XVII, cuando Cervantes y Lope —y también Góngora y Quevedo— vivieron por aquí. Nada que ver con lo de ahora, por supuesto: callejuelas polvorientas o enlodadas bajo la lluvia, casuchas de adobe, algún feo palacio de ladrillo hecho deprisa y corriendo, huertos de los que se escapan las gallinas, las campanas de los numerosos conventos resonando en medio del griterío y, por encima de todo, aquella famosa pestilencia de Madrid, el olor a inmundicias de una ciudad en cuyas viviendas no había letrinas, de tal manera que todas las porquerías de sus habitantes acababan en las calles al grito de «agua va».

Y luego, claro está, el gentío: un marqués al que sus criados llevaban en silla de manos a pasear al concurrido Prado, seguido por una cohorte de escuderos y lacayos. Un tropel de «gentes de capa negra» —funcionarios de la administración central— afanándose de un sitio a otro. Las prostitutas con sus vestidos chillones y escotados transitando las calles, descaradas y alegres, en busca de clientes. Los frailes pidiendo limosna y, tras ellos, los curas con sus largos manteos levantando polvo, mientras se dirigían a algún palacio donde una dama piadosa les ofrecería un rico chocolate con bizcochos. Los criados yendo a comprar velas a la cerería. La moderna carroza de una duquesa atorada en la esquina de la calle, añadiendo las mulas sus boñigas a los excrementos humanos recién arrojados desde la casa de al lado. Las lavanderas con sus grandes cestos sobre la cabeza camino del Manzanares, flotando al aire sayas y camisas. Un grupo de mendigos echando una ruidosa partida de cartas en el suelo, a las puertas del convento de las Trinitarias, que enseguida se abrirían para darles «la sopa boba». Los licenciados en busca de empleo callejeando y requebrando a las criaditas jóvenes.

Y los actores y las actrices y los «autores de comedia» —directores de las compañías— y los escritores de piezas dramáticas. Éste era el barrio de los teatros. O mejor: de los corrales de

comedias. En el Madrid de aquellos tiempos aún no había ningún teatro propiamente dicho, a pesar de que ése fuera el entretenimiento favorito de la población. Tan sólo dos corrales recién inaugurados, espacios improvisados entre dos filas de casas. El Corral de la Cruz se levantaba en la calle que ahora lleva ese nombre. Y muy cerca, el del Príncipe, del que todavía es heredero —cuatro siglos después— el Teatro Español.

Las representaciones —que tenían lugar cada tarde— no gozaban todavía del aura de sacralidad que poseen ahora. Allí no se exigía ni silencio, ni compostura, ni nada parecido. Todo lo contrario: aquello era una especie de carnaval perpetuo, un guirigay en el que todos gritaban, comían, bebían, se llamaban a voces, se peleaban y hasta podían llegar a matarse. José Pellicer, cronista mayor de Castilla, contó en sus *Avisos históricos*, una especie de periódico de la época: «Ayer, D. Pablo de Espinosa, por diferencias sobre un banco en la comedia, mató a un caballero llamado D. Diego Abarca, y el matador quedó tan mal herido que está desahuciado.» La verdad es que eran tiempos de violencia: la bronca, la pelea, el cruce de espadas y el asesinato formaban parte de la vida cotidiana de una manera que ahora no somos capaces de imaginar, por mucho que nos quejemos de la cantidad de delitos que inundan nuestras calles.

La mayor parte de las gentes del teatro vivía cerca de los corrales, en aquel barrio agitado y lleno de ingenio. Todo el mundo se pasaba un rato cada mañana por el mentidero de la calle del León, uno de esos espacios al aire libre que había en diversos lugares de Madrid y en los que se transmitían noticias y rumores y se hacían y deshacían prestigios. Allí se encontrarían en más de una ocasión Cervantes y Lope de Vega, vecinos ambos de la zona al menos desde 1607, cuando don Miguel regresó a la ciudad después de una estancia de tres años en Valladolid. Ambos eran en aquel momento famosísimos, dos auténticas glorias de las letras españolas. Lope era el autor de obras dramáticas más prolífico y más reconocido, hasta el punto de que la frase «es de Lope» se había convertido en un dicho popular para referirse a algo de muy buena calidad. Y Cervantes había alcanzado un éxito impresionante dos años atrás con la primera parte del *Quijote*.

Sí, dos verdaderas glorias. Sin embargo, aquellos dos hombres unidos por el amor a las letras y por el genio eran enemigos encarnizados: ninguno le perdonaba al otro sus triunfos, así que se ponían verdes de palabra y de obra, dedicándose menciones en sus textos y haciendo públicos crueles escritos que se lanzaban a la cara

como escupitajos: si el cura del *Quijote* criticaba en la primera parte las «comedias al uso [...], espejos de disparates, ejemplos de necedades e imágenes de lascivia», unos años después se publicaba una segunda parte «pirata» —la que firmó el supuesto licenciado Alonso Fernández de Avellaneda— que con toda probabilidad surgió del círculo de Lope para atacar a Cervantes. Aquélla era una enemistad literaria que a veces podía llegar muy lejos y ser realmente dañina. Valga como ejemplo este soneto con el que Lope —o alguien muy cercano a él— respondió a otro previo de don Miguel, o de alguien muy cercano a él. Es difícil afirmar la autoría a ciencia cierta porque, como es lógico, esas cuartillas circulaban por los mentideros de manera anónima:

Yo, que no sé de la-, de li-, ni lé-,
no sé si eres, Cervantes, co- ni cú-,
sólo digo que es Lope Apolo, y tú
frisón de su carroza y puerco en pie.

Para que no escribieses, orden fue
del Cielo que mancases en Corfú.
Hablaste, buey, pero dijiste mu;
¡oh, mala quijotada que te dé!

Honra a Lope, potrilla, o ¡guay de ti!,
que es sol, y si se enoja, lloverá.
Y ese tu Don Quijote baladí,
de culo en culo por el mundo va,
vendiendo especias y azafrán romí
y, al fin, en muladares parará. [1]

Claro que la rivalidad no era sólo entre Lope de Vega y Cervantes. Todos los grandes escritores de la época —y eran muchos en aquellos tiempos esplendorosos para las letras del Siglo de Oro— andaban metidos en peleas los unos con los otros y hacían circular poemas satíricos sobre los enemigos, en una especie de perpetua lid. Góngora, por ejemplo, se burló así de la manía de Lope de asegurar que era noble, ridículo empeño que le llevó a poner al frente de la edición de *El peregrino en su patria* el escudo con diecinueve torres de Bernardo del Carpio, del que se decía descendiente:

Por tu vida, Lope, que me borres
las diez y nueve torres de tu escudo,
porque, aunque todas son de viento, dudo
que tengas viento para tantas torres. [2]

Como era de esperar, Lope se lo devolvió llamándole «verdugo de las palabras» y burlándose de su estilo poético:

Inés, tus bellos, ya me matan, ojos
y al alma, roban pensamientos, mía
desde aquel triste, que te vieron, día
con tus crueles, por tu causa, enojos. [3]

En realidad, lo que aquellos hombres de talento inmenso dirimían a base de ataques no era sólo la fama —concepto muy importante en la época— sino también, y quizá sobre todo, el dinero. Concretamente, el apoyo de los grandes nobles de la corte, a los que se veían obligados a dedicar sus obras y a halagar a cambio de un puñado de doblones, algún regalo, ciertas prebendas o, simplemente, protección. Suena miserable, pero por aquel entonces la vida literaria era así: aún no había nacido lo que ahora conocemos como el mercado editorial. Los libreros —que eran quienes se ocupaban de editar los libros— pagaban a los autores muy poco y, como no existía el concepto de derechos de autor, se quedaban con la propiedad de sus textos, que podían cambiar y corregir a su antojo. Era además imposible que se vendiesen muchos ejemplares, porque la inmensa mayoría de la población era analfabeta y las obras de éxito popular se conocían sobre todo, como ocurrió con *Don Quijote*, a través de lecturas en voz alta. Para colmo de males, la piratería de libros era una actividad tan común como ocurre ahora con las descargas ilegales de música o cine en internet.

A los escritores no les quedaba otro remedio que buscarse la vida. Y, lamentablemente, buscarse la vida implicaba —en aquella sociedad absolutamente jerarquizada— hacer la pelota a los grandes, dedicarles sus obras, componerles loas, servirles de secretarios y correveidiles y hasta escribirles sus textos amorosos, a la manera de Cyrano de Bergerac (que fue, por cierto, un personaje real). Lope de Vega, por ejemplo, se ocupaba de la correspondencia con sus amantes de su gran protector, el duque de Sessa. Y era capaz de humillarse tanto ante él que, en una ocasión, al enterarse de que uno de sus caballos estaba enfermo, le escribió lo siguiente: «Le juro como montañés que si mi sangre fuera necesaria a un caballo de vuestra excelencia no dudaría en sacármela toda.»[4]

Las dedicatorias de los libros a los nobles y los grandes eclesiásticos solían ser un cúmulo de loas y exageraciones que ahora nos hacen sonrojar. Incluso Cervantes, que en ese sentido fue

bastante moderado, escribió cosas como éstas en su dedicatoria de *La Galatea* al «Ilustrísimo Señor Ascanio Colona, abad de Santa Sofía»: «Juntando a esto el efecto de reverencia que hacían en mi ánimo las cosas que, como en profecía, oí muchas veces decir de V. S. Ilustrísima al cardenal de Aquaviva, siendo yo su camarero en Roma, las cuales, ahora no sólo las veo cumplidas, sino todo el mundo que goza de la virtud, cristiandad, magnificencia y bondad de V. S. Ilustrísima, con que da cada día señales de la clara y generosa estirpe do desciende, la cual en antigüedad compite con el principio y príncipes de la grandeza romana, y en las virtudes y heroicas obras con la misma virtud y más encumbradas hazañas, como nos lo certifican mil verdaderas historias, llenas de los famosos hechos del tronco y ramas de la real casa Colona, debajo de cuya fuerza y sitio yo me pongo ahora, para hacer escudo a los murmuradores que ninguna cosa perdonan.»[5]

Pobre Cervantes. Confieso que me da pena verlo caer en esos excesos, a él que supo tanto de la dignidad humana. Y además, ni siquiera le sirvieron para mucho: para sobrevivir a duras penas, después de toda una vida de lucha y aventuras, sin llegar a gozar nunca de ningún lujo. En esos primeros años del siglo XVII, cuando compartió el barrio de las Musas con Lope de Vega, éste vivía en una buena vivienda de su propiedad, mientras que Cervantes tenía que conformarse con casas de alquiler. Mejor dicho, casuchas: los precios de Madrid eran ya por entonces, igual que ahora, demasiado caros para él, y tampoco había mucho donde elegir.

Lo cierto es que el aspecto de la ciudad solía asombrar a los visitantes extranjeros por su pobreza, desorden y suciedad. Salvo algún palacio construido en piedra y algún caserón de ladrillo —como el de Lope—, la mayor parte de las viviendas eran edificaciones de adobe y madera, con aspecto más rural que urbano, pegadas las unas a las otras sin ningún criterio urbanístico. La creciente población de la corte justificaba además una subdivisión incesante del espacio, de tal manera que aquellas casas solían consistir en un par de habitaciones pequeñas y mal ventiladas que servían al mismo tiempo para usos diversos.

En una casa de esas características vivió Cervantes sus dos últimos años, entre 1614 y 1616, en compañía de su mujer, Catalina, y de una criada. Sabemos que era la planta baja de una vivienda de dos pisos, situada en la esquina de la calle del León con la calle de los Francos —hoy llamada, precisamente, de Cervantes —, a dos pasos del mentidero de los comediantes y a otros dos de la casa de su rival Lope. Supongo que habría muchas mañanas en que

ambos coincidirían inevitablemente. Mientras recorro la corta distancia que los separaba al uno del otro, me pregunto si al menos se saludarían o fingirían no verse, como enemigos realmente irreconciliables, más allá de los ingeniosos juegos literarios.

Esa última casa de Cervantes ya no existe. Ni tampoco, probablemente, casi ninguna de las muchas que habitó a lo largo de su vida de vagabundeo incesante. La única que está identificada —y no con pruebas definitivas— es su casa natal. Durante más de un siglo después de su muerte, fueron varias las ciudades españolas que aseguraban ser la cuna de don Miguel. Pero a mediados del XVIII se encontró su acta de bautismo —del día 9 de octubre de 1547— en la parroquia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares. Las numerosas investigaciones que se han hecho después permiten asegurar que ése fue en efecto su lugar de nacimiento. Y las pesquisas de uno de sus grandes biógrafos, Luis Astrana Marín, sirvieron para localizar en 1941 la vivienda en la que podría haber venido al mundo, situada detrás del hospital de la Misericordia, en plena judería de esa ciudad que, en aquel entonces, era una de las más agitadas de España, con sus cohortes de jóvenes estudiantes universitarios.

Puede que fuera realmente así: éste era en efecto el domicilio de su abuelo, Juan de Cervantes, abogado de vida acomodada, y es bastante probable que don Miguel naciera allí. Pero la casa que ahora se visita es en realidad prácticamente nueva. Cuando fue identificada, aún existía el edificio original. Para convertirlo en museo —y con la excusa de que desde el siglo XVI había sufrido muchos cambios—, la Dirección General de Bellas Artes decidió en los años cincuenta tirarlo casi entero y, sin aplicar ningún criterio científico, construir una imitación de lo que podría haber sido una buena vivienda de su tiempo. Alguna reordenación posterior ha permitido aplicar conceptos arquitectónicos y museográficos más modernos y adecuados. Pero, incluso así, lo que ahora se puede visitar es más una especie de museo antropológico que una casa real.

En realidad, no hay nada aquí que haya sido de Cervantes. Las habitaciones reproducen lo que podrían haber sido aposentos de la época, pero todos los muebles y objetos —interesantes y algunos realmente excepcionales— han sido adquiridos en anticuarios o fabricados ex profeso según modelos de la época. Al final, después de recorrer uno a uno todos esos espacios, salgo de allí con la impresión de saber un poco más sobre la vida cotidiana de los españoles del Siglo de Oro.

He visto muchos de sus utensilios, sus ricos escritorios de taracea y sus sillones fraileros, ese tipo de sillón que nos parece característico de Felipe II y que era un diseño importado de Italia y bastante nuevo por aquel entonces en la Península. He contemplado con cierta ternura, como de hermana mayor y cosmopolita, las cunas de sus niños y las ruecas donde las dueñas hilaban, sus almireces y sus cántaros, los braseros con los que calentaban las salas y las palmatorias y candiles que les servían para alumbrarse, y que imagino semejantes a aquellos bajo los cuales Cervantes escribiría muchas noches, dejándose los ojos.

Me he fijado en cómo adornaban las paredes con tapices en invierno —protegiéndose así del frío— y con guadamecíes y cordobanes de piel labrada en verano, y cómo las ventanas se cubrían simplemente con telas enceradas y con celosías, pues el vidrio era un objeto de lujo que sólo los muy ricos se podían permitir. He sabido cómo regaban en los meses cálidos los suelos de barro para refrescar las salas, y cómo las perfumaban quemando pastillas hechas de costosas resinas venidas de Java y de Sumatra, pétalos de rosa o simples huesos de aceitunas.

Me he detenido a mirar los instrumentos casi de tortura con los que un cirujano como el padre de Cervantes procedía a realizar sangrías y a sacar muelas, expuestos en lo que podría haber sido su gabinete. Y también la ropa blanca de la sala llamada «tocador», la única cosa relacionada con el cuerpo de cuya higiene se preocupaban aquellas gentes que vivían convencidas de que bañarse era malo: al abrirse los poros con el agua caliente —sostenían los sabios—, las enfermedades penetraban fácilmente en el organismo. De hecho, don Quijote sólo se baña una vez a lo largo de todo el tiempo que duran sus aventuras.

He disfrutado del estrado de las damas, esa habitación exclusiva de las casas españolas donde las señoras pasaban su tiempo bordando o charlando, sentadas en el suelo sobre cojines, según una costumbre heredada de los musulmanes. Me pregunto de qué hablarían aquellas mujeres por lo general incultas, a las que la mayoría de los padres se negaban a enseñar a leer y escribir para que no las despreciasen por «bachilleras». Se contarían cotilleos, imagino, entremezclando historias piadosas de santos con rumores sobre entretenidos pecadores, desvelando los planes de boda para sus hijas o la belleza del último sermón del predicador de moda.

He pasado un buen rato contemplando todos esos espacios y cachivaches, perfectamente cuidados, desempolvados y encerados. Pero, salvo en las salas donde se exhiben maravillosas ediciones del

Quijote —incluido un ejemplar de la más bella de todas, la que contiene las ilustraciones de Gustavo Doré—, no creo que nada de todo esto tenga mucho que ver con Cervantes. No logro imaginarme rodeado de tantas comodidades a ese hombre que llevó una vida de nómada, que fue soldado, aventurero, jugador y quizá delincuente, que pasó cinco años cautivo en Argel y algunos meses en la cárcel y que nunca tuvo un centavo. Todavía un año antes de su muerte, en 1615, el censor encargado de concederle la licencia para la publicación de la segunda parte del *Quijote*, Francisco Márquez Torres, explicó cómo algunos caballeros franceses se habían interesado por él, pues su fama se había extendido ya hasta Francia y otros reinos, y aprovechó para dejar bien clara cuál era su situación:

> Preguntáronme muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. Halleme obligado a decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre, a que uno respondió estas formales palabras:
>
> —Pues, ¿a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?
>
> Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento y con mucha agudeza, y dijo:
>
> —Si necesidad le ha de obligar a escribir, plega a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo.[6]

Sí, aunque parezca increíble, Cervantes fue pobre toda su vida. Pobre y acuciado además por los problemas económicos y las deudas y por ciertos descuidos —si es que no fueron malas artes— que lo llevaron a prisión. Nada excepcional por otra parte en un tiempo en que las vidas estaban predestinadas desde el nacimiento por la condición social, y en el que no formar parte de las filas de la nobleza significaba tener muchas posibilidades de morirse de asco o verse obligado a luchar denodadamente para evitarlo.

Imagino que es probable que don Miguel hubiera nacido en una casa de características semejantes a la que acabo de visitar, pero es igualmente probable que nunca más volviera a vivir en un lugar como aquél: ya antes de su nacimiento, el abuelo rico abandonó a la familia, y fue su padre, Rodrigo, quien tuvo que hacerse cargo de ella gracias a su oficio de cirujano barbero. Un oficio no demasiado lucrativo, que le llevó a acumular numerosas deudas a lo largo de su existencia. Cervantes debió de tener pocos recuerdos de aquella infancia acomodada, si es que realmente fue así: cuando él tenía cuatro años, la familia inició un vagabundeo que, en su caso, no terminó nunca. Valladolid, Córdoba, Sevilla y Madrid fueron las

ciudades en las que vivieron a lo largo de los siguientes quince años. Había que buscarse la vida, conseguir pacientes o encontrar algún empleo de cuarta fila, huir de los acreedores... Una existencia bastante común en aquella España barroca, en la que los sueños de gloria del imperio empezaban a desvanecerse como humo que sólo dejaría tras de sí cenizas inertes. Vidas apretadas en casas probablemente mugrientas.

No sabemos bien cuál fue la formación que entretanto recibió Miguel, aunque debió de ser bastante básica, pues la situación económica no daba para mucho: unos años de escuela, tal vez algo de retórica y gramática en el estudio de los jesuitas en Córdoba... No es seguro. También ignoramos cuándo y por qué comenzó su vocación literaria, pero está confirmado que, cuando tenía veinte años, ya circulaban sus poemas por Madrid y ya frecuentaba el ambiente de los cómicos, que siempre le fascinó.

Poco después, en 1569, tuvo el primero de sus muchos tropiezos con la justicia: tras herir en un duelo a un maestro de obras, fue condenado —en una especie de macabro presagio de lo que le ocurriría después— a la amputación de la mano derecha y a diez años de destierro del reino. Por fortuna, antes de que se conociera la sentencia, el joven Cervantes ya no estaba en Castilla, y ni siquiera en la Península: había huido a Roma, donde trabajó al servicio de un cardenal hasta que en 1571 tomó la decisión más lógica en un hombre sano, pobre y con ganas de aventura. Se enroló como arcabucero en la armada que don Juan de Austria reunía en Nápoles para ir a combatir al turco. Sin miedo y con total convicción.

La victoriosa batalla de Lepanto le costó, como bien se sabe, la mano izquierda. Y le convirtió además para siempre en soldado, todo un honor en un tiempo en el que combatir por el rey y por la religión parecía aún un destino deseable, que cubría de gloria a quienes lo afrontaban, aunque los sucesivos fracasos de los ejércitos de los Austrias en el XVII cambiarían enseguida el orden de las cosas. Pero de momento, aunque mal pagado, aquél parecía un empleo seguro y que podía llevar lejos a un hombre valiente.

Cervantes permaneció cinco años más en la armada de don Juan, saltando de Italia al norte de África. Puedo imaginar cómo serían sus alojamientos en aquellos tiempos, campamentos ruidosos, húmedos vivaques al raso, bodegas de barco apestosas, tal vez alguna habitación requisada en la que compartir por unas horas un par de prostitutas con varios hombres... Nada que ver, desde luego, con la casa ordenada y limpia de Alcalá de Henares.

En 1575, inesperadamente, comenzó la que sin duda fue la peor época de su vida: cansado de la inactividad en la que Felipe II mantenía a la flota de su hermano, decidió regresar a Castilla en busca de empleo como capitán. Pero el destino le había preparado una nueva y triste aventura: su nave fue secuestrada por los piratas berberiscos. Cervantes fue conducido como cautivo a Argel. Cautivo de rescate: creyendo sin duda que se trataba de un gran personaje, Hasan Bajá, el gobernador turco de la plaza, pidió por él una fuerte cantidad de dinero. Los cinco años que permaneció retenido allí debieron de ser muy duros. Todavía mucho tiempo después, inició así su obra dramática *Los tratos de Argel*, con este lamento de un cautivo que sin duda refleja sus propios sentimientos:

¡Triste y miserable estado!
¡Triste esclavitud amarga,
donde es la pena tan larga
cuan corto el bien y abreviado!
¡Oh purgatorio en la vida,
infierno puesto en el mundo,
mal que no tiene segundo,
estrecho do no hay salida!
¡Cifra de cuanto dolor
se reparte en los dolores,
daño que entre los mayores
se ha de tener por mayor!
¡Necesidad increíble,
muerte creíble y palpable,
trato mísero intratable,
mal visible e invisible!
¡Toque que nuestra paciencia
descubre si es valerosa;
pobre vida trabajosa,
retrato de penitencia!
Cállese aquí este tormento,
que, según me es enemigo,
no llegará cuanto digo
a un punto de lo que siento. [7]

Luchador y superviviente nato, Cervantes no se plegó a aquella desdicha y trató de fugarse en cuatro ocasiones. Pero tuvo finalmente que esperar hasta que su familia, con el apoyo de los monjes trinitarios, logró reunir la cantidad exigida y pudo liberarle. El regreso no fue sin embargo esplendoroso. Ni siquiera supuso para él un poco de tranquilidad: nadie le recibió como a un héroe, ni se

compadeció de lo que había pasado. Los siguientes siete años, no hizo más que esforzarse desesperada e inútilmente por ganarse la vida. Una y otra vez solicitó cargos en la corte sin lograrlos —incluidas varias vacantes en la administración de Indias—, y trató también de hacerse un hueco como autor de piezas dramáticas en el mundillo teatral cada vez más animado de Madrid. Tampoco lo consiguió: el teatro siempre rechazó al gran don Miguel, provocando en él un profundo sentimiento de fracaso. Para colmo de males, su familia estaba completamente endeudada, más aún después de haber tenido que hacer frente al pago de su rescate, y vivía en gran parte gracias a las dos hermanas, Andrea y Magdalena: aquellas dos jóvenes, probablemente bonitas y de moral ancha, solían enredarse en relaciones con hombres de cierto nivel económico que las «protegían» a ellas y a los suyos.

El camino hacia la gloria, tanto militar como teatral, parecía definitivamente cerrado. Es probable que Cervantes estuviera bastante decepcionado de todo cuando en 1584, a los treinta y siete años, se casó con una muchacha del pueblo manchego de Esquivias, Catalina de Salazar y Palacios, que sólo tenía diecinueve. No hay nada que nos haga pensar que fuese un matrimonio por amor —costumbre muy poco habitual en la época—, sino más bien un acuerdo económico y vital que terminó por dar buenos resultados: a pesar de que Catalina resultó estar tan endeudada como el propio Cervantes y a pesar de las constantes idas y venidas de éste, su mujer acabó siendo la compañera inseparable de los últimos años. Quiero creer que cuidó de él con ternura en las desdichas y las enfermedades, y que compartió con él alguna jarra de vino cuando llegaron los éxitos y hubo al fin razones para alegrarse después de tanto esfuerzo.

Pero antes de ese momento, vivieron mucho tiempo separados: recién casados, permanecieron juntos tres años en Esquivias, en la casa de la madre de Catalina, seguramente una vivienda campesina modesta, de tierra tapiada, con su establo para el burro, su patio y su corral de gallinas y conejos. Sin embargo, aquella existencia tranquila y metódica no estaba hecha para Cervantes, demasiado vital, demasiado entusiasmado —como el propio don Quijote— con todas las cosas asombrosas que podían suceder en el ancho mundo como para quedarse quieto en un pueblo de La Mancha, sometiéndose al orden doméstico y al paso repetitivo de las estaciones, con sus respectivas tareas.

Tal vez fuese una vida cómoda, pero debió de parecerle aburrida: en 1587, abandonó Esquivias camino de Sevilla, atraído sin duda por la agitación creciente de aquella ciudad, la más poblada y animada del reino, para bien y para mal. En aquel momento, además del ajetreo habitual en torno a la Casa de Contratación —que tenía el monopolio del comercio de Indias—, Sevilla hervía de actividad con los preparativos de la gran expedición de Felipe II contra Inglaterra, la famosa Armada Invencible en la que, por cierto, iba a embarcar Lope de Vega. Por fin, al cabo de tantos años, el herido de Lepanto consiguió una pequeña prebenda: don Miguel fue nombrado comisario de las galeras reales, con el encargo de recorrer los pueblos requisando alimentos para la flota.

Aquél fue el inicio de una larga temporada de quince años que pasó vagabundeando por las tierras de Andalucía y de Castilla, recorriendo a pie o en carros de mulas caminos interminables, durmiendo en posadas inmundas, habitaciones de alquiler o pajares, relacionándose con pícaros y tahúres en las tabernas y los garitos de juego —por el que parece que sentía debilidad— y también, por fortuna para nosotros, aprendiendo sobre la condición humana para luego escribir los textos insuperables del *Quijote* y de las *Novelas ejemplares*.

Y haciendo frente de nuevo a sus problemas con la justicia: enredado en asuntos turbios durante sus requisas, nunca del todo esclarecidos, Cervantes terminó pasando algunos meses en la prisión de Sevilla. Hemos visto muchas veces la imagen de aquel hombre manco, con su barba blanca, escribiendo la primera parte del *Quijote* en su celda, bajo un candil. Pero eso es más una leyenda que un hecho probado. Él mismo contribuyó a forjarla al afirmar en el prólogo que había engendrado el libro «en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido tiene su habitación. [Lejos del] sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, [que] son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento». Si realmente fue así y escribió parte de su obra en prisión, la situación debió de ser aún peor de lo que imaginamos: no parece probable que don Miguel tuviera siquiera una celda propia. No disponía de dinero suficiente para pagar esos privilegios que en aquel tiempo sólo podían permitirse

los prisioneros ricos, así que lo más posible es que compartiese los tenebrosos espacios comunes, donde el griterío y la violencia debían de ser constantes. Sin candiles, ni velas, ni mesas para escribir.

Desde luego, es un misterio cómo se las arregló para componer la primera parte del *Quijote* en medio de aquella vida de viajes incesantes, malos alojamientos, garitos, asuntos turbios —aún tuvo más problemas con la justicia— e inseguridad permanente. La idea del escritor encerrado en su torre de marfil, en un «lugar apacible», escuchando en silencio la llamada de las musas, se desvanece ante el genio de Cervantes: tabernas, posadas, patios tumultuosos, habitaciones atestadas, la propia prisión, cualquier sitio debió de ser bueno para él mientras pudiese sostener una tabla sobre las piernas en la cual apoyar sus cuartillas.

Me lo imagino escribiendo así —rascándole tiempo a su permanente movilidad—, en los soportales de una plaza mayor, en el cuarto maloliente de una venta perdida en mitad de una llanura, a la sombra de un árbol en una plaza una mañana de verano o envuelto en una manta por librarse del frío en invierno, en alguno de aquellos húmedos y destartalados aposentos de alquiler en los que debió de vivir durante años, rodeado siempre de borrachos y pendencieros, de mujeres gritonas y niños sollozantes. No desde luego en una casa tibia y perfumada.

Ni siquiera en sus mejores tiempos su hogar debió de llegar a ser parecido al que ahora se visita en Alcalá de Henares: siempre estuvo falto de recursos y rodeado de demasiada gente. En 1604 —a punto de publicarse la primera parte de su obra maestra—, había dado por terminada la aventura andaluza y se instaló en Valladolid. Tres años antes, Felipe III había decidido trasladar allí la corte. Fue una capitalidad temporal, que duró sólo hasta 1606, cuando el rey y el gobierno —y tras ellos un enorme gentío— regresaron a Madrid. Para recibir a los muchos recién llegados, se habían construido numerosos edificios de fortuna, apiñados y sórdidos. Cervantes fue por supuesto a dar a uno de ellos, un piso de alquiler, al lado del apestoso matadero y situado sobre una sucia taberna. Allí residían él, su esposa Catalina, sus dos hermanas, una sobrina, una criada e Isabel de Saavedra, su única hija, nacida de un amorío con una mujer casada antes de su propio matrimonio. Siete personas apiñadas en un cuchitril, compartiendo camas o durmiendo tal vez encima de un arcón o una mesa o incluso en el propio suelo, junto al hogar. Sin espacio, sin intimidad ninguna, en medio de una

promiscuidad que ahora nos resulta asombrosa, pero que entonces era común en las clases bajas.

Así vivía Miguel de Cervantes cuando en 1605 vio la luz *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, uno de los libros más famosos que hayan existido jamás en la historia. Una de las obras cumbre de la humanidad.

El escritor —y sus mujeres— volvió a Madrid en pos de la corte en 1606. Era su último traslado de ciudad, aunque aún se cambiaría de casa cuatro veces. Estaba a punto de cumplir los sesenta años. Le quedaban diez de vida. Diez años en los que tuvo que soportar ver cómo fracasaban sus obras teatrales, pero disfrutó a cambio del éxito del *Quijote* —que enseguida empezó a ser traducido a otras lenguas— y publicó, además de la segunda parte de ese libro, las *Novelas ejemplares*, *Viaje del Parnaso* y *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados*. Y en los que logró terminar *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, que se editarían después de su muerte. Aun así, siguió siendo pobre.

Fue una época probablemente no muy fácil en lo personal: sus dos hermanas murieron, y se peleó definitivamente con su hija Isabel. Al borde del final del camino, Cervantes se volvió hacia Dios, tal vez obsesionado como tantas personas de su siglo con la salvación de su alma: en 1609 se afilió a la Congregación de los Esclavos del Santísimo Sacramento, una cofradía fundada por las gentes de letras, que imponía como deberes la continencia sexual, el ayuno y la abstinencia los días prescritos, la asistencia diaria a los oficios y regular a los ejercicios espirituales, la visita a los hospitales para consolar a los enfermos y, en general, una vida austera. En 1613, su compromiso con la Iglesia fue más allá: ingresó como novicio en la Orden Tercera de San Francisco, una exigente asociación de laicos vinculada a los franciscanos. Todos los testimonios indican que Cervantes cumplió con los deberes que se había autoimpuesto y pasó los últimos años de su vida como un «buen cristiano», olvidados los tiempos del juego, las tabernas y los encontronazos con la justicia.

En abril de 1616, se agravaron las dolencias que sufría desde hacía tiempo y que, diagnosticadas entonces como hidropesía, probablemente eran consecuencia de una diabetes o de una cirrosis hepática. Murió el 22 de ese mes, a los sesenta y nueve años, en la cama estrecha e incómoda de su casa modestísima. Genial y pobre, y lleno aún de entusiasmo. Tan sólo tres días antes, le había escrito

al conde de Lemos la dedicatoria de su *Persiles*: «Ayer me dieron la Extremaunción y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir.» Qué magnífica despedida.

Lope de Vega, en cambio, falleció en su gran cama de su buena casa, con sus colgaduras de grana verde, rodeado de todas las comodidades posibles. Pero lleno de melancolía y tal vez cansado de una vida que, al menos en su última etapa, le había dado numerosos disgustos.

Buena casa, desde luego, y mucho más en comparación con el común de las viviendas madrileñas de aquel tiempo. Quince metros de fachada de ladrillo sobre la calle Cervantes —que entonces, como ya he dicho, se llamaba de los Francos—, cuatro balcones en la planta noble y tres ventanas enrejadas en la baja, además de las cuatro mansardas de las buhardillas. Tres pisos en total para un edificio de unos seiscientos metros cuadrados, más los doscientos cincuenta del jardín posterior.

La casa había sido construida hacia 1580 en esta zona de bajada hacia el paseo del Prado por donde se iba ensanchando la ciudad desde su proclamación como capital en 1561. Lope la compró en 1610, por nueve mil reales de plata, una cantidad bastante importante para la época. Claro que él podía permitírselo: aunque parece ser que gastaba el dinero a manos llenas, el enorme éxito de sus comedias hizo que fuera uno de los pocos hombres de letras de su tiempo que no sólo logró vivir de lo que escribía, sino además vivir bien.

En el momento de la compra, tenía cuarenta y ocho años. Había nacido en 1562 en el mismo Madrid, aunque sus padres eran cántabros, recién emigrados a la nueva capital. Cuando le llegó la gloria, Lope trató de ennoblecer sus orígenes y se proclamó descendiente de Bernardo del Carpio, provocando como ya he contado las burlas de Góngora y de muchos de sus rivales. Lo cierto es que su padre era un simple bordador, y el hecho de que ejerciese un oficio manual —algo despreciable para los nobles españoles— parece demostrar que ni siquiera podía presumir de hidalgo. Pero Lope mentía o exageraba a menudo, convirtiendo muchas veces su vida real en asunto literario más bien fantástico. Solía quitarse años, por ejemplo, y no es cierto que llegara a escribir mil quinientas comedias, como él mismo afirmó. Su autoría es segura en unas trescientas veinte, y probable en unas ochenta más, además de otros

cincuenta libros de poesía y prosa. Aunque lejos de su propia atribución, no deja de ser una cantidad enorme de obras, mucho más para un hombre que no se limitó a escribir, sino que también vivió a fondo y disfrutó todo lo que pudo.

Tampoco es verdad que se licenciara en la Universidad de Alcalá, como sostenía. Si llegó a estudiar allí, no debió de acabar su ciclo. Sin título y sin fortuna, a Lope parecía esperarle un destino semejante al de Cervantes: enrolarse en el ejército y tal vez, con suerte, alcanzar la gloria. En 1583, a los veintiún años, se alistó en la escuadra del marqués de Santa Cruz que navegó hasta la isla Terceira (Azores) para combatir al prior de Crato, rival de Felipe II en la lucha por el trono portugués. Seis años después, en 1589, volvió a navegar como soldado en el galeón *San Juan*, que formaba parte de la Armada Invencible en su pretendido ataque contra Inglaterra. Sin embargo, no participó en la batalla, pues parece que su barco debió de quedarse refugiado en La Coruña a causa de una tempestad.

Ésas fueron las aventuras militares de Lope: no llegó lejos, no padeció a la manera de Cervantes ninguna herida grave, no se convirtió en un héroe, y aquel afán soldadesco terminó para él pronto, en cuanto se cruzaron en su camino la poesía y el amor. O el amor y la poesía. Ésas fueron sus grandes dedicaciones. Y, desde luego, si lo que buscaba en la vida era excitación y gloria, ambas ocupaciones le dieron lo que deseaba: las pasiones nunca le dejaron descansar, y los versos le convirtieron en uno de los hombres más aclamados de su tiempo.

El primer amor conocido fue con Elena Osorio, una mujer casada con un cómico y que pertenecía por tanto al mundillo del teatro, con el que Lope ya empezaba a colaborar. Tenía poco más de veinte años, y aquella relación terminó costándole, en un sorprendente paralelismo con el destino de Cervantes, la cárcel y el destierro: Elena abandonó al joven poeta por otro amante más rico y él, despechado, comenzó a dedicarle a ella y a su familia versos crueles que pronto eran conocidos por todo Madrid:

> *Una dama se vende a quien la quiere,*
> *en almoneda está. ¿Quieren comprarla?*
> *Su padre es quien la vende que, aunque calla,*
> *su madre la sirvió de pregonera.* [8]

La familia se querelló contra él y Lope fue encarcelado, aunque

desde la propia prisión siguió escribiendo poemas injuriosos. Al fin fue condenado a ocho años de destierro del reino de Castilla, que finalmente se redujeron a dos. En ese momento ya se había enamorado de otra mujer, Isabel de Urbina, con la que contrajo matrimonio. Juntos se fueron a cumplir la sentencia en Valencia, para acabar en Alba de Tormes, donde el poeta sirvió al duque de Alba y donde murió su mujer.

En 1595, Lope regresó a Madrid. Ya era un autor de obras dramáticas muy conocido, aunque la fama y la protección de algunos grandes señores de la corte no impidieron que tuviera que comparecer de nuevo ante los tribunales acusado de haberse amancebado con una viuda, algo prohibido por las leyes aunque fuera una situación muy común. Pero el escritor era incorregible: terminado ese asunto, comenzó una relación con la actriz Micaela de Luján, una de las mujeres más importantes de su vida. Ella inspiró, bajo el nombre de Lucinda, muchos de sus arrebatados poemas de amor:

¡Oh escura noche, de temor vestida!
Pues ¿cómo que en mi vida
un día solo de placer no haya?
Que venga el sol y vaya
por este nuestro y el opuesto polo,
y no me toque a mí su lumbre pura.
¡Oh, peregrino solo
de amor, ciego del alma, en noche escura![9]

Micaela y Lope tuvieron varios hijos, al menos cuatro, aunque pudieron ser más. Sólo dos de ellos, Lope Félix y Micaela, lograron alcanzar la edad adulta en aquellos tiempos de tremenda mortalidad infantil. Siendo todavía niños, se fueron a vivir con su padre a su nueva casa de la calle de los Francos. Con él y con su segunda esposa, Juana de Guardo, con la que se casó en 1598, mientras mantenía aún su relación con Micaela. Fue claramente un matrimonio por interés: Juana era hija de un rico carnicero —lo que provocó nuevas burlas de los rivales que se habían reído de él por dárselas de noble—, y aportó una dote importante. No le dedicó ni uno solo de sus poemas, pero a pesar de todo tuvo con ella cuatro hijos. Únicamente Feliciana superó la fragilísima infancia y sobrevivió incluso a su padre. Entretanto, y antes incluso de su ruptura con Micaela, que debió de producirse en 1608, Lope inició una nueva relación con otra actriz, Jerónima de Burgos. Realmente, era insaciable en lo que a afectos y deseos se refiere. Un hombre enamoradizo y sentimental que, por lo que parece, se tomó muy en

serio cada uno de sus amores, aunque no llegaran a ser eternos.

Todo este trasiego de mujeres e hijos nos resulta ahora sorprendente. Pero en aquellos tiempos era algo común. Los «catolicísimos» varones españoles solían tener queridas, sin que nadie se rasgase por ello las vestiduras. Se daba por supuesto que el matrimonio era un pacto de intereses y que los hombres estaban autorizados a buscar el amor o procurarse el placer fuera del lecho conyugal. Era igualmente frecuente que las amantes, y sobre todo los hijos que éstas pudieran tener, viviesen en el hogar familiar con toda normalidad. En cuanto a la «virtud de la mujer» que tanto exigía la Iglesia, era mucho más habitual entre las clases pudientes que en el pueblo bajo. En las gentes sin linajes que defender, muchas mujeres casadas se enamoraban realmente de otros hombres y vivían sin prejuicios sus relaciones adúlteras. Y eran muchas también las jóvenes que sobrevivían gracias a sus amantes, incluso con el apoyo de sus familias, que las animaban a obtener beneficios de su belleza: ya hemos visto cómo los Cervantes llegaron a ser mantenidos por los «protectores» de sus hijas. Dudo que lo vivieran con remordimientos de conciencia: al fin y al cabo, esa especie de pseudoprostitución era común y sólo se diferenciaba de la pseudoprostitución del matrimonio por interés en que las mujeres que no estaban casadas se encontraban mucho más indefensas ante las leyes. A cambio, no se veían obligadas a aportar dote, sin la cual era muy difícil que se celebrase un matrimonio.

En medio de aquellas relaciones a varias bandas, en 1610, Lope se instaló en su nueva casa con su mujer y varios de sus hijos, tanto legítimos como naturales. El documento de compraventa —que menciona a su nuevo propietario como «el conocido por Fénix de los Ingenios»— especifica las partes de la vivienda: «Un zaguán, sala y alcoba, y cocina y un oratorio pequeño todo doblado de bovedillas y un corral que tiene un cobertizo que sirve de palomar a tejabana y servicio de desvanes bajos a tejabana.» Lope vivió allí el resto de su vida, veinticinco años en total, orgulloso sin duda de su propiedad, por más que en sus escritos disimulase su satisfacción llamándola «mi casilla» o incluso «mi choza», con una modestia que las gentes del pueblo afectaban a menudo en aquellos tiempos.

A su muerte, la heredó la única hija superviviente de su matrimonio, Feliciana. El hijo y heredero de ésta terminó

vendiéndola. Pasaron los siglos y la casa anduvo de mano en mano y de transformación en transformación. En 1929, su última propietaria particular dispuso a su muerte que se convirtiera en sede de una escuela para la formación de encajeras, gestionada a través de una fundación. Fue entonces cuando la Real Academia Española, que había intentado varias veces adquirir el edificio, llegó a un acuerdo con los albaceas de ese testamento y la casa pasó a sus manos, con el compromiso de rehabilitarla y convertirla en museo dedicado a Lope de Vega.

Las obras se iniciaron en plena República, en 1933. Por una vez, las cosas se hicieron bien: la Academia encargó el proyecto a dos importantes arquitectos, Emilio Moya y Pedro Muguruza, autor años más tarde del Valle de los Caídos y responsable de Regiones Devastadas, el organismo encargado de reconstruir la España destruida por la Guerra Civil. Aplicando un concepto de restauración moderno y científico, se apoyaron para su trabajo en un grupo de historiadores y especialistas en Lope, entre los que estaban Menéndez Pidal, Américo Castro, Gómez Moreno o Cotarelo. Todos ellos rastrearon los textos y los documentos lopescos, y otros muchos de la época, hasta elaborar el diseño de una casa que tanto en su arquitectura como en su decoración se parece sin duda bastante a la que pudo haber tenido el poeta.

Lo cierto es que hubo una respuesta colectiva de entusiasmo ante la idea de crear este museo. Se estudió a fondo un inventario realizado por el propio Lope de todos los objetos existentes en la casa, y la Real Academia consiguió tanto donaciones de particulares como fondos dejados en depósito por diversas instituciones para amueblar y decorar el edificio de una manera similar a la que se especificaba en el inventario. En 1935, justo trescientos años después de su muerte, se pudo inaugurar al fin la Casa Museo de Lope de Vega.

Cruzo el umbral y me fijo, con un poco de ironía posmoderna, en la orgullosa inscripción que Lope mandó grabar en el dintel de piedra, sobre su puerta: «D.O.M. PARVA PROPIA MAGNA / MAGNA ALIENA PARVA [Casa propia es mucho, aun siendo pequeña / y mucha casa es poco siendo ajena].» Atravieso el zaguán y salgo al pequeño jardín trasero, en el que el poeta pasaba mucho tiempo cuidando flores, árboles y pájaros, o leyendo el breviario a la sombra de la parra:

Que mi jardín, más breve que cometa,

tiene sólo dos árboles, diez flores,
dos parras, un naranjo, una mosqueta,
aquí son dos muchachos ruiseñores,
y dos calderos de agua forman fuente
por dos piedras o conchas de colores.[10]

Ahí está el pozo auténtico, el mismo que se usaba en su tiempo, y aunque no queda ninguno de sus árboles —la higuera, el ciprés, el laurel, el granado o los naranjos que sus amigos le hacían llegar desde Valencia y que a menudo mencionó en sus escritos—, los han sustituido otros de las mismas especies, algunos de ellos donados en el momento de la inauguración del museo: las parras que trajo Serafín Álvarez Quintero, por ejemplo, o el laurel de su hermano Joaquín. Estoy segura de que este lugar le serviría de descanso en medio de la composición frenética de sus piezas e imagino —yo que me entretengo también tanto con mis plantas— cuánto disfrutaría en primavera, trasplantando plantones y viendo brotar las hojas y las flores que, según parece, crecían por todas partes. El placer con el que bajaría en los atardeceres de verano a regar, sacando el agua fresca del pozo, y la preocupación con la que observaría los árboles y los arbustos durante las heladas, buscando pruebas de su supervivencia. Un rinconcito de paz, todavía ahora, en medio del bullicio de Madrid.

Y entro luego en la casa, siguiendo el rastro del espíritu de Lope, que ya me parece haber encontrado en ese «huertecillo». Aunque desde 1935 ha tenido algunas reformas, su estado actual es muy semejante al del momento de la inauguración. Hay preciosos muebles, objetos y obras de arte del siglo XVII procedentes del Museo del Prado, el Arqueológico Nacional, el de Santa Cruz de Toledo, la Biblioteca Nacional y la Fundación Instituto Valencia de Don Juan. Están repartidos por las diversas habitaciones —la cocina, el comedor, el estrado de las damas, los dormitorios— y se entremezclan con buenas reproducciones y algunas viejas telas y colgaduras que fueron realizadas en los años treinta en talleres artesanales donde aún se trabajaba a la antigua usanza. Nada de todo eso tuvo que ver con Lope, por supuesto. Pero hay un puñado de piezas que pudieron haberle pertenecido y haber estado en esta casa: formaban parte del legado de su hija Marcela, que profesó a los quince años como monja en el vecino convento de las Trinitarias, del que llegó a ser superiora. Cuatrocientos años después, sus preciadas cosas, que tal vez fueron antes de su padre,

están de nuevo en la casa familiar.

Es emocionante ver esos objetos: los relicarios con huesecillos de varios santos, tan del gusto de la época y seguramente tan caros en su momento. Las imágenes religiosas —el Ecce Homo ensangrentado, las Inmaculadas, el Niño Jesús con su túnica de terciopelo verde—, sentimentales y dulzonas, plenamente barrocas, ante las que quizá Lope rezase en alguno de sus momentos de furibunda religiosidad. El retrato de la propia sor Marcela de San Félix, aquella hija bastarda nacida de su relación con Micaela Luján, que, digna heredera de su progenitor, llegó a ser una interesante y vivaz poeta y autora de dramas para el convento. O el baúl de madera y cordobán, quizá regalo de su padre y en el que tal vez llevara parte de su ajuar de doncella entregada a Dios.

Y es emocionante entrar en el espacio privado de Lope de Vega, su gran estudio, con tres balcones a la calle. En medio del más que probable bullicio de aquella casa llena de niños, él sí que logró tener su habitación propia, este aposento luminoso y cómodo donde podía encerrarse aislado para escribir en soledad, estirando el tiempo todo lo que podía. Cualquier escritor comprende el ansia por seguir trabajando que describió en estos versos dedicados a su hijo favorito, Carlos, cuando éste acababa de fallecer:

> *Llamábanme a comer; tal vez decía*
> *que me dejasen, con algún despecho:*
> *así el estudio vence, así porfía.*
> *Pero de flores y de perlas hecho,*
> *entraba Carlos a llamarme, y daba*
> *luz a mis ojos, brazos a mi pecho.*
> *Tal vez que de la mano me llevaba,*
> *me tiraba del alma, y a la mesa*
> *al lado de su madre me sentaba.*[11]

Aquí escribió muchas de sus obras de madurez, las que le han hecho inmortal: *La dama boba, El perro del hortelano, El caballero de Olmedo, Peribáñez y el comendador de Ocaña, Fuenteovejuna, La Dorotea*... Versos inolvidables, miles de veces repetidos sobre los escenarios en los últimos cuatro siglos, que nacieron entre estas paredes de aquella mente dotada de un don excepcional para versificar. A veces, claro está, alguien debía de interrumpirle: las criadas o el niño para que se sentase a la mesa. La esposa pidiéndole las llaves de la despensa, que en aquellos tiempos solía guardar el dueño de la casa. Un mensajero del duque de Sessa ordenándole que escribiese una carta florida para su nueva amante. Y los amigos o los admiradores que llegaban a charlar un rato,

contar el último rumor sobre los amoríos del rey, las venalidades del conde-duque o las noticias de una nueva derrota en Flandes, y que se quedaban luego a almorzar o a tomar el imprescindible chocolate de media tarde, en aquella casa cuyas puertas permanecían abiertas todo el día y donde la gente, con la conocida prodigalidad de Lope, siempre era bien recibida: en una ocasión, conoció en la calle al capitán Alonso de Contreras —autor más tarde de unas interesantes memorias sobre su vida militar— y, sin más, se lo llevó a su casa y lo tuvo allí de huésped ocho meses, dándole, como él mismo dijo, «de comer y de cenar, y aun vestido. ¡Dios se lo pague!».

Me lo imagino sentado aquí, en una mesa semejante a la que ahora está instalada cerca de una esquina, con sus espejuelos y su mirada intensa, bien abrigado en los meses fríos: no había chimenea, de manera que, por mucho que encendiera algún brasero, con su tamaño y sus altos techos, aquél debía de ser un cuarto helador. En una ocasión, le pidió a su protector el duque de Sessa cinco tapices de lana para colgarlos de las paredes y resguardarse así un poco de las bajas temperaturas de su «aposentillo».

Lo imagino cortando la pluma con aquellas grandes tijeras del tiempo, mojándola luego en el tintero, suspendiéndola un instante sobre la cuartilla mientras le fluían de la mente hasta los dedos imágenes y rimas:

Parto a morir y te escribo
mi muerte, si ausente vivo,
porque tengo, Inés, por cierto
que si vuelvo será muerto,
pues partir no puedo vivo.
Bien sé que tristeza es;
pero puede tanto en mí,
que me dice, hermosa Inés,
«Si partes muerto de aquí,
¿cómo volverás después?»
Yo parto, y parto a la muerte,
aunque morir no es perderte;
que si el alma no se parte,
¿cómo es posible dejarte,
cuanto más volver a verte?[12]

Sí, debía de disfrutar versificando e inventando historias. Se le nota en la alegría con la que fluyen los versos, hilvanados los unos con los otros como las diminutas puntadas de uno de esos tapices que colgaban en esta habitación. Y seguro que disfrutaba también

acudiendo a las representaciones en los corrales, y recibiendo los aplausos entusiastas de su público. Le veo ahí, frente a mí, de pie en el gran retrato que preside el estudio —si de Cervantes no se conserva ningún retrato fiable, de Lope hay en cambio varios—, atractivo, tal vez algo intenso, un hombre muy de su tiempo, con el ropaje negro y la dramática estructura huesuda de su rostro. Le rodean parte de los mil quinientos libros que llegó a tener en su biblioteca —una cantidad enorme para un particular de su tiempo —, en los que gastó, igual que en pinturas, mucho dinero, pues los consideraba «piedras preciosas».

Estos que ahora están colocados en las estanterías a las que él llamaba «cajones» no son realmente los suyos, pero son bellísimos volúmenes del siglo XVII —préstamo de la Biblioteca Nacional y de la propia Academia—, grandes y solemnes, con sus encuadernaciones en pergamino o en pieles curtidas. Pido permiso para rozarlos: siempre me ha gustado tocar los libros antiguos con las manos, en la arcana idea de que quizá a través de los poros puedan hacerme llegar algo de su sabiduría y su belleza. Tocarlos y también olfatearlos: sentir ese perfume indescriptible del papel que cualquier bibliófilo prefiere al perfume más caro del mundo, y el olor profundo y denso del polvo de siglos que se deposita en las viejas bibliotecas, como motas de sol desparramadas entre las páginas. Miro, toco y huelo: aquí vivió, creó, gozó y sufrió un genio hace cuatrocientos años. Me siento pequeñita y tal vez, por un momento, muy joven.

A un lado del estudio está el oratorio, con su retablo y las imágenes religiosas, algunas de las cuales pudieron ser suyas, pues proceden del legado de sor Marcela. Esta pieza, que ocupa un lugar central en la casa, era importante en su vida cotidiana. Aquí rezaba y, después de ordenarse sacerdote, decía misa a diario. Sí, el sensual Lope de Vega llegó a ser sacerdote, lo cual no le impidió seguir siendo, al mismo tiempo, un amante apasionado. Igual que le ocurrió a Cervantes —e imagino que a tantas personas de su tiempo —, el poeta sintió en su madurez la llamada de Dios. ¿Miedo a las penas del infierno? ¿Simulación? ¿Afán de obtener ganancias económicas a través de los beneficios eclesiásticos? Es difícil decirlo. Me resulta complicado, lo confieso, entender el comportamiento de estos hombres que vivieron la vida a su modo, trazando durante años sus propias reglas morales —que a menudo eran más bien amorales—, y se entregaron luego a una devoción

que, contemplada desde los tiempos modernos, resulta excesiva. En cualquier caso, al poeta hay que agradecerle que de sus arrebatos místicos surgieran algunos de sus mejores versos:

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno escuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud el yelo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
Alma, asómate agora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía!

¡Y cuántas, hermosura soberana:
Mañana le abriremos —respondía—,
para lo mismo responder mañana![13]

Lope escribió estas *Rimas sacras* entre 1613 y 1614. Es probable que en ese momento sufriera una crisis: la muerte había entrado en aquella casa alegre sin avisar y con persistencia, llevándose a su hijo favorito y unos meses después a su esposa Juana, mientras daba a luz a la pequeña Feliciana. El poeta tenía cincuenta y dos años, y fue entonces cuando tomó la decisión de hacerse sacerdote. En la primavera de 1614, se trasladó a Toledo para recibir allí las órdenes sagradas. Pero incluso en medio de su fervor devoto, Lope seguía siendo Lope: precisamente en Toledo se encontraba en aquellas fechas su amante desde hacía siete años, Jerónima de Burgos. Y así, mientras se preparaba para recibir el sacerdocio y pasaba cada día muchas horas arrodillado en las iglesias toledanas, buscando la serenidad del alma e implorando tal vez por el apaciguamiento del cuerpo, le escribía al duque de Sessa: «Aquí me ha recibido y aposentado la señora Gerarda [Jerónima] con muchas caricias.»

Si en algún momento trató de ser casto, la idea debió de durarle poco: Lope era un sentimental, un amante apasionado y sincero de la compañía femenina, y no podía estar solo, por mucho que hubiera hecho votos ante un crucifijo. Menos de dos años después de su ordenación, ya tenía una nueva amante, la actriz Lucía Salcedo. Y enseguida otra, que fue el último gran amor de su vida, Marta de Nevares, a la que en sus textos llamará Amarilis o Marcia

Leonarda. Marta tenía veintiséis años y estaba mal casada desde los trece. La apasionada relación entre el poeta y aquella mujer joven, culta y muy bella fue pronto conocida de todo Madrid. Una famosa décima de Góngora lo dejó claro, por si alguien aún no se había enterado:

Dicho me han por una carta
que es tu cómica persona
sobre los manteles mona
y entre las sábanas marta.
Agudeza tiene harta
lo que me advierten después:
que tu nombre del revés,
siendo Lope de la haz,
en haz del mundo y en paz,
pelo de esta marta es.[*]

Cuando Marta se quedó viuda en 1620, se fue a vivir a la casa de Lope con su hija Antonia Clara, la última de los muchos descendientes —al menos doce— que tuvo el escritor. Resulta difícil de entender, pero no consta que hubiera recriminaciones ni interdicciones por parte de la jerarquía eclesiástica a pesar de que, medio siglo atrás, el Concilio de Trento había impuesto definitivamente el celibato sacerdotal, terminando con la costumbre de las barraganas. Quizá, como tantas veces, las leyes fueran por un lado y la realidad por otro.

El amor de Marta de Nevares le regaló a Lope momentos maravillosos en un tiempo inesperado. Pero también le causó mucho sufrimiento: poco después de haberse instalado en la casa, se quedó ciega. Luego comenzó a padecer largos períodos de depresión —lo que entonces se llamaba melancolía— que terminaron en auténticos ataques de locura: los vecinos podían oír sus gritos y sus llantos, los aullidos de espanto y dolor de alguien que ha perdido el juicio. Quizá Lope lo viviera como un castigo de Dios por su pecado de lujuria, quién sabe. En cualquier caso, no la abandonó, como a menudo se hacía con los enfermos mentales en aquellos tiempos. Marta siguió viviendo en la casa, y allí murió en 1632. El poeta le dedicó entonces, en su égloga *Amarilis*, algunos de sus más bellos y tristes versos amorosos:

No quedó sin llorar pájaro en nido,
pez en el agua ni en el monte fiera,
flor que su pie debiese haber nacido
cuando fue de sus prados primavera;
lloró cuanto es amor y hasta el olvido

a amar volvió por que llorar pudiera,
y es la locura de mi amor tan fuerte
que pienso que lloró también la muerte. [14]

Llegaba el tiempo de la soledad: la muerte de la amada y enseguida la de su hijo Lope Félix, el matrimonio de Feliciana y de la hija pequeña, Antonia, que se fugó de casa a los diecisiete años para casarse en contra del deseo de su padre. Y Lope solo, melancólico, recorriendo aquella casona inmensa que se había quedado vacía, arrodillándose para rezar ante su san Isidro o su san Francisco, encerrándose en el estudio para tratar de buscar consuelo en los libros —«Entre los libros me amanece el día»— y en la última inspiración, que siguió siendo su buena amiga hasta cuatro días antes de su muerte.

Enfermo de tristeza, Lope tuvo que guardar cama el 24 de agosto de 1635, viernes de ayuno, después de haberse aplicado sobre su cuerpo envejecido una dura disciplina que dejó salpicaduras de sangre en las paredes. Se acostaría aquí, en esta alcoba interior que ahora visito, oscura y fresca en aquellos días ardientes del verano, desde la que podía ver el oratorio a través de un ventanuco. Y aquí murió dos días después, bajo las colgaduras de grana verde que rodeaban su lecho, a los sesenta y tres años. Fue sepultado al día siguiente en la iglesia de San Sebastián, acompañado por una multitud que lloraba la muerte de su poeta más querido y que siguió el féretro desde las puertas mismas de esta casa. Hace casi cuatrocientos años. A veces la historia parece muy corta.

JOVELLANOS O LA DESDICHA
Museo Casa Natal de Jovellanos en Gijón

Yo he hallado mis pinturas y mi pequeña librería casi destruidas. Pero estoy en Gijón, vivo en la casa en que nací y recuerdo aquella gloria de la en otro tiempo venturosa y fresca juventud.

JOVELLANOS

Hoy es un buen día para mí. Vuelvo a Gijón, la ciudad en la que nací y en la que no vivo desde que tenía diez años, pero cuyo aire y cuya luz acompañan muchos de mis recuerdos de infancia. Viajo desde Oviedo en tren, y en apenas treinta minutos recorro la distancia que Jovellanos tardaba tres o cuatro horas en cubrir a lomos de alguno de sus caballos. Hace una preciosa mañana de diciembre, y los verdes de la hierba que cubre las colinas entre las dos ciudades me parecen aún más intensos bajo el sol. Tantos verdes diferentes, verde manzana, verde bosque, y musgo, y helecho, y oliva, y veronés, y hasta jade. Hay verdes gritones, que parecen lanzarse contra el cielo y exhibir su fuerza, y verdes lentos, reptantes, como si buscaran un cobijo para salvaguardarse. Admiro su entereza, su capacidad para sobrevivir al invierno, a las noches frías y la lluvia testaruda, y también el esplendor de los árboles perennes que se alzan por todas partes, magnolios que en unas semanas estallarán en flores enormes y perfumadas, coníferas soberbias como gigantes alzados sobre la tierra, pequeños laureles acogedores.

A medida que me acerco a Gijón, el paisaje va cambiando. Se vuelven raros los caseríos, las viviendas diseminadas por los montes, los pueblos recogidos, y aparecen chimeneas de fábricas, grandes moles industriales, y los primeros barrios de los alrededores, con sus edificios feos y despersonalizados. Qué lástima. Éste ha sido el destino, pienso, de la mayor parte de las ciudades españolas, destrozadas urbanísticamente por ese desmesurado y cínico afán constructor que comenzó en los años sesenta del pasado siglo y que a base de codicia, desinterés y mal gusto por parte de políticos y constructores ha hecho de nuestro país una exhibición de zafiedad arquitectónica y urbanística. Pienso en Jovellanos, en el

cuidado con el que diseñó calles y plazas en su *Plan de mejoras para la ciudad* de 1782, en la delicadeza con la que plantó árboles por todos lados para crear paseos recogidos y hermosos —pinos, álamos y sauces—, e imagino lo que habría dicho ante la visión de estos barrios duros y despojados.

El tren me deposita en el centro de Gijón, y camino tranquilamente por las calles, entre lucecillas y escaparates navideños, hasta llegar a la playa. La marea está baja, el mar tranquilo, y la enorme extensión del arenal de San Lorenzo se abre ante mí radiante. Respiro a fondo este aire cargado de salitre, que parece revivificarme, y me dirijo luego hacia el barrio de Cimadevilla, el mismo lugar en el que nació la Gigio romana en el siglo I. Antes de llegar a la plaza de Jovellanos, donde se levanta su casona —justo detrás de las termas de la vieja ciudad de hace dos mil años—, paso junto a mi padre y lo saludo. Quiero decir, junto al busto de mi padre, que el Ayuntamiento de Gijón levantó en 1996, un año después de su muerte, para agradecerle entre otras cosas las muchas horas que dedicó al estudio de la vida y la obra del sabio don Gaspar. Está ahí, tranquilo, mirando el mar, y no puedo evitar pensar cuánto le habría gustado acompañarme en este paseo y en la escritura de este texto.

Y después de dedicarle a él esta preciosa mañana, me acerco al fin a la casa natal de Jovellanos como si me acercara a visitar a un viejo pariente, uno de esos tíos abuelos ancianos y queridos —y a la vez un poco misteriosos— cuyo retrato ha estado siempre presente en las mismas habitaciones en las que tú juegas, cuyo nombre ha aparecido constantemente en las conversaciones de la familia y cuya memoria ha sido invocada sin cesar por los mayores. Me acerco recordando, precisamente, las visitas a este lugar con mi padre, de niña, cuando ya sentía una extraña admiración hacia aquel hombre lejano, muerto desde hacía siglo y medio y, sin embargo, tan presente en nuestras vidas.

La casona es tan rotunda como austera, viejo palacio de hidalgos del norte remozado una y otra vez a lo largo de la historia. Larga historia: en este mismo solar se alzaba a finales del siglo XIV el alcázar de Alfonso Enríquez, hijo bastardo de Enrique II de Castilla, conde de Gijón y de Noreña, que se rebeló contra su medio hermano Juan I y luego contra su sobrino Enrique III, tratando de alcanzar el trono. Cuando en 1397 el joven rey Enrique venció definitivamente a su tío y le despojó de todos sus bienes, donó el

castillo al comandante Laso García de Jove, en premio por su apoyo durante la guerra civil. Así comenzaba la crónica de los Jovellanos (apellido nacido de la unión de dos, Jove y Llanos, ligados por matrimonio) y de su casa.

Aquí nació Gaspar Melchor de Jovellanos el 5 de enero de 1744. Era el décimo hijo de doña Francisca Jove Ramírez y de don Francisco de Jovellanos, alférez mayor y regidor perpetuo de la villa. Aún hubo dos niños más, pero cuatro de esas criaturas no llegaron a alcanzar la edad adulta, como solía ocurrir en aquellos tiempos. Los Jovellanos tuvieron una buena infancia: sus progenitores eran dos personas cultas, bondadosas y afables y, sin llegar a ser riquísimos, eran lo suficientemente acomodados como para vivir bien y permitirse darles a sus hijos una buena educación.

Era habitual que en las familias pudientes se organizase el futuro de los descendientes desde muy pronto. Las niñas fueron preparadas, como era costumbre, para contraer matrimonio. Los chicos —salvo el primogénito, Alonso, que habría de heredar el mayorazgo—, para acceder a la Marina. A Gaspar en cambio, quizá el más tranquilo de todos, se le destinó a la Iglesia: era el diezmo que los hidalgos y nobles pagaban a esa institución, a cambio de acaparar los puestos más elevados de la jerarquía eclesiástica. Había que formarle para esa carrera, así que, tras sus estudios iniciales en casa, a los trece años se le envió a Oviedo a estudiar Filosofía, y de allí poco después a Ávila, al palacio del obispo, donde sirvió a éste mientras estudiaba Derecho Canónico y leía a los clásicos. A los veinte años, y ya licenciado en Cánones, se fue a Alcalá de Henares para continuar allí su preparación. Rápidamente consiguió ingresar en el exigente Colegio Mayor de San Ildefonso, donde se formaba la élite de los juristas y los teólogos españoles.

Debieron de ser años divertidos: Jovellanos era un buen estudiante, inteligente, aplicado y con una curiosidad insaciable que le llevaría —cada vez más— a saltar de una disciplina a otra: leyes, política, filosofía, arte, poesía y teatro, pero también ingeniería, geología, zoología o botánica formaban parte de sus intereses. Era un tipo sociable y al que le gustaba pasárselo bien: tocaba la guitarra y cantaba, interpretando melodías populares e imitando a las actrices de moda. Su aspecto físico era además especialmente agradable: alto, delgado y atractivo, don Gaspar era para colmo un hombre elegante, siempre vestido de manera impecable y muy aseado, costumbres que no eran tan comunes en aquellos tiempos. Basta ver sus retratos —los dos que le hizo por ejemplo su buen amigo Goya— para entender lo mucho que solía gustar a las

mujeres.

Quizá fuera todo aquello, la vida social, las diversiones, el interés por el sexo femenino, lo que le alejó definitivamente de la carrera eclesiástica. Aunque ya había recibido las órdenes menores, al final de sus estudios en Alcalá decidió abandonar ese camino y dedicarse a la judicatura. Después de mover sus contactos en la corte, en 1768, con tan sólo veinticuatro años, fue nombrado por el rey Carlos III alcalde de la Cuadra de la Audiencia de Sevilla. O sea, juez.

A mediados de marzo, Jovellanos tomó en Madrid la diligencia que debía trasladarle a la ciudad andaluza. Algo más de quinientos kilómetros de distancia que hoy en día recorremos en AVE en apenas dos horas y media. Él tardó en cambio —como era habitual en aquellos tiempos— doce jornadas, doce días completos a una media diaria de unos cuarenta y dos kilómetros, entre polvo, calor y frío extremos, traqueteos atroces, noches en posadas apestosas y llenas de chinches y la amenaza de los bandoleros que en cualquier momento podían asaltar el coche. A lo largo de aquel siglo XVIII, cada vez se trazaban en España más carreteras y se organizaban más líneas habituales de diligencias. Ya no era preciso viajar a pie o a lomos de una mula como en tiempos de Cervantes, pero no cabe duda de que había que tener valor, resistencia física y una espalda a prueba de golpes para realizar aquellos pesadísimos trayectos.

Al llegar a Sevilla, Jovellanos se encontró una ciudad en cierta decadencia, lejos ya los tiempos esplendorosos de los siglos XVI y XVII. El privilegio de la Casa de Contratación había sido traspasado en 1717 a Cádiz, y Sevilla había perdido buena parte de su población, que emigró tras el fulgor del oro y la plata. En 1768, contaba con algo menos de cien mil habitantes, muchos de los cuales eran pobres, mendigos y pícaros, aunque todavía se alzaban en sus calles los palacios urbanos de los grandes aristócratas latifundistas y los inmensos y riquísimos templos donde cada misa, cada oficio, era celebrado con una pompa asombrosa.

Por fortuna para Jovellanos, en aquellos años había también en Sevilla un pequeño núcleo de gentes cultas e interesadas por la realidad del país. Verdaderos «ilustrados», a la manera francesa. El cabecilla de todos ellos era el peruano Pablo de Olavide, que residía en unos apartamentos de alquiler en los Reales Alcázares. Allí se reunía una tertulia a la que pronto se incorporó el joven juez y que tendría una gran influencia en su pensamiento.

Pero ya antes de unirse a ese grupo, don Gaspar demostró que era un hombre de ideas modernas y que estaba dispuesto a cambiar muchas cosas. Para empezar, en su aspecto: renunció a la peluca y a otros símbolos externos de su cargo, que debían elevarle a ojos de todos por encima de la sociedad civil. Para asombro y escándalo de sus compañeros, se paseaba por Sevilla con la ropa que llevaría cualquier joven elegante y dejando ver su pelo natural, cuidadosamente arreglado con un bucle enroscado sobre las orejas.

Pero sus ansias de transformación iban mucho más allá de su apariencia física: el nuevo magistrado tuvo el atrevimiento de intentar abolir la tortura en los interrogatorios a los reos. Esa práctica horrorosa era habitual en toda Europa, y numerosos ilustrados de diversos países venían criticándola duramente desde hacía tiempo. Por supuesto, no lo consiguió: la mayor parte de los juristas de la época estaban convencidos de que sólo así se obtenían confesiones importantes y las leyes, obviamente, la permitían. Sin desanimarse por ese fracaso, también luchó durante aquellos años por mejorar las penosas condiciones de los presos, y quiso renunciar a cobrar a los reos las tasas que se veían obligados a pagar a los jueces. Aquellos gestos, frustrados por la firme oposición de sus colegas, fueron la primera demostración del pensamiento profundamente humanista y reformador de don Gaspar. El pensamiento que le conduciría al desastre.

Si había llegado a Sevilla con nuevas ideas, el contacto con la tertulia de Olavide no hizo más que reforzarlas: él y sus amigos pusieron a disposición de Jovellanos sus bibliotecas, plagadas de libros prohibidos en España, en particular de los filósofos franceses. Pronto comenzó a formar su propia colección de volúmenes, que llegaría a ser enorme. Sabemos que en aquellos primeros tiempos de su carrera ya había reunido obras de gentes tan sospechosas para la Iglesia y para las clases poderosas como Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Bacon, Hume, Milton o Pope, junto con un ejemplar de los veintiocho volúmenes de la «peligrosa» *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert.

Quizá fuera en el ámbito de aquella tertulia de los Reales Alcázares donde Jovellanos conoció a su primer amor, *Enarda*. Enarda es, por supuesto, el nombre poético que él le dio en sus versos. No se sabe de quién se trataba pero, por lo que él mismo contó, parece que se separaron enseguida, al marcharse ella de Sevilla, y se reencontraron diez años después en Madrid para dejarse nuevamente al cabo de un tiempo.

En realidad, no hay demasiados datos sobre los amores de don

Gaspar, que nunca llegó a casarse. En sus poemas mencionó a diversas mujeres amadas bajo los nombres, además de Enarda, de Clori, Marina, Belisa, Galatea y Alcmena. Con Alcmena sabemos —por una carta que le escribió un amigo— que le nació un niño en 1782, que quizá muriera pronto. Sabemos igualmente que en algún momento se habló de su posible boda con una alemana. Y que, ya pasados los sesenta, la joven Ramona Villadangos se enamoró de él y, de alguna manera, se las arregló para hacerle entender que aspiraba a que la pidiera en matrimonio. Pero Jovellanos, que siempre había criticado las bodas de interés entre hombres mayores y muchachas jóvenes, tan comunes en la época, se negó, aduciendo que no quería caer en tal incoherencia.

Lo que sí conocemos gracias a sus escritos es su postura respecto al género femenino: fue siempre un defensor de la igualdad de derechos y deberes de las mujeres respecto a los hombres, lo cual le alejaba de la mayor parte de sus contemporáneos, incluso de los más modernos. Cuando en 1786 surgió entre los miembros de la Sociedad Económica de Amigos del País el debate sobre si las mujeres debían o no ser admitidas en la institución, don Gaspar se puso de su parte en la *Memoria* que redactó sobre el asunto.También criticó abiertamente a los maltratadores. Durante algunos años, Jovellanos mantuvo la sana costumbre de escribir sátiras en verso en las que exponía su pensamiento crítico. En ellas arremetió contra diversos asuntos característicos de su tiempo: los matrimonios desiguales, la mala educación de la nobleza, los letrados, las corridas de toros y también, en la *Sátira quinta*, contra «la tiranía de los maridos». En este poema, don Gaspar se dirige así al violento Arnesto —que podría ser el conde de Teba—, casado con la asustada Elisa:

Y ¿quién te ha dado, bárbaro, ese imperio
que tan altivo ostentas? ¿Quién? ¿Natura,
alma Natura? No, sus sacras leyes
no distinguen de sexos; por do quiera
su amada hechura el hombre es el objeto.
¿Y no es tu semejante, Arnesto, Elisa?
[...]
Hizo el hombre servir de luengos siglos
a su loca ambición sus nobles prendas,
subyugó al sexo débil, degradole,
y, haciéndole su esclavo, su belleza,
su preciada belleza, sus encantos,
el premio del sudor y la fatiga,
diéronse a la violencia, y aun su vida
fue un gratuito don de su tirano.

Hizo más: autorizó en sus leyes
su usurpación; el galo y el asirio
en sus códigos mismos imprimieron
al sexo ya abatido el sello torpe
de su esclavitud mísera e infame.
¿Son éstos, di, tus títulos, la dura,
maguer que envejecida tiranía,
de tus injustos bárbaros abuelos?[15]

He dicho que Jovellanos dirigía sus sátiras contra asuntos característicos de su tiempo, pero eso no es del todo verdad. Por desgracia, todavía hoy —más de dos siglos después de su redacción — se pueden lanzar sus palabras a la cara de muchos hombres. Lo cierto es que fue un espíritu crítico capaz de señalar ciertos problemas y carencias sociales que siguen siendo una realidad actualmente. Un observador cuidadoso de la condición humana que supo poner el dedo en numerosas llagas. Demasiado sangrantes, lamentablemente, entonces y ahora. Recuerdo, por ejemplo, los versos con los que termina su *Sátira cuarta [Contra las corridas de toros]*, que los antitaurinos podríamos aún declamar hoy en día frente a la puerta de cualquier coso:

Así, mísera Iberia, así retratas
a Roma en su barbarie, así desmientes
el siglo de las luces, y eternizas
el padrón horroroso de tu infamia.[16]

Fue precisamente en Sevilla donde don Gaspar inició su carrera como literato. Allí escribió sus primeros poemas y dos obras de teatro, *La muerte de Munuza* y *El delincuente honrado*. Esta última —que era muy novedosa para su época— tuvo un gran éxito y fue representada en muchas ocasiones, tanto en España como fuera, durante al menos sesenta años. En ella, Jovellanos exponía su convicción de que las leyes eran a menudo injustas, los jueces demasiado crueles y los códigos excesivamente sanguinarios. Eran ideas que habían defendido los enciclopedistas franceses, enfrentados al sistema de justicia de su país, y que sin duda le reportaron muchos seguidores pero también numerosísimos enemigos. Por el momento, y dada la carrera ascendente del pensador, se dedicaron a afilar sus armas. Ya llegarían tiempos propicios para clavarlas. A decir verdad, la derrota de Jovellanos —y de otros muchos ilustrados españoles— fue sin duda a finales del XVIII y principios del XIX una de las cosas que más placer causaron a los ultrarreaccionarios del reino.

Pero, de momento, todo parecía sonreírle: en 1778, a los treinta y cuatro años, fue llamado por el rey a Madrid como miembro de la Sala de Alcaldes de la Casa y Corte, una institución de la capital que administraba justicia y se ocupaba del gobierno y la seguridad de la ciudad. Durante los siguientes doce años permaneció en Madrid, ejerciendo distintas labores y adquiriendo un enorme prestigio, hasta convertirse en lo que podríamos llamar un personaje de moda en los círculos intelectuales y políticos. Aún faltaba una década para el estallido de la Revolución francesa, y antes de que el miedo se instalase en los corazones de los poderosos de Europa, asfixiándolos, el viento parecía soplar a favor de los cambios. Un hombre joven, educado, culto, inteligente y hasta apuesto como don Gaspar era sin duda en la corte un buen adalid de las ideas reformadoras de la Ilustración. Aquéllos fueron para él tiempos exitosos, en los que fue elegido académico de las Reales Academias de la Lengua, de Historia, de Bellas Artes y de Cánones y miembro del Consejo de las Órdenes Militares, con el hábito de caballero de la de Alcántara. También fue nombrado miembro de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, una organización en la que se integraban los políticos y reformadores más avanzados del país, que se esforzaban por darle un nuevo impulso económico y social al reino.

Además de todas estas instituciones, Jovellanos frecuentaba los grandes salones madrileños, y en particular los de la condesa de Montijo y el conde de Campomanes, lugares en los que se reunía con gentes con las que compartía el interés por la política, las artes, la literatura y las ciencias. Sí, también las ciencias, a cuyo estudio se aplicaban con pasión los ilustrados. En casa de Campomanes, por ejemplo, se hacían observaciones astronómicas, y en el palacete de la duquesa de Osuna había un gabinete científico donde se realizaban experimentos: el espíritu racionalista parecía flotar sobre Madrid, aunque pronto se demostraría que para muchos era más una pose que otra cosa. Demasiados miembros de la alta sociedad española jugaban a ser modernos, pero cuando el huracán de los cambios empezase de verdad a azotar Europa, se agarrarían con uñas y dientes a los muros protectores de sus viejos palacios, a la injusticia de las rentas que percibían y a las conciencias inquisitoriales y antirracionalistas de sus confesores.

Mientras tanto, en aquellos años optimistas, don Gaspar estableció algunas de sus grandes amistades: entre otros con Goya, quien lo retrataría dos veces y que se inspiraría en algunos de sus versos para realizar varios grabados de la serie de los *Caprichos*. Y

con Francisco Cabarrús, financiero de origen francés y fundador del Banco de San Carlos, el primer banco nacional del reino, antecedente del Banco de España. Fue precisamente la relación con Cabarrús lo que ocasionó a Jovellanos el primero de sus muchos disgustos políticos. Claro que la causa podría haber sido cualquier otra: desde el verano de 1789, cuando en Francia estalló la revolución amenazando con llevarse por delante el viejo orden, el miedo a los ilustrados y a las consecuencias de sus ideas atenazó a los nuevos reyes —Carlos IV y María Luisa— y a buena parte de la corte. Cualquier excusa empezó a parecer buena para perseguir a los afrancesados. En 1790, el banquero Cabarrús fue acusado de fraude y encarcelado. Jovellanos tuvo el valor de salir públicamente en defensa de su amigo, y enseguida fue alejado de Madrid y enviado a Asturias con ciertas comisiones menores, en una especie de destierro mal disimulado. Después de treinta y tres años de ausencia tan sólo rota por algún viaje breve, volvía a casa para quedarse allí una larga temporada.

La casona de Gijón en la que Jovellanos se instaló de nuevo en 1790 tenía ya poco que ver con la fortaleza original. A lo largo de los siglos, había ido sufriendo cambios, tanto en el interior como en el exterior, aunque el grueso de la estructura era prácticamente el mismo desde el XVI: un cuerpo de vivienda de dos plantas en torno a un patio central y dos torres a ambos extremos. Don Francisco, el padre de don Gaspar, había hecho sus propias innovaciones: la planta principal se había convertido en un laberinto de pasillos y habitaciones, más de veinte, que probablemente respondían a la necesidad de cobijar una familia numerosa, pero también al nuevo deseo de intimidad que se había ido extendiendo por las casas europeas a medida que transcurría el siglo XVIII.

Antes de esa época, las habitaciones de las viviendas señoriales tendían a ser grandes y a servir para diversos usos. Durante el día podían ser utilizadas como comedor, sala de recibir o estudio, pero al llegar la noche se convertían tranquilamente en espacios para dormir, normalmente ocupados por varias personas. Los muebles eran escasos, y se adaptaban igualmente a diferentes necesidades, de tal manera que un simple banco, un arcón o un armario podían ser utilizados como camas. La sociedad europea aún no había descubierto la necesidad de privacidad, confort y belleza en la decoración. Como en tantas otras cosas, el XVIII trastocó esos hábitos, y las clases pudientes empezaron a exigir a sus arquitectos

lugares reservados para la intimidad, adecuados para un solo uso y adornados de acuerdo con su destino: gabinetes, despachos, salones, dormitorios, tocadores... Los hijos dejaron de dormir en la misma habitación que los padres, y los criados fueron alejados del espacio de la familia y ubicados en zonas propias. Es probable que los arreglos que hizo don Francisco en la casona de Gijón respondieran a esa mentalidad.

En cualquier caso, cuando Jovellanos regresó en 1790, la casa albergaba una familia muy reducida: aparte de él mismo, sólo vivían en ella la madre y el hermano mayor, Francisco de Paula, con su esposa. Las hermanas estaban todas casadas y residían en las propiedades de sus respectivos maridos, y los demás hermanos varones habían fallecido (uno de ellos, Miguel, adelantándose en más de medio siglo a los románticos, murió de amor al ser obligado a separarse de una criada de la que se había enamorado). Don Gaspar podía instalarse como quisiera en aquella casona medio vacía, y lo hizo en el segundo piso de una de las torres, la de levante, «con bellas vistas al mar y al mediodía», como decía él mismo, que arregló con mucho cuidado.

Allí organizó su alcoba, un despacho y un pequeño cuarto para su secretario. Para decorar esos espacios según la moderna idea de la búsqueda de la adecuación y la belleza, Jovellanos encargó entre otras cosas un papel pintado de gusto neoclásico, con fondo aterciopelado, «una cenefa plomo claro con listas azules —según escribió él mismo en su *Diario*—, estatuillas color de naranja, jarroncitos color de chocolate, con su friso o zócalo de claro oscuro, jarrones de lo mismo para sentar sobre él y rodapié de mármol». El uso del papel pintado para cubrir las paredes era toda una novedad importada de Inglaterra y Francia, y en ese mismo momento —con motivos muy parecidos a los escogidos por don Gaspar—, estaba siendo utilizado en la decoración del Palacio Real.

Años más tarde, a su regreso del ministerio, volvió a arreglar aquellos aposentos, haciendo de ellos un lugar especialmente confortable en el que un gran grupo de amigos se reunía a diario para charlar y jugar a las cartas. Entre otras cosas, llamaba la atención en esas habitaciones la chimenea. Durante siglos, nadie había sabido construir adecuadamente esos artilugios: a pesar del enorme tamaño que suelen exhibir en muchos castillos y palacios, apenas lograban generar calor y se convertían en cambio, por su mal diseño, en un foco de humo. Sólo a lo largo del XVIII se solucionaron los problemas constructivos que planteaban. Don Gaspar mandó instalar una de aquellas chimeneas de nueva traza,

con un melancólico aire neoclásico, en torno a la cual solían producirse las tertulias en los días fríos. Está claro que también era un moderno en lo referente a la decoración y la arquitectura, por la que siempre sintió por cierto mucho interés.

Pero el encanto de aquellas salas tenía también mucho que ver con su magnífica biblioteca y su colección de arte. A lo largo de su vida, Jovellanos se gastó la mayor parte de su dinero en libros, cuadros y dibujos. Entre los miles de volúmenes que llegó a poseer, colgaban los lienzos de pintores tan importantes como Luis de Morales o Murillo, además de los cinco que tuvo de su buen amigo Goya, que en algún momento estuvieron reunidos en la casa de Gijón. Tenía además una magnífica colección de dibujos y grabados de grandes maestros que incluía obras de Miguel Ángel, Caravaggio, Zurbarán, Murillo, El Greco, Durero y tal vez del mismísimo Velázquez.

El destino final de esos tesoros es tan triste como significativo de la historia de España: en su testamento, Jovellanos donó casi cinco mil volúmenes y su colección de dibujos al instituto que él mismo había fundado en Gijón. Allí permanecieron durante más de un siglo. Pero la barbarie acabaría con todo aquello: en 1934, el Regimiento Simancas —convocado para sofocar la Revolución de Octubre— se instaló en la sede del instituto. Aquellas aulas, previstas para impartir cultura, se transformaron en depósitos de municiones y dormitorios de hombres armados hasta los dientes. Por desgracia, nadie se preocupó de trasladar la biblioteca que contenía los valiosísimos libros y dibujos de don Gaspar. Cuando el regimiento se sumó al golpe de Estado de julio de 1936, el cuartel improvisado fue atacado por las fuerzas gubernamentales, que terminaron por prenderle fuego el 21 de agosto. Esas obras extraordinarias ardieron entre las primeras llamas de la Guerra Civil. Toda aquella belleza y aquella sabiduría flotó durante horas sobre Gijón, convertida en cenizas, como un símbolo del dolor que pronto arrasaría el país y del triunfo sangriento de la ignorancia contra la que tanto había luchado Jovellanos.

La suerte de su casa, sin ser tan trágica, es también una prueba de nuestro tradicional desinterés hacia la historia, en cuyo nombre se han sacrificado tantos lugares relevantes y hermosos. Aunque saqueado primero por los franceses y luego por los nacionales durante la guerra de la Independencia —aún en vida de Jovellanos —, el edificio sobrevivió en buenas condiciones en manos de sus herederos hasta los años cuarenta del siglo XX. En 1943, una parte muy importante de la casona fue vendida al ayuntamiento con la

idea de convertirla en museo dedicado a la memoria de don Gaspar, un viejo proyecto de los tiempos de la Segunda República. Pero el total desinterés de las autoridades franquistas hizo que hasta 1968 no comenzaran las obras de transformación. Para entonces, la casa se había deteriorado notablemente, y su estado de abandono fue la excusa perfecta para que los arquitectos Enrique Álvarez-Sala y Miguel Ángel García Lomas realizaran una reforma totalmente caprichosa y sin ningún respeto hacia el pasado, borrando numerosos rastros históricos y haciendo de ella un edificio al gusto —mal gusto— de la época. Como ocurrió con la casa de Cervantes, todo fue manipulado, cambiado y destrozado, incluida la famosa chimenea, que fue arrancada sin más. Por desdicha, nada extraordinario en nuestro país, donde asolar el patrimonio —cultural y natural— ha sido algo normal. Y aún sigue siéndolo.

A cambio de esos desmanes, el Museo Casa Natal de Jovellanos ha servido, desde su apertura en 1971, no sólo para recordar al sabio, sino también para exponer la interesante colección artística municipal de Gijón, que incluye obra pictórica y escultórica de diversas escuelas europeas desde el siglo XVII, con especial insistencia en los artistas asturianos.[*] Creo que a él le habría gustado conocer ese destino de su propiedad: al fin y al cabo, había convertido sus aposentos en una extraordinaria galería de arte. Seguro que habría disfrutado de haber podido contemplar pausadamente las obras de Thomas Lawrence, Cornelis de Vos, Evaristo Valle, Nicanor Piñole, Joaquín Vaquero Palacios, Sebastián Miranda o Joaquín Rubio Camín que se exhiben en las salas, aunque muchas de ellas hayan invadido las habitaciones de las que él se ocupó con tanto cuidado.

Sólo en la torre oriental quedan un par de estancias dedicadas a don Gaspar, una pequeña parte de las que él había arreglado para su uso. En los primeros tiempos del museo, esos espacios se decoraron tratando de reproducir lo que podría haber sido su aspecto original, mezclando para ello piezas auténticas con otras de imitación. Recuerdo muy bien cómo, en mis visitas de niña, me impresionaba la cama neoclásica —falsa— en la que yo me empeñaba en creer que había dormido, y quizá hasta muerto, nuestro extraño «tío abuelo». No dejaba de ser un simulacro, pero mi mente de niña se dejaba seducir por aquel ambiente en el que me parecía oírle respirar y hasta musitar sus versos, estas estrofas teñidas de comunismo que siempre me han emocionado:

Pero vendrá aquel día, vendrá, Inarco,
a iluminar la tierra y los cuitados

mortales consolar. El fatal nombre
de propiedad, primero detestado,
será por fin desconocido. ¡Infame,
funesto nombre, fuente y sola causa
de tanto mal! Tú solo desterraste,
con la concordia de los siglos de oro,
sus inocentes y serenos días;
empero al fin sobre el lloroso mundo
a lucir volverán, cuando del cielo
la alma verdad, su rayo poderoso
contra las torres del error vibrando,
las vuelva en humo, y su asquerosa hueste
ahuyente y hunda en sempiterno olvido.
Caerán en pos la negra hipocresía,
la atroz envidia, el dolo, la nunca harta
codicia, y todos los voraces monstruos
que la ambición alimentó, y con ella
serán al hondo báratro lanzados,
allá de do salieron en mal hora,
y ya no más insultarán al cielo.
Nueva generación desde aquel punto
la tierra cubrirá, y entrambos mares;
al franco, al negro etíope, el britano
hermanos llamará, y el industrioso
chino dará, sin dolo ni interese,
al transido lapón sus ricos dones.
Un solo pueblo entonces, una sola
y gran familia, unida por un solo
común idioma, habitará contenta
los indivisos términos del mundo.
No más los campos de inocente sangre
regados se verán, ni con horrendo
bramido, llamas y feroz tumulto
por la ambición frenética turbados.
Todo será común, que ni la tierra
con su sudor ablandará el colono
para un ingrato y orgulloso dueño,
ni ya, surcando tormentosos mares,
hambriento y despechado marinero
para un malvado, en bárbaras regiones,
buscará el oro, ni en ardientes fraguas,
o al banco atado, en sótanos hediondos,
le dará forma el mísero artesano.
Afán, reposo, pena y alegría,
todo será común; será el trabajo
pensión sagrada para todos; todos
su dulce fruto partirán contentos.
Una razón común, un solo, un mutuo
amor los atarán con dulce lazo;
una sola moral, un culto solo,
en santa unión y caridad fundados,

el nudo estrecharán, y en un solo himno,
del Austro a los Triones resonando,
la voz del hombre llevará hasta el cielo
la adoración del universo, a la alta
fuente de amor, al solo Autor de todo. [17]

En 1994, el concepto museológico aplicado hasta entonces en la Casa Natal de Jovellanos cambió por completo. Todo lo que era reproducción o imitación fue quitado. El papel de las paredes y las cortinas desaparecieron, junto con el resto de las piezas falsas. Lo que ahora se puede visitar es un espacio museístico limpio, sin ningún afán historicista, en el que se exhibe el escaso mobiliario original que ha llegado hasta nuestros días, y que consiste tan sólo en dos bargueños barrocos, dos juegos de sillas y un arcón. Hay algunos cuadros que fueron de Jovellanos, como una interesante *Magdalena penitente* del pintor barroco Francisco Ruiz de la Iglesia, o los retratos de algunos de sus hermanos. También su capa de caballero de la Orden de Alcántara —que demuestra su buena estatura— y una vitrina llena de valiosas primeras ediciones de algunas de sus obras.

No es mucho para entender el alma de un ser humano, pienso. Incluso el entorno ha cambiado por completo, y ya ni siquiera se ve el mar desde las ventanas de la torre. Me habría gustado, por supuesto, encontrar más cosas. Algo que hubieran tocado sus manos —debo de padecer cierta mitomanía—, una escribanía llena de tinta reseca, por ejemplo, un pañuelo amarillento y agujereado por las polillas, alguno de sus libros favoritos, manoseado y anotado a mano, con su precioso olor a polvo de siglos. No hay nada de todo eso. Y el recuerdo infantil de ese espacio legendario se desvanece dentro de mí, bajo las paredes blancas y las luces de los focos.

Pero me consuelo rápidamente: al fin y al cabo, debajo de la pintura siguen estando las mismas piedras que le cobijaron, y quizá su energía, de alguna manera, se haya colado entre los resquicios y permanezca ahí, lúcida y bondadosa. Al fin y al cabo, al otro lado de las ventanas, aunque ya no se vea el mar, puedo contemplar ese cielo tan extraordinariamente azul de lo que él habría anotado en su *Diario* como una magnífica mañana de invierno. Y además, aquí pasó mucho tiempo —pienso— escribiendo, leyendo y recibiendo a los amigos. Muchas de las horas de los ocho años que se vio obligado a vivir en Gijón, entre 1790 y 1798, en aquella especie de destierro de la corte nunca reconocido. Destierro feliz: ésta fue probablemente la mejor época de su vida. Fértil y tranquila.

Por encargo del gobierno, durante aquella década se ocupó de la

construcción de la carretera entre Gijón y León por el puerto de Pajares —que hasta entonces no era más que un mal camino lleno de dificultades—, y también de la explotación de las minas de carbón de Asturias, que la incipiente revolución industrial comenzaba a hacer necesarias. Viajó cuanto pudo por la mitad norte de la Península, disfrutando y describiendo en sus escritos paisajes y monumentos. E incluso, con su extraordinaria sensibilidad, admiró y tomó cuidadosas notas de las diminutas y hermosas iglesias del prerrománico asturiano, a las que nadie había prestado atención desde el siglo X.

Pero la ocupación más intensa de aquellos años fue sin duda la creación de lo que sería su mayor legado a la posteridad, el Instituto Asturiano de Náutica y Mineralogía. En un país en el que el índice de analfabetismo era altísimo, en el que aún faltaba más de medio siglo para que en 1857 el ministro Claudio Moyano declarase obligatoria la enseñanza primaria y en el que la élite económica y social renunciaba gustosamente a la formación intelectual, Jovellanos estaba convencido de que para que una nación fuese próspera, sus miembros debían recibir instrucción. Era además consciente de que los incipientes cambios en la industria exigirían cada vez más carbón y que Asturias podía destacar en ese campo. Y esas dos ideas unidas le llevaron a fundar un centro de enseñanza donde se preparase a los críos para hacerse cargo de las explotaciones mineras de la zona y del posterior traslado por mar de ese material. Se trataba de formar a los que podríamos considerar los antecesores de los actuales ingenieros y profesionales de alto nivel de la marina mercante.

A pesar de la firme oposición de la Universidad de Oviedo —estancada en la enseñanza escolástica— y de la Iglesia, que veía peligrar el futuro de sus escuelas si proliferaban iniciativas semejantes y que mandó en varias ocasiones a la Inquisición a inspeccionar la biblioteca del instituto, don Gaspar, testarudo como pocos, consiguió apoyo y dinero hasta de debajo de las piedras, incluidas las generosas donaciones de muchos *indianos*, asturianos que habían hecho fortuna en América y que decidieron contribuir a ese proyecto tan inteligente e importante para el futuro de la región. En enero de 1794, y teniendo como primera sede un edificio donado por el propio hermano de Jovellanos, Francisco de Paula, comenzó sus cursos el instituto de Gijón, el primer centro de enseñanza profesional de España.

Aquéllos fueron también los años en los que el infatigable Jovellanos —que parecía gozar de una energía intelectual inaudita

— redactó por encargo de la Sociedad Económica Matritense el *Informe en el expediente de Ley Agraria*, su obra económica más importante. En él planteaba profundas reformas del campo español. Algunas de ellas eran abiertamente provocadoras. Entre otras, la necesidad de limitar los mayorazgos —la costumbre de que el primogénito de una familia heredase la mayor parte de sus posesiones, cuando no la totalidad—, la de amortizar y poner en circulación las tierras no explotadas de los grandes latifundios de la nobleza y de la Iglesia y la de impedir que ésta siguiese acaparando propiedades.

Si alguno de sus enemigos se había olvidado de él durante aquel tiempo de lejanía o había confiado en que su retiro le hubiera hecho agachar la cabeza, aquel texto no hizo más que recordarles a quién se enfrentaban: mientras sus admiradores trataban de conseguir que pudiera regresar a la corte para poner en práctica esas ideas, los sectores más conservadores de la aristocracia y de la Iglesia le declararon desde aquel momento guerra eterna. El primer ataque le llegó nuevamente de la sacrosanta Inquisición, que trató de prohibir la circulación del escrito. Por el momento no lo lograron. Pero sólo era una derrota temporal: pronto llegaría el tiempo de la venganza.

En aquel instante, sin embargo, el viento parecía soplar a su favor: el 13 de noviembre de 1797, se oyeron de pronto cascabeles en la plazuela ante la casona de Jovellanos. Un coche de posta se detuvo rápidamente frente a las puertas, para entregarle a don Gaspar un despacho urgente del rey: acababa de ser nombrado ministro de Gracia y Justicia. Manuel Godoy, primer ministro y favorito de Carlos IV, contaba con él para llevar a cabo una serie de reformas ilustradas en España, y había conseguido vencer las resistencias del monarca. Don Gaspar aceptó el cargo pero, lejos de cualquier atisbo de vanidad, anotó esa noche en su *Diario*, con total lucidez: «¡Adiós felicidad, adiós quietud para siempre! Empieza la bulla, la venida de amigos y de los que quieren parecerlo; gritos, abrazos, mientras yo, abatido, voy a entrar a una carrera difícil, turbulenta, peligrosa.»

«Peligrosa», escribió: no sabía cuánto. Nada más llegar a la corte, se le intentó envenenar con pequeñas dosis de sal de plomo que le provocaron una grave gastroenteritis y una polineuritis con parálisis de la mano derecha. Lo mismo le ocurrió a su buen amigo Francisco de Saavedra, que había sido nombrado ministro de Hacienda. Nunca se supo quién había sido el culpable, pero quedaba claro que había muchos gusanos pululando en medio del esplendor de los palacios. Claro que él no se andaba con tonterías

en lo referente a sus propuestas: aquel hombre que ya al principio de su carrera había intentado abolir la tortura, trató de convencer a Carlos IV de que era preciso limitar muy a fondo el enorme poder de la Inquisición. También se empeñó en reformar los anquilosados estudios universitarios, reduciendo así la capacidad de influencia de numerosos personajes. Se comportó además como un mal cortesano, rechazando asistir a festejos y oficios religiosos, y negándose a hacerle la pelota a la reina María Luisa, a quien le gustaba mantener bajo control a los miembros del gobierno. Don Gaspar, en fin, pisó muchos callos, ideológicos, económicos y hasta sociales. Tantos, que el 15 de agosto, nueve meses después de haberlo nombrado, el rey lo cesó fulminantemente. Los gusanos habían conseguido llegar hasta sus oídos y verter en ellos toda clase de venenos. Aún entrarían más dentro, hasta el mismísimo fondo del cerebro de aquel rey abúlico y voluble.

Por el momento, Jovellanos creía haberse librado del peligro. Volvió a Gijón, feliz, y retomó su vida anterior: la costumbre diaria de la escritura, las tertulias y las partidas de cartas con los amigos, la preocupación por el instituto y las excursiones y juegos en la playa con los alumnos... Sin duda disfrutaba pensando en las muchas cosas que aún le quedaban por descubrir y por imaginar si la Providencia le concedía tiempo para ello. Seguramente no llegó a pensar nunca que las manos de la Providencia en los reinos de España eran tan tenebrosas como firmes.

El 13 de marzo de 1801, en plena noche, un grupo de hombres armados entró en casa de Jovellanos y lo detuvo por orden del rey. Sin ninguna explicación. Sus papeles fueron requisados y metidos en dos baúles, y su biblioteca sellada. Al día siguiente, acompañado por una nutrida escolta de soldados, fue conducido a Barcelona, y de allí a Mallorca. En principio, se le instaló en un régimen de prisión moderada en la cartuja de Valldemosa. Pero cuando se supo que se había hecho amigo de los monjes —para los que diseñó los jardines traseros del monasterio y los muebles de la biblioteca—, que su vida era demasiado relajada y, sobre todo, que aún se atrevía a seguir escribiendo, se le trasladó al castillo de Bellver y se le impusieron durísimas condiciones: totalmente incomunicado, se le prohibió salir de la celda y, por supuesto, se vigiló estrechamente que no dispusiera de pluma, tinta y papel. Como le había ocurrido a sor Juana Inés de la Cruz un siglo atrás en México, de lo que se trataba era de anularle la capacidad de expresar el pensamiento y

soliviantar a otros. De extirparle la voz, en un intento de provocar ese silencio absoluto de los seres libres con el que sueñan los tiranos de todos los tiempos.

En vano: sus escritos seguían circulando a escondidas entre sus amigos y seguidores. Incluso las dos cartas que trató de hacer llegar al rey, y en las que pedía explicaciones sobre su encarcelamiento y solicitaba, fuera cual fuese su pretendida culpa, ser juzgado por un tribunal. Carlos IV nunca recibió esos textos, pero numerosas copias manuscritas de ellos circularon por las casas de los ilustrados de todo el reino.

Jovellanos permaneció encarcelado siete años, sin conocer los motivos y, por supuesto, sin que se produjera juicio alguno. Los dos primeros años fueron terribles, y llegó a estar muy enfermo. Luego, a medida que en la corte se olvidaban de él y de su situación, la dureza de sus guardianes se aminoró. Enseguida recuperó el ánimo y se esforzó por adaptarse en las mejores condiciones posibles a aquella vida de prisionero. Mostrando una dignidad y una resistencia casi sobrehumanas, volvió a decorar con cuidado su cuarto, a colgar en él cuadros, a comprar libros con los que empezó a formar una nueva biblioteca. Recibía visitas, sobre todo de damas, que seguían adorándole a pesar de que, a sus sesenta años, las penalidades habían hecho mella en su físico, ahora envejecido. Aprendió mallorquín y leyó en esa lengua la obra de Ramon Llull. Volvió a escribir, e incluso consiguió un catalejo gracias al cual pudo contemplar atentamente los maravillosos edificios góticos de Palma que luego describió por escrito, como también hizo con el propio castillo de Bellver. Y observó con sumo cuidado la naturaleza que rodeaba su prisión, disfrutando de ella con su mezcla de sensibilidad y racionalismo científico. Incluso descubrió un insecto y una planta que llevan su nombre, el coleóptero *Jovellanensis* y la *Jovellana sinclarii.* Qué hombre tan sabio, capaz de aguantar sin agachar la cabeza, sin entregarse a la autocompasión, con la frente bien alta y la mente siempre dispuesta a seguir aprendiendo, tan fuerte y decente en medio de tantos miserables.

Don Gaspar fue liberado el 5 de abril de 1808. El 19 de marzo, con las tropas francesas de Murat acercándose a Madrid y el pueblo de Aranjuez sublevado contra Godoy, Carlos IV había abdicado la corona en su hijo Fernando VII. Una de las primeras decisiones del

nuevo rey fue la de conceder la libertad a todos los que estaban presos por motivos políticos desde 1801. Entre ellos, Jovellanos, que en la misma orden de liberación fue llamado a la corte. Pero la corte ya no existía: a finales de abril, los dos Borbones, padre e hijo, estaban en Bayona, y ambos habían entregado sus derechos sucesorios a Napoleón, quien se los cedió a su vez a su hermano José. El pueblo español se alzó en armas contra los invasores. Había estallado la guerra de la Independencia.

Muchos afrancesados, creyendo que el abandono de los Borbones y la llegada de Bonaparte serviría para transformar a fondo el país, decidieron colaborar con el nuevo rey. No fue ése el caso de Jovellanos: seguía siendo un ilustrado, pero detestaba la forma como Napoleón trataba de imponer sus ideas mediante la fuerza, por más que compartiera muchas de ellas. Rechazó el cargo de ministro del Interior de José I e incluso se negó a obedecer al propio emperador, quien le mandó que regresara a Asturias para tratar de calmar a los insurrectos. Al nuevo ministro de Marina, viejo amigo suyo que trataba de presionarle para que se incorporase al gobierno, le escribió: «La causa de mi país, como la de otras provincias, puede ser temeraria; pero es a lo menos honrada, y nunca puede estar bien a un hombre que ha sufrido tanto por conservar su opinión, arriesgarla tan abiertamente cuando se va acercando al término de su vida.» Desde luego, la cárcel no había logrado acabar con su determinación ni con la claridad de su mente. A pesar de saber que entre los llamados patriotas figuraban muchos de sus viejos enemigos, optó por ellos, y rápidamente se incorporó a la Junta Central, reunida en Sevilla, como representante de Asturias.

Al cabo de un par de años de duro trabajo y constantes enfrentamientos con los sectores absolutistas, don Gaspar se tomó un descanso y pudo al fin regresar a Gijón a principios de 1811. Hacía diez años que había sido arrancado de su ciudad para ser conducido a prisión. Ahora volvía como un héroe: las gentes le aclamaban y los hombres tiraban las capas a su paso para que no tuviera que pisar el barro del suelo, un honor reservado a los más grandes. Pero a la emoción de ese recibimiento le siguió de inmediato la preocupación por la situación de la ciudad, medio destruida tras el paso de los franceses, que acababan de abandonarla. Su biblioteca y su colección de arte habían sido saqueadas tanto por las tropas francesas como por las españolas —aunque un viejo criado había conseguido salvar buena parte de sus tesoros—, y el instituto, que había servido como cuartel al ejército

de Bonaparte, se encontraba en un estado lamentable. Exhausto y enfermo, don Gaspar volvió sin embargo a demostrar su conocida fuerza de voluntad, y se puso de inmediato a recaudar dinero para rehabilitar el edificio y reiniciar las clases.

El esfuerzo serviría de poco: a principios de noviembre, tres meses después de su regreso, los franceses se acercaban de nuevo a Gijón. Jovellanos, que sabía lo que le esperaba por no haberse prestado a sus intereses, tuvo que resignarse a huir. El día 6, con un pequeño equipaje en el que llevaba algunas de sus cosas más importantes, abandonó por última vez su casa y caminó hasta el cercano puerto. Allí pudo embarcar en un pequeño bergantín, el *Volante*, en compañía de otros setenta refugiados que apenas cabían a bordo. El barco inició su navegación hacia el oeste. El amontonamiento de pasajeros de todas las edades y una tempestad tan fuerte como interminable hicieron del velero un pequeño infierno. Después de ocho días soportando el frío, la lluvia y el hambre, el bergantín consiguió arribar a Puerto de Vega, un pueblecito entre Luarca y Navia. Don Gaspar estaba gravemente enfermo de pulmonía: su organismo, debilitado por tantas penas, no pudo soportar la durísima situación vivida a bordo del *Volante*. Por fortuna, un buen amigo lo acogió en su casa y cobijó sus últimos días. Murió el 28 de noviembre, a los sesenta y siete años de edad, mientras trataba de evitar una nueva persecución. Otra más.

(Los bucles de la historia a veces nos cortan la respiración: ciento veintiséis años después de esa huida, mientras otros escritores como Machado o Lorca —que comparten estas páginas— eran también perseguidos y hasta asesinados, el puerto de Gijón volvió a ser escenario de un drama semejante: en octubre de 1937, cuando las tropas de los sublevados lograron tomar la ciudad, miles de personas trataron de huir hacia Francia a bordo de los barcos que estaban en los muelles. Muchas murieron ahogadas, en naufragios ocasionados por la mala mar del golfo de Vizcaya, la sobrecarga de los barcos y la impericia de los pilotos. Otras muchas fueron apresadas por la marina fascista, que controlaba la zona. Algunas lograron sobrevivir: entre ellas estaban mi madre —por entonces una niña de ocho años— y parte de su familia, que huyeron a bordo de un carguero inglés abarrotado de refugiados, como el *Volante*, y consiguieron llegar al puerto de La Rochelle.)

Siempre se ha dicho que las últimas palabras de don Gaspar fueron: «¡Desdichado de mí!» No me sorprendería que fuese verdad: tenía razones de sobra para despedirse del mundo con una exclamación tan triste. Pero bendito sea por tanta desdicha.

Rosalía de Castro o la saudade
Casa Museo Rosalía de Castro en Padrón

Emilia Pardo Bazán o la fortaleza
Casa Museo de Emilia Pardo Bazán en La Coruña

Miña casiña, meu lar,
¡cantas onziñas
de ouro me vals!

ROSALÍA DE CASTRO

¿Ves dos ventanas del tercero abiertas? ¿Una gran mesa... estanterías, libros, cachivaches, plantas, flores? ¿Una mujer que atraviesa la habitación con un violetero lleno de violetas en la mano?

EMILIA PARDO BAZÁN

Es curioso. Cada vez que tengo que nombrar a Rosalía de Castro y a Emilia Pardo Bazán, las llamo Rosalía y doña Emilia. Me culpo por ello: debería decir Castro y Pardo Bazán, igual que digo Cervantes, Jovellanos o Machado (aunque es cierto que a Lope y a Federico también los llamo por su nombre). Igualmente podría pensar en ellas como doña Rosalía y doña Emilia. Y si no, como Rosalía y Emilia. Pero no hay manera: a la primera no soy capaz de ponerle el doña ni a la segunda de quitárselo. Ni tampoco me sale llamarlas por los apellidos. Quizá porque, como mujer, las siento próximas, hermanas en muchas cosas. Y porque a Rosalía, que murió joven y fue tan afable, no consigo darle ese tratamiento como de señorona, mayor, voluminosa y respetable, que llegó a alcanzar con los años su colega y vecina. Vaya pues por delante la confesión de esta debilidad, y acéptenmela cuando caiga en ella en las siguientes páginas. Y que conste, para que no haya dudas, que las adoro a las dos.

A Rosalía, por la música y la frescura de sus versos, por su amor a una lengua menospreciada, por su mirada compasiva hacia los desheredados y por la forma como se sentía enraizada —orgánica y

anímicamente— en el universo cambiante de sus paisajes. Algo que muchos españoles del norte, acostumbrados a las variaciones constantes de la luz y a la dichosa fertilidad de la tierra, compartimos con ella.

A doña Emilia, por su talento como narradora, por su capacidad de observación de la vida y de los seres humanos y por todos sus atrevimientos —que fueron muchos—, literarios y vitales.

A las dos, por el inmenso respeto que sintieron por sí mismas, por cómo escucharon, sin dejarse llevar por las opiniones ajenas, la voz interior que las animaba a ser escritoras. Y por la fortaleza con la que se enfrentaron a un mundo de hombres y lograron hacerse un hueco en él, pese a los muchos zarpazos que recibieron.

Ambas eran conscientes de que aquello suponía una auténtica hazaña. Rosalía describió lo que significaba ser escritora en un texto de 1865: «Por la calle te señalan constantemente, y no para bien, y en todas partes murmuran de ti. Si vas a la tertulia y hablas de algo de lo que sabes, si te expresas siquiera en un lenguaje correcto, te llaman bachillera, dicen que te escuchas a ti misma, que lo quieres saber todo. Si guardas una prudente reserva, ¡qué fatua!, ¡qué orgullosa!; te desdeñas de hablar como no sea con literatos. [...] Las mujeres ponen en relieve hasta el más escondido de tus defectos y los hombres no cesan de decirte siempre que una mujer de talento es una verdadera calamidad, que vale más casarse con la burra de Balaán y que sólo una tonta puede hacer la felicidad de un mortal varón. [...] Los escritores no dejan pasar nunca la ocasión de decirte que las mujeres deben dejar la pluma y repasar los calcetines de su marido, si lo tienen, y si no, aunque sea los del criado.»[18]

Y qué decir de doña Emilia, que soportó infinidad de insultos por parte de muchos de sus colegas, que se definió como «feminista radical», que se autoproclamó «candidata perpetua a la Real Academia» —donde nunca fue elegida por su condición de mujer— y que defendió siempre, con palabras y hechos, la igualdad de los dos sexos en todos los sentidos: «Si el antifaz del seudónimo encubriese, envolviese a los escritores en bienhechora sombra, en un incógnito protector, no cabe duda: toda mujer que escribe debiera adoptar esa precaución, a fin de dar chasco a los que, adivinando *a posteriori*, reconociesen en su estilo el sexo, que es como si lo reconociesen en el modo de jugar al tresillo, de confeccionar un plato de cocina, de trazar un plano o de regar un arbusto.»[19]

Aquellas dos mujeres tuvieron muchas cosas en común: el talento y la lucha, claro, las profundas raíces gallegas y hasta el

tiempo en que vivieron. Rosalía era catorce años mayor. Ella había nacido en 1837, y doña Emilia en 1851. La primera se despidió del mundo mucho antes, con tan sólo cuarenta y ocho años, mientras que la novelista atravesó holgadamente el cambio de siglo y vivió hasta los setenta. Pero durante algún tiempo compartieron la actividad literaria y residieron muy cerca la una de la otra en La Coruña. Se conocieron, por supuesto, aunque no llegaron a ser grandes amigas y quizá fuese cierto, como afirmaba el viudo de Rosalía, que Pardo Bazán no trató a su colega como ella se merecía. Desde luego, las separaba su condición social y económica —rica y noble doña Emilia, más bien pobre y de orígenes oscuros Rosalía— y, sobre todo, dos conceptos del mundo y de la estética literaria diferentes, el romanticismo tardío de la poeta frente al naturalismo de la novelista. Esas diferencias se aprecian muy bien en sus casas, en los espacios tan distintos que habitaron aquellas dos mujeres entre las que existió un indudable abismo de posibilidades, pero también, me parece, de gustos.

La casa de Rosalía de Castro me conquista desde el primer momento, en cuanto me bajo del taxi que me lleva hasta allí desde Santiago de Compostela, recorriendo los veintiséis kilómetros que separan la ciudad de Padrón. Me gusta su aspecto de vieja casa de campo del norte, sólida y protectora, los sillares al aire, el tejado a cuatro aguas, el corredor de madera para refugiarse las tardes de lluvia sintiendo ese olor único que emana la tierra al mojarse. Me gusta el jardín que la rodea, lleno de árboles y de camelias que justo ahora, en este mes de noviembre, están a punto de abrirse en centenares de flores rosas, fucsias y blancas. Me gusta incluso el muro que se levanta alrededor de la finca, ese cierre de piedra gris, decorada por las manchas amarillentas y verdosas de los líquenes.

Cuando llegó aquí en 1883 —dos años antes de morir—, Rosalía ya conocía otras casas parecidas, buenos hogares campesinos, rodeados de huertas y montes y bosques, que inspiraron parte de su creación artística y que ella compaginó con viviendas urbanas durante las temporadas en las que vivió en varias ciudades, en aquella existencia un poco vagabunda que se vio obligada a llevar.

Había nacido en Santiago de Compostela, el 24 de febrero de 1837, en condiciones complicadas que algunos biógrafos se negaron durante décadas a reseñar para no ensuciar su recuerdo. Su madre, María Teresa de la Cruz de Castro y Abadía, era una mujer de familia hidalga aunque empobrecida. Una mujer de treinta y tres

años, soltera. Para colmo, el padre, José Martínez Viojo, era cura, y por supuesto, no era posible que reconociera a la niña, dada su situación. Un asunto muy turbio para aquellos tiempos. Es probable que hasta los cinco años Rosalía fuera criada por sus tías paternas en una de esas casonas rurales de Galicia, en San Xoán de Ortoño. No se sabe si la madre la había abandonado o se había visto obligada a entregarla por las presiones de la familia, pero es más verosímil que fuera así, porque lo cierto es que desde 1842 vivieron juntas y su relación fue a partir de entonces muy estrecha.

No se separaron hasta 1856, cuando Rosalía tenía diecinueve años. Primero se instalaron en Padrón y luego en Santiago, donde la niña debió de ir a la escuela y también a clases de música y dibujo. Después, sin que sepamos con qué objetivo, se trasladó a Madrid, a casa de una tía. Fue entonces cuando empezó a publicar sus primeros poemas y novelas, escritos en castellano, y cuando conoció a Manuel Murguía, con el que se casó en 1858.

Murguía —y a él sí que lo llamo por su apellido— fue un personaje curioso. Archivero, historiador, periodista y escritor —autor sobre todo de folletines—, fue una figura clave del *Rexurdimento* (Resurgimiento) gallego, aquel movimiento político y cultural que, siguiendo la estela del Romanticismo europeo y del auge de los nacionalismos, reivindicó una vida propia para Galicia —un pasado y un futuro— y el uso consciente y culto de su lengua. Tras el esplendor medieval, el gallego había desaparecido de la literatura y del habla de las clases poderosas y burguesas, convirtiéndose en un idioma de uso exclusivamente rural. Igual que ocurrió en los mismos años con el catalán gracias al impulso de la *Renaixença*, esa lengua expresiva volvió a convertirse en la segunda mitad del siglo XIX en vehículo narrativo y lírico de primera fila.

Rosalía fue la auténtica iniciadora del movimiento. Cuando publicó su poemario *Cantares gallegos* en 1863, aquella obra llena de música popular, de sublimación de la naturaleza atlántica y de saudade, significó el despertar para muchos de sus conciudadanos: se podía escribir en gallego y decir cosas hermosas y profundas. Y con el mismo respeto se podía hablar del mundo ancestral del campo, de la belleza de las carvalledas y los cultivos de maíz y el sonido de las campanas de los pueblos.

Lugar máis hermoso
non houbo na terra
que aquel que eu miraba,
que aquel que me dera.
Lugar máis hermoso

no mundo n'hachara
que aquel de Galicia,
¡Galicia encantada!

Galicia frorida,
cal ela ningunha,
de froles cuberta,
cuberta de espumas,

de espumas que o mare
con perlas gomita,
de froles que nacen
ó pé das fontiñas.

De valles tan fondos,
tan verdes, tan frescos,
que as penas se calman
nomáis que con velos;

que os ánxeles neles
dormidos se quedan,
xa en forma de pombas,
xa en forma de niebras.

Cantarte hei, Galicia,
teus dulces cantares,
que así mo pediron
na veira do mare.

Cantarte hei, Galicia,
na lengua gallega,
consolo dos males,
alivio das penas.

Mimosa, soave,
sentida, queixosa,
encanta si ríe,
conmove si chora.

Cal ela, ningunha
tan doce que cante
soidades amargas,
sospiros amantes,

misterios da tarde,
murmuxos da noite:
Cantarte hei, Galicia,
na beira das fontes. [*]

Los poemas de Rosalía abrieron una puerta que ya no se volvería a cerrar y significaron para muchos gallegos una gran lección de autoestima. Ella se convirtió enseguida en una heroína, una especie de madre protectora de la nueva Galicia «regionalista», como se decía en aquel entonces. Y con razón. Pero lo cierto es que detrás de su amor por la tierra y la lengua, sosteniendo su enorme talento poético, estaba el proyecto lingüístico y político de su marido.

Murguía fue un hombre cuando menos contradictorio en algunos aspectos. Una vez escribió sobre doña Emilia, por la que siempre sintió una gran antipatía —que la novelista le devolvió con creces —, que sería mucho menos criticada si «fuese modesta, imitase a George Sand en esto de callarse, reconociese que por mucho que sepa —y todavía no está averiguado que así sea— es sólo como mujer, y por lo tanto que sabe por modo imperfecto...». ¿Era eso lo que pensaba de su propia esposa? ¿Una mujercita con talento para encontrar palabras hermosas, hermanada con cosas inanes como las nubes y las flores, pero tal vez incapaz de pensar por sí misma en asuntos serios? Puede ser. La misma Rosalía, en el prólogo a *Follas Novas*, su poemario de 1880, decía: «El pensamiento de la mujer es ligero, nos gusta como a las mariposas, volar de rosa en rosa, sobre las cosas también ligeras: no es hecho para nosotras el duro trabajo de la meditación. Cuando a él nos entregamos, lo impregnamos, sin saberlo siquiera, de la ignota debilidad, y si nos es fácil engañar los espíritus frívolos o poco acostumbrados, no sucede lo mismo con los hombres de estudio y reflexión, que pronto conocen que debajo de la clara corriente de la forma no se encuentra más que el limo insustancial de las vulgaridades.»[20]

Era como si negase lo que ella misma había dicho quince años atrás, en ese texto sobre las escritoras que he citado al principio del capítulo. Como si, tal vez, Murguía hubiese estado susurrando palabras insidiosas a su oído hasta hacerle creer que una mujer sólo «sabe por modo imperfecto». Quizá. En cualquier caso, es verdad que la apoyó mucho como poeta y puede que fuese él quien logró convencerla para que escribiese en gallego, después de haber publicado varias obras en castellano. Y podemos estar seguros de que fue él, ya viudo, quien más contribuyó a crear la leyenda de Rosalía de Castro.

La leyenda la ha convertido en esa «madre protectora» de Galicia a la que ya me he referido, *a santiña*, como muchos la llamaron y aún la llaman. Una mujer que personifica el alma gallega, y que fue enarbolada como símbolo por los regionalistas de su tiempo y también por los nacionalistas de épocas más recientes,

que en los años finales del franquismo convirtieron los actos de homenaje a su poeta en actos de reivindicación de sus ideas políticas. Bien. Muy bien. Seguro que a la Rosalía luchadora y valiente que fue capaz de hacer frente a un prejuicio de siglos utilizando en sus versos aquella lengua que tantos consideraban demasiado pequeña, le gustaría ver cómo es ahora hablada, escrita y enseñada con total normalidad y asistiría a esos acontecimientos feliz y un poco orgullosa. Pero Rosalía es mucho más que la poeta de Galicia. Es una poeta del mundo. Su obra no es propiedad de nadie, pertenece a la humanidad, como la obra de todos los grandes poetas. Palabras que resuenan en el aire que todos respiramos.

Pensar eso no impide que me sienta emocionada al comprobar la devoción que el pueblo gallego siente hacia ella. El amor a Rosalía está muy presente en la casa. De hecho, este museo es consecuencia de ese amor. Ya desde sus orígenes. Cuando murió —y fue un acontecimiento tan doloroso para toda la región que al día siguiente los diarios gallegos llevaban su esquela a página completa en portada—, la finca quedó abandonada. Los Murguía Castro vivían allí de alquiler, y el viudo se trasladó con sus cinco hijos a La Coruña. El propietario, suponiendo que podía hacer un buen negocio, puso la vivienda en venta. Pero el precio que pedía era muy alto, y nadie llegó a comprarla. Con el tiempo, se convirtió en almacén de madera para el cercano ferrocarril.

Tuvieron que pasar sesenta y dos años hasta que, en 1947, dos comerciantes de Santiago amantes de la poeta —José Villar Granjel y José Mosquera Pérez— compraron la casa y la donaron al recién fundado Patronato Rosalía de Castro. Sólo en 1971 se pudo abrir como museo, gracias a un buen número de personas que contribuyeron con su dinero particular al proyecto. Gestos de amor.

Los emigrantes gallegos tuvieron mucho que ver con todo esto. Ellos adoraban —y aún adoran— a Rosalía de una manera especial. Se cuenta que, desde la publicación de *Cantares gallegos*, todos aquellos hombres que, empujados por la pobreza, tenían que coger uno de los grandes barcos que desde La Coruña o Vigo los llevaban al otro lado del Océano, a las tierras de América, en busca de fortuna, solían llevar en sus maletas miserables un ejemplar del libro sagrado. Aunque fueran analfabetos. Quizá no pudieran leerlo, pero sabían que lo que llevaban consigo en aquellas páginas era el olor inolvidable de la tierra, el sonido del viento agitando las hojas de los carvallos, la dulzura de un día de sol en primavera, la

expresión más perfecta de sus raíces y su morriña.

Rosalía comprendió muy bien la tragedia de la emigración, y la cantó en uno de los libros que componen su poemario *Follas Novas*, titulado precisamente *As viudas dos vivos e as viudas dos mortos (Las viudas de los vivos y las viudas de los muertos)*, una colección de poemas escritos en homenaje a todas aquellas mujeres que debían quedarse solas, al cargo de los hijos y los padres y suegros ancianos, mientras los maridos se veían obligados a irse al fin del mundo:

Este vaise i aquel vaise,
e todos, todos se van.
Galicia, sin homes quedas
que te poidan traballar.
Tes, en cambio, orfos e orfas
e campos de soledad,
e nais que non teñen fillos
e fillos que non tén pais.
E tes corazóns que sufren
longas ausencias mortás,
viudas de vivos e mortos
que ninguén consolará. [*]

Las ofrendas de los emigrantes y sus descendientes a Rosalía son constantes. Ya están presentes en el jardín, en el que crecen dos hermosos ejemplares de ombú y de ceiba traídos respectivamente por un gallego de Argentina y por otro de Venezuela. En los tiempos en que los Murguía Castro vivían aquí, este jardín era simplemente una huerta, sembrada de patatas y maíces, aunque la poeta cultivaba también una rosaleda en un lateral. Con esa extraordinaria longevidad propia de los árboles, quedan aún en pie algunos que ella conoció: la higuera, que no puede faltar en ninguna casa campesina del norte y que fue víctima parcial, en enero de 2009, del ciclón Klaus. El magnífico laurel en cuyo tronco aparece ella apoyada en una de sus últimas fotografías de familia. Y la parra, bajo la cual hay un banco y una mesa de piedra. Es tentador imaginarla allí escribiendo y, de hecho, cuando su hija Gala visitó la casa antes de morir, ése fue uno de los recuerdos que transmitió de su madre, la imagen de aquella mujer ya muy enferma a causa del cáncer de útero, tratando de buscar sosiego para escribir a la sombra de la parra, en medio del bullicio de los niños.

Ya dentro del edificio, hay una sala entera que podríamos llamar «la sala de las ofrendas»: una mezcla un tanto *kitsch* —y al mismo tiempo emocionante— de cosas que los gallegos dispersos por el

mundo envían desde cualquier rincón del planeta en homenaje a Rosalía. Placas conmemorativas, cuadros, esculturas, objetos artesanales de todo tipo... Llegan tantos, me cuentan, que tienen que rotarlos para exponerlos: todos quieren dejar constancia de su amor a esa mujer enorme. Dudo que haya habido muchos poetas en la historia de la humanidad cuyas palabras hayan logrado tener un eco tan profundo, crear una cadena tan universal y duradera de afecto y admiración. Ella, casi siempre enferma y casi siempre triste, logró lo que tantos ansían. Aquel dolor que vivía dentro de ella, aquella «negra sombra» que la acompañaba —quizá la estela de su sufrimiento de niña espuria, estigmatizada por una sociedad profundamente conservadora—, la dotó a cambio de una sensibilidad que ha sido capaz de conmover a millones de personas a lo largo del tiempo. Qué extraordinario destino el de Rosalía.

Cando penso que te fuches,
negra sombra que me asombras,
ó pé dos meus cabezales
tornas facéndome mofa.

Cando maxino que es ida,
no mesmo sol te me amostras,
i eres a estrela que brila,
i eres o vento que zoa.

Si cantan, es ti que cantas;
si choran, es ti que choras;
i es o marmurio do río,
i es a noite, i es a aurora.

En todo estás e ti es todo,
pra min i en min mesma moras,
nin me abandonarás nunca,
sombra que sempre me asombras. [*]

Cuando llegaron en 1883 a esta casa, los Murguía tenían cinco niños. Se les habían muerto además otros dos. A todos ellos les dieron nombres de resonancia clásica: Alejandra, Aura, Gala, Ovidio, Amara, Adriano y Valentina (una elección por cierto curiosa en una familia de galleguismo tan activo). Desde su boda en 1858, habían llevado una vida seminómada, cambiándose muy a menudo de casa y de ciudad en función de la situación económica y de los diversos empleos del marido. Rosalía había pasado incluso largas temporadas sola con sus hijos, mientras él trabajaba en otro lugar. Habían vivido en Madrid, en Santiago, en Simancas —entre 1868 y

1870, cuando Murguía fue director del Archivo Nacional—, de nuevo en Madrid, en La Coruña, otra vez en Santiago, en el Pazo da Hermida en Lestrove —convertido hoy en día en casa de turismo rural— y al fin en Padrón, donde Rosalía ya había residido con su madre en la infancia. Estaba muy enferma, y la elección de aquella casa, lo suficientemente amplia como para acoger a la gran familia que eran, tuvo que ver con su cercanía al ferrocarril que podía llevar a Murguía hasta Santiago o La Coruña siempre que le fuera preciso. Y debía de ser a menudo: por trabajo, y también por ocio. El marido de la poeta era, según parece, un hombre juerguista, que no siempre estuvo tan presente en la vida de su mujer como probablemente a ella le habría gustado.

Cuando Rosalía murió, el viudo quemó las cartas que la poeta le había escrito. Quizá se lo hubiera pedido ella misma, como muchos sugieren, pero en cualquier caso es probable que él no lo hiciera de mala gana, pues aquella correspondencia habría podido poner en duda la imagen de matrimonio feliz que él quiso transmitir a la posteridad para completar la leyenda de Rosalía. De hecho, sobrevive algún fragmento en el que ella expresa su malestar, quejándose de que «te da por estar fuera de casa desde que amanece hasta que te vas a la cama, lo mismo que si en tu casa te mortificasen con cilicios».

Los Murguía Castro se instalaron allí con sus cinco hijos y dos criadas que les ayudarían a llevar la casa, cuidar de los niños y cultivar la huerta: en aquellos tiempos, no hacía falta ser rico para tener un servicio doméstico que muchas mujeres prestaban a cambio de casi nada, a veces tan sólo comida y un techo. Probablemente esas mujeres dormirían en la cocina, el único espacio de la vivienda que ha permanecido intacto desde los tiempos de Rosalía, con su enorme lar. Supongo que, cuando ellos vivían aquí, habría constantemente algún pote colocado sobre el fuego, el agua que se calienta, el chocolate en su cazo, el cocido haciéndose lentamente a lo largo de la mañana. Sobre el fregadero, una ventana se abre hacia el verde intenso del jardín. Hoy hace una tarde soleada, pero puedo imaginar fácilmente la lluvia cayendo incesante al otro lado de los cristales, resonando sobre ellos y cubriéndolos de esa humedad densa que, para una poeta romántica como Rosalía, contiene siempre grandes cantidades de melancolía y de inspiración.

Aquí, en esta casa, escribió algunos de los versos de *En las orillas del Sar*, su último libro —un poemario en castellano—, publicado en 1882. Y tal vez luchó contra los terribles dolores que le provocaba

su enfermedad para volver a sentir el ansia de crear. Pero el dolor extremo suele ser totalitario, y anula cualquier deseo que aparte a la víctima de él. Pobre Rosalía, pienso, viendo cómo la vida se alejaba de ella con aquella ferocidad, cuando aún le quedaban tantas cosas que decir, y cinco hijos para sacar adelante, cuatro de ellos aún muy niños.

La imagino caminando encogida, apretándose el vientre, por esta planta baja de la casa, fingiendo que podía superarlo y que aún era capaz de ocuparse de la vida cotidiana. Quizá echaría una ojeada a la comida, daría instrucciones para la plancha, se inclinaría atenta sobre los deberes escolares de los críos... Las mujeres hacemos esas cosas: escribimos medio verso magnífico, y de inmediato nos interrumpimos para cambiar un pañal, y volvemos luego al escritorio a completar la frase, como si no hubiera pasado nada. Ésa, creo, es parte de nuestra grandeza.

Supongo que, de vez en cuando, se asomaría también al jardín. Observaría el paso de las estaciones sobre los árboles y las plantas, las hojas que amarillean con tristeza en otoño, la energía deslumbrante de los capullos en primavera, el esplendor húmedo y verde del verano gallego. Todo aquello que ella ya no volvería a ver. Quizá daría de comer a las gallinas y los conejos, y luego regresaría a la casa, cansada, llena de saudade de la vida que ya no iba a vivir, y subiría lentamente las escaleras hacia la planta alta, en busca de un sillón y acaso una manta que dieran cobijo a su congoja.

Abajo, en los espacios que en un tiempo ocuparon las cuadras de los animales de las familias que habitaron la casa, están ahora las salas donde se exponen las «ofrendas» a Rosalía y se exhiben fotografías y ediciones de sus obras en un buen puñado de idiomas. Arriba, en el primer piso, se ha reconstruido con cuidado lo que podría ser una buena vivienda campesina de aquellos tiempos, con muebles originales, de maderas relucientes y tallas sencillas, y algunos objetos que pertenecieron a la familia. Gala Murguía de Castro y algunas otras personas que solían visitarlos compartieron sus recuerdos con los responsables del museo, antes de su inauguración, para que todo se pareciera lo más posible a lo que fue.

Está el dormitorio del matrimonio, una sala de estar, el comedor, el cuarto de las niñas, el estudio donde Murguía y ella trabajaban frente a frente, entre centenares de libros colocados

cuidadosamente en sus estanterías. Me conmueve ver en la alcoba el costurero de Rosalía, ese objeto que durante siglos fue una de las pocas propiedades que las mujeres podían poseer y junto al cual ella pasaría sin duda muchas horas, cosiendo faldas para las niñas o bordando pañuelos mientras tal vez imaginaba historias y versos. Es como si esa preciosa caja, que algún día estuvo llena de hilos de colores, alfileteros y dedales, de tijeritas y cintas de seda, tuviera el poder de devolverme a sus momentos de mayor intimidad.

En las paredes de la salita están colgadas algunas acuarelas interesantes de Alejandra, la hija mayor. Alejandra —o Alexandra, según quien la nombre— tuvo el destino característico de una muchacha de aquellos tiempos que se quedaba huérfana de madre: fue ella quien se hizo cargo de los hermanos más pequeños y del padre a la muerte de Rosalía. Fue además una estrecha colaboradora de Murguía, cuyos libros ilustró y cuyas pruebas de imprenta corrigió siempre atentamente.

Hay también varios lienzos de Ovidio, el único hijo varón, un chico al que Murguía, según parece, sometió a una fuerte presión. Ovidio había heredado la sensibilidad artística de la madre: estudió Bellas Artes y era un buen músico. Pero murió demasiado pronto, a los veintinueve años, sin tiempo para demostrar si su talento podía madurar hacia algo realmente valioso.

Uno de sus cuadros representa a Rosalía muerta, en una imagen característica de aquella época, en la que la muerte estaba integrada en la vida y no aislada en las habitaciones de hospital y en los tanatorios. Vivos y muertos se entremezclaban, y era habitual hacer vaciados en yeso del rostro de los cadáveres, dibujarlos o incluso fotografiarlos. Inmortalizar su último momento sobre la tierra.

En este lienzo triste, la cabeza de Rosalía descansa sobre la almohada, suave, como dormida y aliviada al fin del dolor. Lleva una corona de flores, igual que una niña o un hada que descansara en el bosque. Alguien puso a su lado, con un último gesto de ternura, una camelia blanca, frágil y sin embargo vigorosa, y llena del olor de la lluvia, igual que ella.

Como si fuera un símbolo de ella misma, también hay una hoy sobre la cama. La cama blanca y limpia de Rosalía. Alguien pone allí a diario esa camelia fresca —o una rosa— para recordar que fue en este dormitorio —grande, luminoso, asomado a través de dos ventanas a la naturaleza dulce de Galicia que formó parte de ella con tanta intensidad— donde murió a los cuarenta y ocho años, llevándose su «negra sombra» y dejando tras de sí una inmensa estela de amor.

Adiós, montes e prados, igrexas e campanas;
adiós, Sar e Sarela cubertos de enramada;
adiós, Vidán alegre, moíños e hondonadas;
Conxo, o do craustro triste i as soedades prácidas;
San Lorenzo, o escondido, cal un niño entre as ramas;
Balvís, para min sempre o das fondas lembranzas;
Santo Domingo, en donde canto eu quixen descansa
—vidas da miña vida, anacos das entrañas—;
e vos tamén, sombrisas paredes solitarias
que me vicheis chorare soia e desventurada;
adiós, sombras queridas; adiós, sombras odiadas;
outra vez os vaivéns da fertuna
pra lonxe me arrastran.

Cando volver, se volvo, todo estará onde estaba:
os mesmos montes negros i as mesmas torres pardas
da catedral severa ollando as lontananzas.
Mais os que agora deixo tal coma a fonte mansa
ou no verdor da vida, sin tempestás nin bágoas,
¡cánto, cando eu tornare, vítimas da mudanza,
terán de presa andado na senda de desgracia!
I eu..., mais eu ¡nada temo no mundo,
que a morte me tarda![*]

Todo lo que Rosalía tuvo de frágil, física y anímicamente, doña Emilia lo tuvo de resistente. Fue una mujer de una salud extraordinaria, dotada de una energía y una capacidad de resolución que podían llegar a poner nerviosos a quienes se cansaban de verla «meterse en todo», como solían decir los numerosos misóginos que la convirtieron en el blanco de sus dardos. El cuerpo y el tiempo le daban para mucho: escribir, estudiar, opinar, dar conferencias, impartir clases, y también llevar una intensa vida social que incluía incesantes salidas, visitas, óperas, teatros, fiestas, tertulias, tardes de compras y viajes. E incluso para mantener una actividad sexual y sentimental que al menos durante algunos años debió de ser muy satisfactoria. Sí, la buena de doña Emilia disfrutó a fondo de la existencia.

Dado el tiempo y el lugar en el que nació —en 1851 en La Coruña—, dada también la clase social a la que pertenecía, de hidalgos ennoblecidos por el Vaticano, podría haber sido simplemente una niña bien de provincias, una señorita remilgada, como tantas de sus congéneres, destinada a convertirse en uno de aquellos habituales «ángeles del hogar» tan estimados por la época, buena esposa, buena madre y buena católica. Sin más papel en la existencia que el de vivir a través de los otros, el marido, los hijos y

el confesor. Eso habría sido lo normal y supongo que lo deseable para quienes la rodeaban. Pero su organismo debió de formarse con algún componente extraño, un gen de la rebeldía que la llevó a enfrentarse a casi todas las convenciones, a pasar por encima de casi todas las normas establecidas y ser, desde su infancia y hasta su muerte, un verdadero espíritu libre.

El aspecto de la casa de la calle Tabernas 11 (antiguamente 5), donde doña Emilia vivió desde muy niña, es rotundo: un buen edificio del siglo XVIII de tres plantas, no demasiado grande, pero con sus sillares perfectamente labrados, grandes ventanales, balcón, galería acristalada —tan característica de La Coruña— y dos escudos. Está situado en la parte vieja de la ciudad, la zona aristocrática, entre otros caserones y viviendas blasonadas, en una de esas calles estrechas y llenas de encanto de los barrios burgueses del norte. Casa de «gente de posibles», como se solía decir entonces. Allí pasó ella parte de su infancia, como hija única del matrimonio formado por José Pardo Bazán, terrateniente y abogado, y Amalia Rúa. En 1854, don José, católico pero liberal, inició una breve carrera política —frustrada pronto por su decepción con el funcionamiento del poder— que le llevó a ser elegido diputado por Ferrol.

La familia se trasladó entonces a Madrid, donde la pequeña Emilia estudió tres cortos años en un colegio para señoritas distinguidas, y regresó luego a La Coruña, aunque mantuvieron la costumbre de pasar algunos meses del invierno en la capital y los del verano en alguno de los pazos que poseían, en particular el de Meirás. La vida de la niña era la normal de una cría de su condición: pocos estudios, que incluirían francés, bordado, buenas maneras y piano —que ella odió siempre—, algunas meriendas en los salones de la casa con las amigas de su madre, algunas fiestas infantiles... Todo previsible, salvo por el amor asombroso que demostraba hacia la lectura: desde pequeña, Emilia leía mucho, todo lo que caía en sus manos, incluidos los retóricos periódicos de la época. Aun así, las cosas siguieron su curso: a los dieciocho años, se puso de largo y enseguida se casó con «un buen partido», José Quiroga, miembro de una rica familia hidalga, propietario de fincas y estudiante de Derecho.

Ése era el orden deseado. Pero José arrastró a su esposa a la primera de sus grandes aventuras vitales y tal vez, sin pretenderlo, contribuyó a que creciese en ella la idea de que había otras

existencias posibles, más entretenidas que la de joven esposa provinciana. En aquella época en la que aún estaba vivo el enfrentamiento entre Isabel II y los descendientes de su tío Carlos María Isidro, José era carlista —lo cual implicaba por cierto ser ultraconservador y ultracatólico—, y logró llevarla a ella a su campo. Juntos hicieron viajes fuera de España para visitar al pretendiente al trono, reunirse en encuentros secretos con otros miembros relevantes del partido y hasta hacer contrabando de armas: en una ocasión, Emilia viajó a Londres con una enorme cantidad de doblones escondidos en su pecho para comprar fusiles que sirviesen para reiniciar la guerra civil, en suspenso por aquel entonces. Además, comenzó a escribir poemas a favor de la causa. Malísimos poemas, a decir verdad, pero que sirvieron para darle una cierta aura de «literata».

Ella, que a la postre encarnaría la antítesis del Romanticismo, tanto en su vida como en su literatura, estuvo por un momento a punto de convertirse en una dama romántica, mártir de un ideal. Me divierte imaginármela traqueteando en los terribles coches-diligencia por los caminos de Europa, sufriendo los mareos casi inevitables del canal de la Mancha a bordo de uno de aquellos veleros tumultuosos y conteniendo la respiración cada vez que alguien parecía adivinar que llevaba una fortuna escondida en su seno. Fortuna que, por cierto, apretada bajo el corsé, le causó una profunda herida en la piel.

Firme como una roca, doña Emilia iba a demostrar enseguida que no estaba dispuesta a conformarse con seguir siendo una aficionada a la poesía, algo más o menos aceptable para una mujer. En 1879, a los veintiocho años, dio un paso más allá hacia el mundo de los hombres y tuvo el valor de editar su primera novela, *Pascual López, autobiografía de un estudiante de Medicina*. Pero tampoco ser una narradora le parecía suficiente: pronto se empeñó en dejar claro que aspiraba a formar parte de la *intelligentsia* española, publicando en diarios y revistas una serie de artículos de divulgación científica —un tema que la apasionaba— y de defensa de la nueva corriente literaria francesa, el naturalismo preconizado por su amigo Zola, al que ella misma se adscribió como novelista.

Que una mujer «decente» no se limitara a escribir poesía en el silencio de su hogar, tan sólo para su gente más cercana, e insistiese en publicarla y someterse al juicio de los demás, ya era algo atrevido. Que editara además novelas, la convertía en alguien sospechoso a los ojos de la sociedad, como recordaba Clarín en *La regenta*, cuando las tías de Ana Ozores le prohibían seguir

escribiendo para evitar que se convirtiera en una «marimacho» al estilo de George Sand. Si, para colmo, aquella dama de buena familia se permitía tener conocimientos —y exhibirlos— sobre cosas tan poco apropiadas para el género femenino como los descubrimientos científicos o la obscena literatura de Zola, era más de lo que muchos —y muchas— estaban dispuestos a consentir.

Desde ese momento, las críticas contra doña Emilia fueron furibundas. Y no me refiero sólo a la obvia censura de la sociedad biempensante —que, más o menos, acabó tragando con aquella especie de rareza que había surgido en su seno—, sino a la mucho más lamentable de buena parte de los escritores e intelectuales de aquel tiempo, que se las daban de liberales y modernos. Hablo de gentes como Clarín, Juan Valera, José María de Pereda, Menéndez Pelayo o —un poco más tarde— Pérez de Ayala y Pío Baroja, los autores más prestigiosos del momento, que jamás le perdonaron su talento y su éxito. Ante ella fingían ser sus amigos, pero a sus espaldas se contaban y se escribían los unos a los otros cosas tremendas sobre aquella mujer que se había atrevido a entrar en su territorio sin excusarse, sin pedir perdón por pertenecer al sexo femenino, sin aceptar ninguna inferioridad intelectual respecto a ellos como solían hacer a menudo las escritoras para poderse hacer hueco sin ofender (ya hemos visto lo que afirmaba Rosalía en el prólogo de *Follas Novas*).

No estoy exagerando: he extraído algunos fragmentos de textos de todos esos hombres que se refieren a ella. Les pido que los lean con atención y que comprueben cómo no se trataba tanto de criticar a doña Emilia, sino al género femenino a través de ella. Juan Valera le escribió a Menéndez Pelayo: «En cuanto a Doña Emilia, no hay que tomarla por lo serio en este punto ni en muchos otros. Tiene ingenio, cultura y sobre todo singulares condiciones de estilo; pero, como toda mujer, tiene una naturaleza *receptiva* y se enamora de todo lo que hace ruido, sin ton ni son y contradiciéndose cincuenta veces.» Menéndez Pelayo a su vez a Valera: «Parece increíble y es para mí muestra patente de la inferioridad intelectual de las mujeres —bien compensada con otras excelencias— el que teniendo D.ª Emilia tantas condiciones de estilo y tanta aptitud para estudiar y comprender las cosas, tenga al mismo tiempo un mal gusto tan rematado y una total ausencia de todo tacto y discernimiento.» De nuevo Menéndez Pelayo a Valera cuando éste escribió un panfleto en contra del ingreso de la escritora en la Real Academia: «Al fin llegó ayer ese precioso opúsculo *(Las mujeres y las academias)*, tan racional y sensato en su fondo como lleno de discreción, chiste y

agudeza. Si a D.ª Emilia, después de leerle, le quedan ganas de renovar su estrafalaria pretensión, demostrará que no tiene sentido común, amén de ser una cursilona empecatada.» Valera respondió entonces a su amigo insistiendo en su rechazo a la entrada de las mujeres en la noble institución: «Y a poco que abriésemos la mano, la Academia se convertiría en aquelarre.»

Otros pretendían burlarse de ella achacándole defectos considerados típicamente femeninos y en su caso injustificados. Armando Palacio Valdés, por ejemplo, le escribió en una ocasión a un amigo: «Yo creo que si en el mundo se perdiese la noción de la cursilería, la presencia de esa mujer bastaría para resucitarla.» Y José María de Pereda a otro tras una conferencia que ella había dado en la Sorbona (donde, por cierto, nunca habían sido invitados ni él ni el resto de sus colegas varones): «Ya habrás visto la tarascada de la Pardo en París. Aquí nadie la toma en serio y todo el mundo sabe que ha sido el viaje una componenda de las que ella arma para darse pisto.» Todavía muchos años después, ya en pleno siglo XX, Pío Baroja le decía con crueldad a Azorín: «Así que a doña Emilia no le gusta que usted haga crítica. ¡Qué afán de ser cacique! ¡Qué mujer más pesada y qué falta de espíritu más absoluto tiene! No sé cómo han considerado a esa matrona barriguda como una exquisita mentalidad.»

Pero quizá el más duro de todos ellos fuera Clarín (y créanme que lamento decirlo, dada mi admiración por él como escritor). El gran novelista no se limitó además a ponerla verde en la intimidad, sino que aprovechó su frecuente presencia en los periódicos, como columnista y crítico literario, para arremeter contra ella. Hablando por ejemplo de su novela *Insolación* y después de afirmar que todas sus obras eran malas, escribió: «[Considero] que es la peor de todas, con mucho; que es el antipático poema de una jamona atrasada en caricias, no tiene una sola nota poética, nada profundo ni ideal, nada que sea una ventana abierta sobre el ensueño, ¡y es una historia de amor!» Sobre el empeño de la escritora en ingresar en la Academia, se expresó así: «¿Para qué quiere Doña Emilia ser académica? ¿Quiere que la llamen *la Latina* [referencia a la erudita renacentista Beatriz Galindo, conocida por ese sobrenombre]? Pues se lo llamarán sin que se meta entre tantos hombres. ¿Cómo quiere que sus verdaderos amigos le alabemos esa manía? Más vale que fume. ¡Ser académica! ¿Para qué? Es como si se empeñara en ser guardia *civila* o de la policía secreta.» Y cuando doña Emilia expuso en un congreso pedagógico la necesidad de educar a las mujeres en igualdad de condiciones respecto a los hombres, escribió en uno de

sus artículos: «Doña Emilia se presenta a defender *la enseñanza de la mujer*, causa por sí nobilísima, con un radicalismo, con unos aires de fronda y con un *marimachismo*, permítase la palabra, que hacen antipática la pretensión de esta señora, ya de suyo vaga, inoportuna, prematura y precipitada. [Sigue persistiendo en esa manía suya de] mezclar a hombres y mujeres, de hacerlos andar juntos y codearse en Academias, Ateneos y Universidades. [...] ¿A qué insistir en lo que es secundario y pugna tanto con las costumbres, con las preocupaciones y acaso con el temperamento nacional?» Pero sin duda lo peor fue lo que le escribió a Pérez Galdós. Justo a Pérez Galdós, que por aquel entonces era amante de doña Emilia: «¿Sabe Vd. por qué empecé yo a "enfriar" con esa señora? Por una comparación entre Vd. y Cánovas. "Pero criatura, me escribía, ¿qué quiere Vd. que envidie Cánovas a Galdós?" Es una puta, hombre.»[21] Así de claro. Al final, una mujer que opinase por sí misma y defendiera con uñas y dientes su criterio, terminaba por ser «una puta». Y eso en la pluma refinada, expresiva y riquísima de Leopoldo Alas. Qué tristeza.

Ante aquella avalancha de ataques —que incluyeron un durísimo panfleto anónimo—, doña Emilia reaccionó como la auténtica amazona que era. No sólo no agachó la cabeza, sino que se mantuvo firme en su actitud y llevó cada vez más lejos la lucha por sus derechos y los de sus congéneres. Pronto comenzó a usar el término feminismo, que ya se utilizaba habitualmente en Francia e Inglaterra. Le parecía que era la única reivindicación pacífica en un tiempo en el que todo se exigía mediante la violencia, y lamentaba que las mujeres españolas no se sintieran concernidas en lo referente a la lucha por la igualdad. En 1914, a los sesenta y tres años, le contestaba así a un periodista que le preguntaba por la cuestión: «Yo soy una radical feminista; creo que todos los derechos que tiene el hombre, debe tenerlos la mujer; se entiende, todos los compatibles con su estructura física, y es más, creo que hay una relación directísima entre los derechos y privilegios concedidos a la mujer y el estado de cultura de las naciones.» La edad, desde luego, no había acabado con su carácter luchador, y lo mismo que reclamaba la educación en condiciones de igualdad para los dos sexos, llegó a exigir el voto para la mujer y su participación en política, la gran reivindicación del feminismo internacional de aquel momento: «Jamás he creído que si pago mi contribución como el hombre, mi sexo me incapacite para votar y hacer las leyes

mediante las cuales se me impusieron esos tributos que religiosamente satisfago.» Sin duda, de haber vivido en Inglaterra, habría sido una gran sufragista: puedo imaginármela manifestándose ruidosamente por las calles y tratando de dar unas cuantas patadas a los policías que la habrían detenido sin miramientos.

Tampoco se dio por rendida respecto a la Real Academia: hasta el final de su vida, intentó en varias ocasiones ser elegida, sin tirar la toalla a pesar de saber que no iba a conseguirlo. Los ilustres académicos decidieron una y otra vez empujarla a las afueras de la gloria, y no por razones literarias —que nadie se atrevió a esgrimir —, sino simple y abiertamente por causa de su sexo: aquellos caballeros tan sabios y tan misóginos dejaron claro que no estaban dispuestos a abrir las puertas de su solemne santuario a ninguna mujer. Ya lo habían hecho algún tiempo atrás con Gertrudis Gómez de Avellaneda, y seguirían firmes en su rechazo durante décadas: después de haberse permitido el lujo de decir no en 1972 a la gran lexicógrafa María Moliner, sólo en 1978 una mujer, Carmen Conde, logró cruzar por primera vez las puertas del sanctasanctórum.[*]

A cambio de un sillón en la Real Academia, doña Emilia obtuvo otros nombramientos en los que como mujer fue pionera: en 1896, tras haber ingresado como miembro del importante Ateneo de Madrid, fue designada «catedrática» de esa institución para impartir cursos de literatura francesa contemporánea, junto a otros ponentes tan ilustres como Menéndez Pelayo, Echegaray o Ramón y Cajal. En 1905 fue nombrada presidenta honoraria de la recién fundada Real Academia Galega, cuyo presidente de hecho era por cierto su estrecho enemigo Manuel Murguía, el viudo de Rosalía. En 1910 fue elegida consejero —que no consejera— de Instrucción Pública, y en 1916, catedrática de Literatura Contemporánea de las Lenguas Neolatinas en la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid. Fueron sin duda victorias importantes, aunque de nuevo le costaron ataques y críticas de los misóginos más feroces. Un joven escritor mexicano que vivía en aquellos años en Madrid, el gran Amado Nervo, observaba con asombro aquel odio contra doña Emilia: «Bastaría acaso para no multiplicar las citas [de agresiones a las mujeres que trataban de salirse del papel tradicional], recordar los ataques de que ha sido objeto doña Emilia Pardo Bazán. Se diría que su talento, completamente masculino, humilla a los hombres, sobre todo a aquellos a quienes, a pesar de su sexo dominador, no les ha sido dada ni la excelencia en el pensar ni la excelencia en la expresión.»[22]

Una de las cosas fantásticas de doña Emilia es que su exigencia de igualdad no fue sólo política o literaria, sino que se la aplicó a su propia vida privada con fervor, aunque guardando siempre cierta discreción inevitable si no quería ser lapidada. Tras su aventura carlista, el matrimonio Quiroga Pardo Bazán tuvo tres hijos: Jaime, Carmen y Blanca. Pero las diferencias entre ellos eran cada vez más grandes: José mantenía sus ideas ultraconservadoras y quería un hogar perfectamente burgués, mientras que doña Emilia se empeñaba en llevar aquella existencia de intelectual tan sospechosa y renunciaba a su responsabilidad como «ángel del hogar», dejando las tareas correspondientes a ese papel en manos de su madre, doña Amalia.

En 1884, la pareja se separó de facto, probablemente por decisión de la escritora. Aunque nunca llegaron a pedir la anulación, desde entonces vivieron en casas diferentes, manteniendo siempre, eso sí, una relación cordial. Para ella aquello significó poder agarrarse a la libertad a manos llenas. Desde entonces, luchó por ser independiente económicamente de sus padres, cosa que consiguió gracias al éxito de sus libros. Se dedicó a viajar sola —en aquellos trenes eternos que llevaban «vagones para damas»— entre La Coruña, Madrid y París, pasando largas y animadas temporadas en cada una de esas ciudades. Y, en cuanto se le presentó la ocasión, se entregó al amor con la misma intensidad y desenvoltura que ponía en todas sus actividades.

Se le conocen al menos tres relaciones, tras un probable enamoramiento de juventud, quizá platónico, con alguien que pertenecía al círculo krausista. La primera, muy breve pero de la que ha quedado constancia en una confidencia a Galdós escrita por ella misma, fue con un hombre once años más joven, José Lázaro Galdiano. Lázaro era un riquísimo mecenas, editor y coleccionista de arte (en Madrid se puede visitar el museo que lleva su nombre, en el que se exhibe la magnífica colección que logró reunir a lo largo de su vida). El encuentro ocasional con aquel joven de veintiséis años y tendencias homosexuales debió de suponer una fuerte dosis de autoestima para una mujer que ya había cumplido los treinta y seis, acababa de separarse y no podía además presumir de belleza física. Fueran como fuesen sus noches juntos, lo cierto es que desde entonces mantuvieron una amistad profunda que duró toda la vida.

Sobre la tercera, corrieron en su tiempo muchas habladurías,

aunque no se puede afirmar que fuese más que una amistad. Comenzó en 1895, cuando doña Emilia —que tenía cuarenta y cuatro años— conoció a un joven, brillante y atractivo pintor coruñés de veinticuatro, Joaquín Vaamonde. Sabemos que lo protegió mucho y ayudó a que se convirtiese en el retratista de moda entre la aristocracia madrileña. Pero el pobre Vaamonde murió muy joven, en 1900, y precisamente en Meirás, donde la escritora y su madre cuidaron de él durante sus últimas semanas de vida.

La verdadera relación de doña Emilia, quizá su verdadero amor, fue con Benito Pérez Galdós. Una deliciosa y enternecedora pasión que duró cuatro años, entre 1887 y 1891, y que se convirtió luego en una fiel amistad. En aquel tiempo, con treinta y seis y cuarenta y cuatro años respectivamente, ambos eran ya dos de los grandes escritores de España. Ella había publicado varias novelas de éxito —acababa de editar su obra maestra, *Los pazos de Ulloa*— y dos ensayos que se situaban en la vanguardia del debate cultural, *La cuestión palpitante*, en defensa del naturalismo, y *La revolución y la novela en Rusia*, que dio a conocer a los narradores rusos en nuestro país. Él era el autor consagrado de las dos primeras series de los *Episodios nacionales* y de otras novelas como *Doña Perfecta*, *Tormento*, *La de Bringas* o *Fortunata y Jacinta*, que veía la luz en el mismo instante. Dos seres unidos por el amor a la literatura y atraídos irremediablemente el uno hacia el otro.

Por supuesto, mantuvieron el idilio en total secreto. Ni siquiera sus amigos más cercanos llegaron a enterarse, y a veces se permitían hablarle mal a Galdós de su amante, como ya he contado que hizo Clarín. Se veían a escondidas en lo que ellos llamaban «el asilo», un piso que habían alquilado en un rincón poco frecuentado de Madrid, y en 1889 hicieron un viaje juntos por Francia, Alemania y Suiza. Durante todo aquel tiempo, mantuvieron una correspondencia constante y jugosa. Desafortunadamente, las cartas de Galdós a doña Emilia fueron víctimas de uno de los personajes más siniestros de la España del siglo XX: Carmen Polo de Franco. La mujer del dictador, que siempre trató de inmiscuirse en la vida privada de los españoles, imponiendo sus propios criterios sobre la moralidad, intervino también, a posteriori, en la relación entre los dos escritores.

En 1938, en plena Guerra Civil, Franco se hizo «regalar» por suscripción popular —y obligatoria— el pazo de Meirás, que había pertenecido a la escritora. Previamente, un comité de prohombres franquistas que se había organizado en La Coruña se lo había

comprado a su última heredera, su hija Carmen. Cuando la nueva señora llegó allí por primera vez, en junio de aquel año, se encontró en el estudio de doña Emilia aquellas cartas «escandalosas» de su amante: inmediatamente después de la firma de la venta, Carmen Quiroga Pardo Bazán se dirigió al pazo para recoger sus objetos privados y, por supuesto, los papeles de su madre. No la dejaron pasar. No pudo llevarse ni su propio cepillo de dientes. Las cartas tan íntimas de Galdós se quedaron allí. Aquello era por supuesto un pecado mortal, un ejemplo de lascivia cuya existencia sobre la tierra sagrada de España la mujer de Franco —y su capellán, que la acompañaba en la visita— no estaba dispuesta a consentir. En el mismo momento, todos esos papeles reveladores ardieron en la chimenea.

En cambio, las cartas que doña Emilia le envió a Galdós se han conservado, y en parte están publicadas. Son textos llenos de ternura, de deseo y, sobre todo, de alegría. La alegría de una mujer madura que disfruta de cada momento pasado junto a su amante, de las largas conversaciones sobre literatura y arte, pero también —y especialmente— de su gozosa relación física, por mucho que las normas morales que como católica habría debido acatar condenaran un amor como aquél: «Sí, yo me acuesto contigo y me acostaré siempre, y si es para algo execrable, bien, muy bien, sabe a gloria, y si no, también muy bien, siempre será una felicidad inmensa, que contigo y sólo contigo se puede saborear, porque tienes la gracia del mundo y me gustas más que ningún libro.»

Como todos los enamorados, la escritora le repetía una y otra vez que le quería mucho y buscaba palabras íntimas que expresasen su amor y que nadie más pudiera repetir. Le llamaba «mi ratón», «almita mía», «mi gloria», «cariño», «alma querida», «mono» o «miquiño». En un momento dado, llegó a confesarle la cercanía de la menopausia, negándose a aceptar que eso pudiese significar el fin del deseo: «Somos insustituibles el uno para el otro. Sí, mi gloria, lo somos. Cree que lo somos. A mí no sé qué me parece la idea de estar sin ti, y tú, pobrecito, también sin mí te encontrarías muy mal. Este año se me figura a mí que he entrado en el período en que la vida no puede renovarse, y en que se mira atrás más que adelante, por imposición de la naturaleza. Pues bien: yo no quiero que me dejes. No; tú eres para mí. Para mí tus besos todos, todos.»

A lo largo de aquellos cuatro años, y a pesar de que conocía —y aceptaba— las infidelidades de Galdós y su largo e intermitente amorío con una mujer que solía posar como modelo para diversos pintores, doña Emilia debió de pensar, inevitablemente, que aquella

relación iba a durar para siempre. ¿No es eso lo que siempre desean los que aman?: «Hay en mí una vida tal, afectiva y física, que puedo sin mentir decir que soy toda tuya, toda: me has reconquistado de muchas maneras, y más que nada porque nunca me habías perdido; porque te quise ayer y te querré mañana: ¿y quién sabe si mañana te querré de tal manera que no tengas queja alguna de mí, que ninguna espinita se te clave en el alma, y que pasemos juntos los últimos días de la vida amorosa?»

Pero Galdós era un hombre con alma de soltero: en 1892, decidió dejar Madrid y mudarse a Santander, donde se había construido una hermosa casa y donde vivían ya su amante modelo y la hija que había tenido el año anterior con ella, María. El escritor ponía así entre él y doña Emilia una distancia que, en aquel tiempo, era difícil de salvar. Parecía claro que, por su parte, la pasión se había enfriado. Doña Emilia debió de sufrir al ver cómo aquel amor que en algún momento había creído eterno se desmoronaba, dejando el vacío inevitable que se abre en el mundo cuando el ser al que queremos nos abandona. Pero reaccionó con dignidad y fortaleza: «... me hace falta V., más falta que nunca —le escribió en aquellos primeros días de ausencia, volviendo al formal usted de antes de la pasión—. Amigo tierno o compañero literario; fraternal o algo más este cariño, yo no lo sé definir, pero bien claro veo que es de lo que no [se] ha venido a tierra—. Y V. ¿no experimenta también deseo de abrir su alma de artista a alguien que no le envidie y que le entienda y le mire como cosa propia? Es posible que no; yo no me creo indispensable; nuestro carácter es distinto; V. se basta, por ser naturalmente más reservado y porque gustó de la soledad antes de que se le hicieran gratas las mil decepciones de este pícaro *métier*. Sea como sea: yo... le quiero mucho (no al *métier* sino a V.).» Qué admirable esa mujer que ha sido abandonada en medio de la soledad, a punto de convertirse en una vieja según los patrones de la época y que, sin embargo, no se desgarra, no suplica, ni tampoco juega a enarbolar el falso orgullo de la abandonada que finge indiferencia: simplemente, le ofrece todavía su amor, por si acaso él aún lo quiere, pero acepta generosamente reducirlo a una amistad, sin perder entre tanto el sentido del humor.

Me gusta esa mujer tan valiente, está claro. Pero, realmente, hay cosas de ella que no acabo de entender. Me da la sensación de que vivió inmersa en un cúmulo de contradicciones por las que caminaba sin embargo con pie firme, sin que su conciencia

tropezara en ningún escollo. Por las cosas que hizo —luchar por su independencia y su prestigio, defender la igualdad de las mujeres, vivir con libertad sus amores—, incluso por su mirada de narradora, que nunca excluyó los asuntos escabrosos —totalmente alejada de cualquier remilgo propio de una dama de su clase—, debería haber sido una persona de izquierdas y anticlerical. De hecho, algunos de sus mejores amigos, como Francisco Giner de los Ríos, Zola o el propio Galdós, se alineaban claramente en ese bando. Sin embargo, ella se mantuvo siempre fiel al catolicismo más ortodoxo y a las opciones políticas más conservadoras.

Hubo además en su vida un aspecto esnob que no deja de contrastar con su gusto por la literatura y las artes, por el conocimiento y la reflexión. Disfrutó como una niña presumida del título de condesa de Pardo Bazán que Alfonso XIII le otorgó en 1908 y que se unió al título papal, igualmente de condesa, que había heredado de su padre. Y, desde luego, se entregó siempre con entusiasmo a la vida social, al ajetreo constante de preparativos, salidas, carreras de un salón a otro, de un baile al del vecino, de un teatro al de enfrente... Hay en todo eso un componente inevitable de frivolidad y de aceptación de las normas de lo correcto que tiene poco que ver con la doña Emilia feminista y narradora de la vida de las clases populares, pero que indudablemente forma también parte de su sorprendente personalidad.

Esa vida social comenzaba en su propia casa, donde le gustaba recibir, dar fiestas y banquetes y organizar un día a la semana su «jaulón», una tertulia a la que acudían escritores, artistas, políticos y miembros de la alta sociedad. Más que en su casa, debería decir en sus casas: aparte de la de La Coruña, que conservó toda la vida, doña Emilia tuvo varios pisos en Madrid, donde pasaba muchos meses al año. Los más recordados fueron los que ocupó durante bastante tiempo en la calle San Bernardo 37 y el de Princesa 27, donde vivió sus últimos años y en el que falleció a causa de una gripe el 12 de mayo de 1921.

Y luego estaban por supuesto las Torres de Meirás, la joya de la corona de sus propiedades, todavía por cierto, en este momento en el que escribo, en las manos espurias de los Franco. En aquella finca cercana a La Coruña que había heredado de su padre y donde la familia solía pasar los veranos, doña Emilia mandó construir en 1893 una nueva residencia, un pastiche de castillo medieval, en el que alojaba generosamente a amigos y parientes. Como auténtica dama del castillo, se reservó para sí misma una de las dos torres, la de la Quimera —llamada así por la talla escultórica de uno de esos

animales mitológicos que la adornaba—, e instaló allí su dormitorio, su enorme biblioteca de dieciséis mil volúmenes y su estudio. Allí solía trabajar siete horas diarias, desde las cinco de la mañana. Luego, igual que una *lady* inglesa en su mansión de campo, se arreglaba, se vestía, se colocaba algunas joyas y bajaba a presidir el almuerzo, que era siempre suculento y extenso, a base de cinco o seis platos y varios postres. El resto del día se dedicaba a leer, pasear, jugar a las cartas y tomar la merienda en la terraza en compañía de sus huéspedes y de otros invitados que casi a diario acudían desde La Coruña.

En lo referente a la decoración, el gusto de doña Emilia por lo antiguo, y en especial por la severidad de lo medieval, era evidente. Las fotografías que se conservan de sus casas, y sobre todo de Meirás, nos las muestran llenas de tapices y reposteros, cuadros, tallas, retablos, lámparas, *bibelots* y muebles neogóticos. Un gusto recargado y ecléctico, característico de la época y tal vez intensificado por una cierta ansia de jugar a la aristócrata, como si hubiese heredado todos esos objetos de una larga saga de antepasados ilustres.

Algunos de ellos están ahora expuestos en su casa-museo. Proceden de las diversas viviendas de la escritora y fueron donados por su hija Blanca, con cuya muerte en 1970 se extinguió la familia. Años antes, Blanca y la viuda de su hermano Jaime habían cedido también a la Real Academia Galega el propio edificio de la calle Tabernas. Como ocurrió con las casas de Cervantes y de Jovellanos, se realizaron entonces unas obras de remodelación que consistieron en realidad en destrozar todo el interior y hacerlo completamente nuevo, tras haberle arrebatado el sabor que aún conservaba de los viejos tiempos de doña Emilia. Una demostración más de la falta de respeto hacia la arquitectura del pasado, tan lamentablemente característica de los años setenta del último siglo.

Desde 1979, cuando se terminaron esas obras, la casa alberga la sede de la Real Academia Galega, parte de la biblioteca de doña Emilia y las salas expositivas en las que se pueden ver esos objetos que le pertenecieron. El espacio museístico de la primera planta reconstruye lo que habrían sido dos salones de la casa original y el estudio de la escritora. Se nota desde luego su gusto por lo antiguo —incluso por la imitación de lo antiguo, tan de moda a finales del XIX— y se aprecia que disfrutó de dinero suficiente como para vivir rodeada de piezas caras, muchas de las cuales adquiría en las

famosas subastas del hotel Ritz. Todo es de buena calidad, muy decimonónico y recargado, muy —pienso— «pardo bazán» con todo su aparato.

Hay muebles de maderas nobles talladas o doradas —algunos hechos por su propio marido, que se entretenía con la carpintería—, mesas y arcas, sillones y sofás de estilo neogótico o alfonsino, seguramente muy caros e incomodísimos, cosa por otra parte lógica en un tiempo en el que se consideraba inadecuado relajar los cuerpos. Hay bastantes cuadros y grabados de buena calidad, incluyendo los retratos de toda la familia, según la vieja costumbre característica de las clases pudientes, que la mantuvieron más allá de la invención de la fotografía. Entre ellos, puedo ver dos *madrazos* —retratos de sus abuelos—, varias obras de Joaquín Vaamonde —el joven protegido de doña Emilia— y algunas, no del todo malas, pintadas por su propia madre, doña Amalia.

Hay igualmente algunos interesantes tapices flamencos de los siglos XVI y XVII, representando escenas que tienen por protagonistas a «mujeres fuertes» de la historia y la mitología, un tema que indudablemente debía de gustarle. Y varias estupendas tallas religiosas, entre ellas una preciosa *Inmaculada Concepción* de una de las pocas escultoras de la historia: Luisa Ignacia Roldán, *la Roldana*, magnífica tallista del barroco sevillano que fue escultora de cámara de Carlos II y de Felipe V. Y numerosos adornos, relojes, figuritas, cristalerías, tres abanicos que formaron parte de la gran colección que ella llegó a reunir, y restos de su vajilla de Limoges.

Observo con simpatía todos esos objetos de una mujer cuyo gusto no siempre coincide con el mío, pero que creo que sintió un interés auténtico por el arte y fue capaz de disfrutar de cosas que no gozaban en sus tiempos de gran prestigio, como las tallas góticas o barrocas. Y paso luego a su gabinete, con curiosidad y un cierto nerviosismo al pensar que voy a entrar en uno de sus espacios más íntimos. La verdad es que su despacho no estaba aquí, sino en la planta más alta de la casa, en el tercer piso, desde donde doña Emilia podía ver el mar: «Las dos ventanas del estudio miran a la bahía, limitada por una barrera de montañas: y en invierno, mis ojos tropiezan siempre con el agua plomiza o verdosa, que se encabrita sacudiendo furiosamente las embarcaciones menudas, reflejando la desolación del celaje negruzco, y exhalando un cántico ronco y triste, cuyas últimas ondulaciones hacen retemblar los cristales y a veces el aposento.» Lo que se ve ahora, desde esta primera planta de la casa —tan cerca que me parece que podría tocarla si me asomase a la ventana—, es la fachada de la iglesia de

Santiago, a medias románica y a medias gótica, con sus «dos santos de piedra —como ella escribió— que sostienen el arco y se miran inmóviles, siempre desde la misma distancia, a guisa de almas enamoradas que no puedan jamás reunirse». Ella la veía desde su dormitorio, que daba a esta callejuela. Quizá, pienso, si desde niña lo primero que divisas cada mañana son esas piedras hermosísimas, con sus tallas misteriosas y sus símbolos, sea lógico que se te quede por dentro el amor a lo medieval. Y puede que hasta la mismísima fe...

Me siento por un instante ante su mesa de trabajo de madera de roble, grande y cómoda —esta vez sí—, con sus tallas vegetales y geométricas y la delicadeza de los cajones forrados por dentro de caoba, para que los insectos xilófagos no atacasen sus manuscritos y papeles. Pienso en las muchas horas que habrá pasado aquí imaginando, reflexionando, gozando a ratos y sufriendo otros muchos, sintiendo esa ansia inexplicable y un poco esquizofrénica de todos los novelistas, que quieren mirar al mismo tiempo hacia fuera y hacia dentro, contar a los otros el mundo a través de su propia visión —lúcida y hasta a veces un poco despiadada en su caso—, mientras van eligiendo minuciosamente, a lo largo de horas y horas de esfuerzo, cada una de las situaciones que deben narrar, cada una de las palabras que es preciso utilizar para expresar lo que tienen que expresar, cada una de las comas que hay que poner para que ese texto suene como debe sonar. Horas y horas de lucha contra los propios límites.

Luchar con el mundo en contra... Ése fue, al fin y al cabo, el destino de doña Emilia. Pienso, en un arranque de mitomanía, que tal vez el haberme sentado en su silla y tocado su mesa haga que se me contagie algo de esa capacidad, y también de su talento. Quién sabe qué energía queda de los ausentes en las cosas que ellos tocaron, y hasta qué punto esa energía puede penetrar de nuevo en nosotros.

Vuelvo a la zona de entrada al museo. Allí, en una vitrina, hay varios libros de su biblioteca dedicados por los autores. Los contemplo con curiosidad. Sorprendentemente, todas las firmas son claras, perfectamente legibles, como si esos hombres acostumbrados a que sus almas fuesen diseccionadas por los lectores no tuvieran ya nada que ocultar. En ese puñado de libros y dedicatorias está reunida buena parte del genio literario de la época. Veo las firmas de Zola *(«Á madame Emilia Pardo Bazán, son dévoué confrère»)*, José

María de Pereda («A la insigne escritora, honor de su sexo, D.ª Emilia Pardo Bazán, su apasionado lector y admirador incansable»), Juan Valera («A mi ilustre amiga Doña Emilia Pardo Bazán con mil expresiones de cariño y de alta estimación por su fértil, original y simpático ingenio, su devoto admirador»), Marcelino Menéndez Pelayo («A la ilustre escritora Doña Emilia Pardo Bazán, su admirador y constante amigo»), Rubén Darío («A mi ilustre y amable amiga Emilia Pardo Bazán. En homenaje»), Juan Ramón Jiménez («A la condesa de Pardo Bazán, con la admiración y el agradecimiento de su amigo»), Antonio Machado («A la ilustre escritora Doña Emilia Pardo Bazán»), Unamuno («A Doña Emilia Pardo Bazán, su constante lector y devotísimo amigo. Me admira ver con qué brío trabaja usted, qué amenidad da a lo más seco y qué soplo de vida. ¡A trabajar!») o Azorín («A mi ilustre y admirada amiga D.ª Emilia Pardo Bazán, estilista impar»).

Sí, también están ahí algunos de los que, a sus espaldas, echaban pestes de ella: al final, no les quedó más remedio que rendirse ante su incuestionable talento. No es un mal resultado para tanta lucha. Al fin y al cabo, como afirmaba su lema —el que hizo estampar en su ex libris y en su vajilla de Limoges—, *«De Bello Lucem»,* «De la guerra a la luz». Ella, desde luego, lo logró.

MACHADO O LA HUMILDAD
Casa Museo Antonio Machado en Segovia

En el silencio turbio de mi espejo
miro, en la risa de mi ajuar ya viejo,
la grotesca ilusión.

ANTONIO MACHADO

Segovia siempre me ha parecido un caracol. Enroscada sobre sí misma, protegida, resistente, lenta. Tan sólida, con la piedra dorada de sus iglesias y sus palacios brillando bajo el sol de los atardeceres anaranjados de Castilla. Alrededor, los campos ondulantes, las vegas del Eresma y el Clamores cubiertas de álamos de hojas ligeras como mariposas y a lo lejos, las montañas violetas contra el cielo suave. Como un caracol en medio de un prado. Segovia hermosa. «De una belleza insuperable», decía Antonio Machado.

A él le gustaba mucho esta ciudad en la que vivió doce años. Doce años de soledad de viudo primero y arrebatos de enamorado después, de preocupaciones políticas y entusiasmo ante la proclamación de la República, de amistades sólidas en largas tertulias y noches heladas entre versos.

Fue el 26 de noviembre de 1919 cuando el poeta llegó aquí por primera vez para tomar posesión de su cátedra de Francés en el instituto. Había viajado en ferrocarril desde la estación del Norte de Madrid —hoy convertida en el centro comercial Príncipe Pío—, en un vagón de tercera de uno de aquellos trenes lentos, ruidosos y humeantes que tardaban cuatro horas en cubrir el centenar de kilómetros del recorrido, adentrándose fatigosamente en la sierra del Guadarrama, entre pinares y roquedales.

Le acompañaba su buen amigo José Tudela, al que había conocido durante los cinco años pasados en Soria y que ahora ostentaba el cargo de archivero de la Delegación de Hacienda en la propia Segovia. Me los imagino a ambos caminando despacio por las callejas, disfrutando Machado de las vistas sorprendentes a la vuelta de cualquier esquina, el Alcázar allá arriba, como el castillo de la princesa de los cuentos, y abajo, en lo hondo, el acueducto

asombroso con sus casi veinte siglos de resistencia. Quizá al poeta se le cortaría la respiración al llegar a la plaza Mayor, ante la enormidad de la catedral, cuya mole cobija aún todos los afanes que le dieron vida. Por unos instantes, los amigos se refugiarían del frío helador de las calles estrechas bajo los últimos rayos del sol de aquel día de invierno y luego, charlando tal vez sobre los próximos compañeros de tertulia, caminarían por delante de la fachada de la iglesia, adentrándose en la calle del Marqués del Arco, para tomar enseguida la primera a la derecha, la calle de los Desamparados. Allí, en el número 11 (hoy 5), a Machado le esperaba su nuevo hogar, una habitación en la pensión de Luisa Torrego. Imagino que sentiría que el corazón se le paraba un poco ante el pequeño patio de la entrada y el edificio humilde de dos plantas: su nuevo hogar. Un cuarto de alquiler en una casa ajena. Como casi siempre. Otra vez solo.

Don Antonio se había cambiado de casa muchísimas veces. A sus cuarenta y cuatro años, su vida empezaba a parecer una larga historia de mudanzas. Había vivido en más de veinte casas diferentes, aunque ninguna en propiedad: los Machado, con todo su talento y su entrega a causas diversas, nunca tuvieron dinero suficiente para adquirir nada.

Estaba, por supuesto, la primera, la natal, el palacio de las Dueñas de Sevilla. Ni más ni menos:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero.

Que Antonio Machado hubiera nacido el 26 de julio de 1875 en la magnífica mansión de los duques de Alba, levantada entre los siglos XV y XVI, se debía a la personalidad de su padre. Antonio Machado Álvarez era un hombre extraordinario, hijo a su vez de otro hombre extraordinario, Antonio Machado Núñez. Familia de intelectuales, republicanos, darwinistas, masones y anticlericales convencidos (el arzobispo de Sevilla llegó a excomulgar a quienes leyeran las obras de Machado padre), aquella saga de mentalidad abierta y moderna amaba los saberes raros: el abuelo prefirió las ciencias y fue médico y catedrático de diversas disciplinas en las universidades de Sevilla y Madrid. El padre, aunque estudió Filosofía y Leyes, dedicó su vida a la cultura popular. Fue uno de los primeros flamencólogos, publicó diversos escritos y recopilaciones de cuentos, leyendas, cantes y coplas y fundó la sociedad El Folk-

Lore Andaluz, inspirada en otras semejantes instituidas en diversos países europeos y pronto imitada en varias ciudades españolas (doña Emilia Pardo Bazán, por cierto, presidió la sección gallega de esa organización). Odiado por los ultramontanos más recalcitrantes, Machado Álvarez tenía igualmente muy buenos amigos en Sevilla. A través de alguno de ellos logró el arrendamiento de uno de los doce apartamentos que el duque de Alba alquilaba en la planta baja de su palacio a familias de su confianza.

Allí nació el 26 de julio de 1875 Antonio Machado Ruiz, el poeta. Y allí creció hasta los cuatro años, correteando entre los patios y las azoteas, entreviendo acaso fantasmas en las largas galerías oscuras, acurrucándose para adormecerse a la sombra de los cipreses y los limoneros, aspirando el olor de la salvia y la hierbabuena, oyendo los rumores de las fuentes. Una y otra vez, esos recuerdos de infancia feliz y añorada aparecerían en su poesía.

En 1879, los Machado se fueron a vivir a la calle de las Navas (hoy Mateo Alemán), número 1 y luego a O'Donnell 22. Eran por entonces tres hermanos: Manuel, Antonio y José. Enseguida nacerían Joaquín, Francisco y Cipriana, que moriría a los catorce años. Y vendrían muchas más casas: cuando Antonio tenía ocho años, la familia se mudó a Madrid. El abuelo Machado Núñez acababa de obtener la cátedra de Zoografía en la Universidad Central. En septiembre de 1883, se instalaron todos en el nuevo barrio de Salamanca de la capital, en la calle Claudio Coello número 13. Tres generaciones juntas, algo habitual en aquellos tiempos en los que todavía era común la convivencia de la familia extensa, del clan. Machado padre no perdía gran cosa con aquel traslado, al menos desde el punto de vista económico: su actividad como investigador de la cultura popular apenas le reportaba beneficios. A cambio, los niños podrían matricularse en la Institución Libre de Enseñanza, el centro más moderno de España, seguidor de las rompedoras doctrinas pedagógicas del krausismo, que había sido fundado en 1876 por Francisco Giner de los Ríos —el gran amigo de doña Emilia— y otros catedráticos apartados de la universidad por defender la libertad de cátedra.

Hasta 1892, la vida seguiría con relativa tranquilidad: los chicos estudiarían en la Institución Libre de Enseñanza y luego en diversos institutos (Antonio, fatigosamente, en el San Isidro y en el Cisneros). Se sucederían las mudanzas y los nuevos pisos de alquiler: calle Almirante 3, Santa Engracia 42 (hoy 52), Alcalá 110, Fuencarral 46. Machado padre se enfrascaba en la publicación de los seis volúmenes de la *Biblioteca de las tradiciones populares*

españolas. Pero los problemas económicos llegaron a ser tan acuciantes, que en ese año de 1892 se vio obligado a irse a Puerto Rico para ejercer como registrador de la propiedad y ganar algo de dinero. Las perspectivas eran buenas, aunque enseguida se sintió tan enfermo que regresó a España para morir muy poco después, en febrero de 1893.

Antonio Machado tenía diecisiete años. La infancia y la adolescencia habían terminado trágicamente, arrasadas de pronto por el dolor de la muerte paterna. Quizá fuera entonces cuando se le quedó por dentro aquella tristeza que ya nunca le abandonó, la nostalgia acaso de la felicidad conocida en los primeros años, los paseos de la mano del padre por el campo y las calles, las largas horas de conversación, el aprendizaje del amor a las palabras sencillas y profundas. Es trágico haber conocido todo ese goce de niño y perseguirlo en vano el resto de la vida, como siguiendo el rastro de un espectro inalcanzable. Muchos de los que le trataron mencionaron su aura melancólica. Su propia madre solía decir: «Antonio no ha tenido nunca esa alegría propia de la juventud.» Y él mismo hablaría de su tristeza:

Yo he visto mi alma en sueños...
Era un desierto llano
y un árbol seco y roto
hacia el camino blanco... [23]

Tras la pérdida, hubo una nueva mudanza, a la calle Fuencarral número 148, todavía con los abuelos, que aún vivían, y un tío abuelo. Fue allí donde los dos hermanos mayores, cada vez más convencidos de su vocación literaria, comenzaron a alargar las noches leyendo infatigablemente y escribiendo versos. Para Antonio, esa actividad absorbente e inevitable significaría un enorme retraso en sus ya lentos estudios. De hecho, no terminaría el bachillerato hasta después de haber cumplido los veinticinco años. Pero las noches en vela también supondrían para ambos el arranque del camino hacia la gloria: en 1901 se publicaba el primer libro de poemas de Manuel, *Alma*. En 1903, el primero de Antonio, *Soledades*. Ambos fueron recibidos con entusiasmo, que no haría más que crecer mientras llegaban a las librerías, lentamente, como las cosas realmente valiosas, los siguientes poemarios.

Los Machado no estaban solos en su pasión lírica. Quizá el destino estaba de su parte, porque lo cierto es que sus grandes amigos de la época —y de siempre— fueron algunos de los que marcaron el rumbo posterior de la literatura española: Unamuno,

Juan Ramón Jiménez, Valle-Inclán, Ramiro de Maeztu... E, iluminándolos a todos, Rubén Darío, instalado entre París y Madrid y al que aquellos jóvenes escritores adoraban. Todos ellos, veinteañeros ansiosos y llenos de talento, se reunían a menudo en casa de los Machado. Allí había tertulias eternas, largas conversaciones —que a veces se convertían en disputas a gritos— sobre literatura, política y quién sabe qué otras cosas. Mujeres, probablemente. ¿O acaso los poetas no hablan también de mujeres?

Rafael Cansinos-Asséns, que visitó en alguna ocasión aquel desvencijado salón literario, dejó escritos estos recuerdos de su primer día allí:

> Vivían los Machado en el segundo piso de un gran caserón viejo y destartalado, con gran patio lóbrego, donde el sol se perdía y el frío del invierno se encontraba de pronto. Volvía a recuperarse el sol al entrar en la gran sala cuadrada, con balcón a la calle, tan anegada en claridades cristalinas que al principio deslumbraba y no dejaba ver. [...] Uno de los Machado, creo que Antonio, en mangas de camisa, se estaba acabando de afeitar ante un trozo de espejo sujeto en la pared, como los que se ven en las carbonerías. La habitación, destartalada, sin muebles, salvo algunas sillas descabaladas, con el suelo de ladrillo, salpicado de colillas, y las paredes desnudas, tenía todo el aspecto de un desván bohemio. Eran tan pocas las sillas, que algunos permanecían de pie. Allá dentro, tras una puerta lateral, sonaban voces femeninas. El sol, un verdadero sol de domingo, era el único adorno de aquella habitación que parecía una leonera de estudiantes. El sol y el buen humor juvenil.[24]

Aquel abandono en la vivienda parecía contagiarse al aspecto de Machado, que incluso mencionó en un poema su «torpe aliño indumentario»: al poeta las cosas materiales le interesaban poco. Era un hombre extremadamente austero —tan poco sevillano en eso como en tantas otras cosas—, enamorado de la belleza de los paisajes y de los versos, de la profundidad de la filosofía, de la intensidad afectiva e intelectual de la amistad. No necesitaba objetos. Le sobraban. Su mente era demasiado rica. Cuando tuvo que huir de Madrid bajo las bombas, y luego del pueblo valenciano de Rocafort, y al cabo de Barcelona, tan sólo se llevó algunos libros, sus manuscritos, quizá el retrato amarillento de Leonor y las cartas adoradas de Guiomar. Lo más preciado. Y ni siquiera eso le acompañó a su última casa, el hotel Bougnol-Quintana de Collioure, en el que agonizaron juntos él y su madre, doña Ana, hasta que les llegó la muerte el 22 y el 25 de febrero de 1939: el pequeño maletín con el que había salido de Barcelona, y que contenía probablemente sus últimos escritos, se perdió definitivamente cuando el poeta y su familia, ante la avalancha de refugiados que trataban de cruzar la

frontera, tuvieron que abandonar la ambulancia que los había llevado hasta allí desde el Mas Faixat, la masía donde habían pasado su última noche en España. El poeta se fue al exilio sin nada. Caminó hacia la muerte, como deben hacer los sabios, con las manos vacías. Él mismo lo había predicho muchos años atrás:

Y cuando la hora llegue del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar. [25]

En 1907, los buenos tiempos de la bohemia madrileña llegaban a su fin: Antonio Machado aprobó las oposiciones a la cátedra de Lengua Francesa en enseñanza media. El poeta no había pasado por ninguna facultad universitaria, pero en aquella época el francés se consideraba una asignatura menor y tan sólo se exigía para opositar el título de bachillerato. Había tres plazas disponibles en toda España: Soria, Baeza y Mahón. Eligió Soria. Empezaba así su exilio de veinticuatro años de Madrid: siempre quiso volver a la capital —el único lugar en el que realmente le gustaba vivir— y lo intentó en numerosas ocasiones, pero no lo consiguió hasta 1932.

En Soria, adonde llegó a finales de abril de 1907, se instaló en la pensión de Isidoro Martínez Ruiz, en la calle Collado número 54. Allí vivían también otro catedrático, un médico y un delineante. Era costumbre de la época que los hombres solteros, a los que nadie había educado para cuidar de sí mismos, residieran en ese tipo de casas de huéspedes cuando se veían obligados a alejarse del hogar familiar. El trato solía ser cercano, y los clientes disponían no sólo de un cuarto y un aseo compartido —en cuestiones de higiene, la gente era por aquel entonces más relajada que en la actualidad—, sino que también se les ofrecía el cuidado de la ropa y las comidas, que se realizaban en común. No sabemos nada del aspecto de aquella pensión. Tan sólo que, años más tarde, el propietario recordaba con afecto a Machado: «Don Antonio era un hombrachón con alma de niño. Silencioso y retraído, pero hombre bondadoso y exquisito.»

Algunos meses después, en diciembre, la pensión cerró. Todos los inquilinos se trasladaron a otra, la de Ceferino Izquierdo e Isabel Cuevas. La casa, de la que no queda ningún rastro, estaba en la plaza de Teatinos, convertida hoy en calle Estudio. Aquel enésimo cambio de residencia iba a marcar para siempre la vida de Antonio Machado: allí iba a encontrar el primer gran amor, Leonor, su esposa.

Sobre la relación del poeta con las mujeres hasta ese momento lo ignoramos todo. A veces, en sus versos, hablaba de idilios rotos, de ansias de enamorarse:

Y en toda el alma hay una sola fiesta,
tú lo sabrás: Amor, sombra florida,
sueño de aroma, y luego... nada: andrajos,
rencor, filosofía.

Poco más. Ni un nombre, ni una mención concreta, ni un solo recuerdo que nos haya llegado de posibles amoríos a través de sus amigos. En aquel año de 1907, Machado ya no era un muchacho. Tenía treinta y cuatro años, una buena edad, según las costumbres de la época, para formar una familia. Pero su elección fue cuando menos sorprendente: Leonor Izquierdo, la hija de sus patronos, era una cría de tan sólo trece, casi los mismos que tenía su única hermana, Cipriana, cuando murió en 1900.

En la primavera de 1909 estaban comprometidos, aunque hubo que aplazar la boda hasta finales de julio, para esperar a que Leonor cumpliera los quince años, la edad mínima que exigía la ley para poder contraer matrimonio, siempre y cuando existiera el permiso paterno. Por las fotografías que se conservan, todas ellas del día de la boda, sabemos que ella era una criatura preciosa, de grandes ojos oscuros y magnífico pelo ondulado, que llevó recogido en un gran moño para la ceremonia. Su vida, por lo que parece, no había sido muy feliz: aunque la madre era una mujer dulce y buena, el padre, sargento retirado de la Guardia Civil, bebía mucho, sometía a la familia a malos tratos y había conseguido que hasta los huéspedes le tuvieran miedo por sus frecuentes accesos de ira. Tal vez Leonor viera en Machado, tan bondadoso, callado y sensible, a un salvador, alguien que podría arrancarla de la tortura de aquel hombre que, por los pocos datos de que disponemos, la hacía llorar frecuentemente.

Quizá fuera aquella infelicidad lo que convirtió a Leonor en presa fácil de esa terrible enfermedad que aún no tenía cura, la tuberculosis. Su palidez y sus ojeras antes de casarse ya parecían indicarlo. Pasarían tan sólo dos años hasta que se conociera la gravedad de su situación. Entretanto, el matrimonio vivió unos cuantos meses en la casa de los padres de ella, donde Isabel Cuevas se había ocupado de organizarles dos habitaciones: un dormitorio con cama matrimonial y un despacho para el poeta, con sofá y butacas tapizados en seda floreada, espejo isabelino de molduras doradas en la pared y una gran mesa que miraba hacia el jardín

donde crecían las acacias. Por primera y única vez en su vida, Machado estaba instalado con cierta comodidad. Allí, inspirado por el extraordinario paisaje soriano —lo único, junto con Leonor, que le gustaba de aquella ciudad provinciana y conservadora—, escribió la mayor parte de los poemas de *Campos de Castilla*, el libro que le ataría a la vida, aunque sólo fuera mínimamente, tras la muerte de Leonor.

Ansioso siempre por escapar de aquel círculo tan estrecho, tan poco estimulante, el poeta solicitó una beca para poder realizar durante un año ciertas investigaciones de filología francesa en París, aunque su verdadero objetivo era profundizar en el estudio de la filosofía, que cada vez le interesaba más, y asistir a las clases que Henri Bergson impartía en el Collège de France. Concedida la ayuda, en enero de 1911 el matrimonio se instaló en el mismo hotel en el que Antonio y Manuel habían vivido una larga temporada once años atrás, en el número 2 de la calle Perronet, en pleno corazón del Barrio Latino.

Machado parecía entusiasmado con aquella vida de estudiante en una ciudad de la que emanaba por aquel entonces una energía intelectual y vital inaudita. Pero a los pocos meses comenzó la tragedia: el 14 de julio, Leonor tuvo un vómito de sangre. Al día siguiente fue ingresada en un hospital, y el diagnóstico de la temible tuberculosis enseguida estuvo claro. Aquello fue, según el poeta, «como un rayo en plena felicidad». Había poco que hacer, salvo confiar en la suerte. Y la suerte no era buena compañera de Antonio Machado.

En septiembre, Leonor estaba algo mejor y los médicos les recomendaron que regresasen a la seca Castilla y evitaran el aire húmedo del invierno parisino. Entonces comenzó la durísima lucha de once meses contra la muerte. En la primavera de 1912, Machado alquiló una casa en las afueras de la ciudad, sobre el Duero, para que Leonor pudiera tomar el aire. La enferma ya no tenía fuerzas para caminar, y su marido la paseaba en una silla de ruedas. Fue una primavera, como dijo él mismo en su correspondencia con su madre, de resignación, de disciplina en los cuidados de Leonor, de planes para ir a Madrid en cuanto su estado mejorase y visitar a algún gran especialista. ¿Cómo creer que una mujer tan joven puede morir, que su organismo que aún debería ser fuerte va a agotarse definitivamente bajo el ataque feroz de la enfermedad? La vida surgía llena de energía en los árboles y las praderas. ¿Acaso a su mujer no debería sucederle lo mismo?

Al olmo viejo, hendido por el rayo

y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo
algunas hojas verdes le han salido.
¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.
No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.
Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.
Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,
ardas de alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
algún milagro de la primavera. [26]

No hubo milagro. Leonor murió el 1 de agosto. Acababa de cumplir dieciocho años.

Machado se quedó desolado. Roto. Estuvo a punto de suicidarse, de «pegarse un tiro», según le confesó a Juan Ramón Jiménez en una carta. Fue el éxito de *Campos de Castilla*, publicado ese mismo año de 1912, lo que le hizo aferrarse a la vida, «y no por vanidad ¡bien lo sabe Dios! sino porque pensé que si había en mí una fuerza útil no tenía derecho a aniquilarla».[27] Seguir escribiendo se convirtió más que nunca en una razón para vivir. Por lo demás, tendrían que pasar dieciséis años para que el poeta volviera a enamorarse. Un larguísimo tiempo de soledad de viudo que, en realidad, tampoco el nuevo amor —adúltero, blanco y frustrante— logró romper.

Una semana después del entierro de Leonor, Machado cogió el tren hacia Madrid en compañía de su madre. Sólo volvería a Soria

muchos años más tarde, durante algunas horas, para recibir un homenaje. De nuevo intentó conseguir una plaza en algún instituto de la capital sin lograrlo. Tuvo que conformarse con Baeza, donde se vio obligado a quedarse siete años. «Esta tierra es casi analfabeta —se quejaba al poco de llegar en carta a su amigo José María Palacio—. Soria es Atenas comparada con esta ciudad donde ni aun periódicos se leen. Aparte de eso, que es suficiente y aun sobrado, la gente es buena, hospitalaria y amable. Las únicas preocupaciones son aquí la política y el juego; inquietudes espirituales, no existen; afán de cultura, tampoco. Esa pequeña Soria tiene, a mi juicio, una inmensa superioridad espiritual sobre esta ciudad, no obstante existir aquí elementos de riqueza que ahí se desconocen. No hay un solo periódico local, ni una biblioteca, ni una librería, ni aun siquiera un puesto de periódicos donde comprar los diarios de Madrid.»[28]

Machado se sentía pues intelectualmente aislado. Salvo las horas de tertulia en la rebotica de la farmacia de la calle San Francisco, el resto de su tiempo libre lo dedicaba, cómo no, a escribir, a leer —poesía y también, cada vez más, filosofía— y de nuevo a estudiar: durante aquellos años transcurridos entre el hotel Comercio y más tarde dos pisos alquilados sucesivamente en el Prado de la Cárcel (hoy pasaje del Cardenal Benavides) y la calle San Pablo, el poeta se licenció —en 1918, a los cuarenta y tres años— en Filosofía y Letras y luego se doctoró con Ortega y Gasset.

Entretanto, su familia seguía con su largo rosario de traslados: primero de Corredera Baja de San Pablo a Fuencarral número 99. Luego a la que sería su última vivienda en Madrid, el 1.º derecha del número 4 de General Arrando. En la primavera de 1917, ya estaban allí instalados la madre, José y Joaquín. Era un piso grande, con balcones a la calle en los que doña Ana cultivaría quizá geranios y gitanillas, como en las ventanas de su tierra sevillana. El poeta tenía en él su propia habitación, que ocupaba puntualmente durante sus frecuentes vacaciones. Pronto su presencia en Madrid iba a ser mucho más habitual: en 1919, se le concedió el traslado al Instituto de Segovia, que le permitió vivir a tan sólo cuatro horas en tren de la capital, a la que viajaría todos los fines de semana.

La casa de huéspedes de doña Luisa Torrego está ahora prácticamente igual que el día en que Machado la abandonó camino de su último destino como profesor en Madrid, en septiembre de 1932. Por fortuna, hubo aquí quien se ocupó de mantener vivo e

incesante su recuerdo. En 1950, doña Luisa seguía regentando su pensión. Los tiempos no estaban para grandes cambios e innovaciones, de forma que todo seguía por aquel entonces prácticamente igual que en la época en la que el poeta vivió allí. Machado era aún, por supuesto, uno de los demonios de la dictadura de Franco. Pero sus amigos de Segovia le recordaban con ternura y tristeza. Y su fama no había hecho más que crecer tras su muerte desoladora al comienzo del exilio. En aquel año —aún en medio de la represión, las venganzas, el hambre, las cartillas de racionamiento, la negrura cultural de aquella España sometida y el miedo, el miedo atroz, que se deslizaba como una niebla viscosa por todos los rincones del país—, un grupo de poetas organizó en Segovia el I Congreso de Poesía. Entre ellos estaban Camilo José Cela, Gerardo Diego o Dámaso Alonso. El encuentro de aquellos hombres, admiradores de Machado, con muchos de los que le habían tratado hizo que unos cuantos segovianos —reunidos en lo que luego sería la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce — se plantearan mantener el legado machadiano en la ciudad. Por el momento tuvieron que conformarse con alquilarle a doña Luisa el cuarto que había ocupado su viejo amigo. Poco a poco, fueron adquiriendo todo el edificio, hasta que en 1970 pudieron abrir sus puertas como casa museo de don Antonio Machado.

Es un edificio de dos plantas, antiguo, tan sólido como la propia ciudad, con ese encanto que los siglos van depositando sobre las viejas viviendas que nadie se ha empeñado en modernizar. Delante de la casa hay un pequeño patio, ahora ajardinado. No es por supuesto el patio esplendoroso del palacio de las Dueñas, sino un lugar humilde, en el que tal vez, hace noventa años, picotearan las gallinas. Hoy, en este día soleado y fresco de septiembre en que lo visito, dos gatos se estiran tranquilamente al sol. (Confieso que me alegro de que sean gatos y no perros: don Antonio odiaba a los perros, sentía hacia ellos auténtica fobia.) Las hojas de la parra y de los perales comienzan a dorarse, camino ya del otoño que enseguida dejará cada noche un manto de hielo sobre las plantas. Contra la fachada de la casa hay un poyete de piedra en el que puedo imaginarme sentado a Machado una mañana luminosa de invierno o en las noches insomnes del verano, las manos descansando sobre el bastón, el perenne cigarrillo en los labios, el sombrero colocado con descuido, el gabán sempiterno con sus manchas de ceniza. Aquel hombre grande, grande, de cuerpo y de alma, soñando amores y libertades bajo la tibieza del sol, antes de que este país le escupiera encima y lo empujara hacia la desdicha. También a él.

Me gusta descubrir que la casa donde vivió casi trece años —su estancia más larga entre las mismas cuatro paredes— es tan modesta, tan poca cosa. A veces los mitos, cuando asomas las narices demasiado cerca de ellos, se tambalean. A veces nos damos cuenta de que casi nada de lo que dijeron era verdad, que en lo referente a ellos mismos y a su propia vida no aplicaban las normas exigentes que imponían a los otros. Pero en el caso de Machado no es así: el hombre que se retrató desprovisto de ajuar, ligero de equipaje, vivió realmente en la más absoluta sencillez. Llevaba dentro de sí la percepción de la belleza de las cosas diminutas, y no necesitaba oropeles, ni terciopelos, ni muebles de caoba, ni portales de mármol para sentirse a gusto. Una ventana a través de la cual ver los árboles y el cielo. Un poyete al sol, junto a las gallinas, con la espalda apoyada en la pared cálida y la parra brotando llena de vida. ¿Se puede desear algo más hermoso?

La sensación de humildad me acompaña cuando entro en la casa. Subo por las escaleras torcidas, irregulares, hacia el primer piso, donde estaba la pensión propiamente dicha. Los suelos de madera, lavados y relavados, mates, me recuerdan algunos viejos hogares familiares, de cuando aún se fregaba con cepillo de cerdas y un chorrito de lejía. En la pared del pasillo hay algunas fotos de doña Luisa, una viejecita vestida de negro, casi como una campesina, arrugada y sonriente. Doña Luisa ha dejado un buen recuerdo, que perdura hasta hoy. Uno de los inquilinos hablaba así de ella muchos años después: «Mujer admirable, no ya sólo por la atención y afecto con que trataba a los huéspedes, sino por su extraordinaria bondad de carácter.» Quiero creer que cuidó de Machado, que lo mimó, se ocupó de que las sábanas de su cama estuvieran siempre limpias y su habitación recogida, y le planchó con cariño las camisas. Que quizá le acarició las manos en alguna noche de tristeza.

Al menos, estoy segura de que aquí debió de comer bien: en la cocina —con su chapa de carbón y sus viejos cacharros de peltre— cuelga un cuadernito lleno de recetas: guisado nombrado fricandó, estofado de ternera, pichones con tomate, perdices con coles, costillas de vaca tostadas, bacalao a la francesa... Parece que a doña Luisa le gustaba cocinar, y se preocupaba por hacer platos que iban más allá de las lentejas guisadas o la triste tortilla francesa.

Los tres huéspedes —un funcionario de Hacienda, otro del Catastro y el propio Machado— comían juntos en el comedor, donde estaban los muebles más representativos de la casa, el buen aparador, el cuadro de la Última Cena, las sillas talladas.

Saborearían los platos y tomarían algún vino peleón, endulzado quizá después por el anís, que aún se exhibe en el aparador: Machado no rechazaba beber, y puede incluso que en algún momento le gustara en exceso. En una nota autobiográfica redactada en 1913 para una antología de sus poemas que preparaba Azorín, escribió: «He hecho vida desordenada en mi juventud, y he sido algo bebedor; sin llegar al alcoholismo.»

Más allá del comedor están las habitaciones de los huéspedes. Las de los dos compañeros del poeta se han convertido en una especie de pequeño museo machadiano: libros (entre ellos, casi todas las primeras ediciones de sus obras y otros muchos de consulta para especialistas), recortes de prensa, retratos y fotografías. Hay también recuerdos de su actividad con la Universidad Popular. Cuando Machado llegó a Segovia, varios profesores del instituto y de la Escuela Normal de Maestros estaban organizando esa asociación, a la que él se incorporó rápidamente. Se trataba de dar clases nocturnas y gratuitas a los obreros de la ciudad de materias que podían mejorar sus condiciones de vida y de trabajo, desde higiene del hogar hasta geografía. Don Antonio se ocupó de los cursillos de francés y la enseñanza de la literatura.

Por suerte, Segovia acogía en aquellos tiempos a un grupo notable de intelectuales y artistas. Además del trabajo voluntario en la Universidad Popular, esos hombres se reunían cada tarde para la tertulia en el taller del ceramista Fernando Arranz, que éste había instalado en la antigua capilla románica de San Gregorio, hoy desaparecida. Allí, entre cafés, cigarros, alguna que otra copa y la música de un viejo piano situado en un rincón, se hablaba de lo divino y de lo humano. Algunos de aquellos tertulianos llegarían a ser grandes amigos de Machado, como el profesor Blas Zambrano —padre de la filósofa María Zambrano— o el escultor Emiliano Barral, una copia de cuyo busto del poeta figura en el patio de la casa. Después del encuentro, el grupo solía dar un paseo por la ciudad y sus alrededores, entre iglesias románicas y rumor de álamos. Las tardes —a menudo las noches— solían acabar en algún café, como el de La Unión de la calle Real. Vidas tranquilas en una pausada ciudad de provincias.

Don Antonio compartía con ellos diversos intereses, entre otros el de la política. Heredero del republicanismo de su padre y su abuelo, siempre fue muy crítico con la situación de España, con la tibieza cobarde de Alfonso XIII y la cínica codicia de sus gobernantes. Sinceramente preocupado por la durísima vida de las clases más humildes, creía que la solución sólo podría venir de los

partidos de izquierdas, y que éstos únicamente llegarían al poder si se acababa con la monarquía. El golpe de Estado del general Primo de Rivera del 13 de septiembre de 1923 supuso para él un mazazo: «España cae en cuatro pies —escribió—. ¿Se levantará? Probablemente encontrará cómoda la postura y permanecerá en ella largo tiempo.»[29] El destierro de su gran amigo Unamuno a Fuerteventura en 1924 no hizo más que ahondar su preocupación.

Desde el golpe de Estado, su implicación en la vida política a través de sus escritos y de ciertos compromisos públicos fue cada vez más intensa. En 1926, firmó junto a Blasco Ibáñez, Marañón, Pérez de Ayala y el mismo Unamuno el manifiesto fundacional de Alianza Republicana, constituida entre otros políticos por Manuel Azaña y Alejandro Lerroux. Y en febrero de 1931 se adhirió a la Agrupación al Servicio de la República, un movimiento de intelectuales fundado por Marañón, Pérez de Ayala y Ortega y Gasset. El sueño era entonces el de una revolución que transformase el país de arriba abajo, pero una revolución tan profunda como pacífica. Durante el mitin de presentación de la Agrupación en el teatro Juan Bravo de Segovia, Machado saludó así a sus colegas: «La revolución no es volverse loco y levantar barricadas; es algo menos violento, pero más grave. Rota la continuidad evolutiva de nuestra historia, sólo cabe saltar hacia el mañana. Para ello se requiere el concurso de mentalidades creadoras, porque si no la revolución es una catástrofe. Saludo a estos tres hombres como verdaderos revolucionarios, como los hombres del orden, de un orden nuevo.»[30] Vistas con el paso del tiempo, con el conocimiento de la sangrienta reacción de las clases poderosas y de todos los horribles sucesos que se produjeron después, esas palabras suenan realmente candorosas.

Por supuesto, Machado y sus amigos acogieron con entusiasmo la proclamación de la República: ya el 13 de febrero de 1931, hacia las seis de la tarde, al conocerse el resultado de las elecciones municipales del día anterior y las primeras dimisiones, los republicanos segovianos acudieron al ayuntamiento e izaron la bandera tricolor. El poeta estaba entre ellos. Y al día siguiente encabezó la manifestación multitudinaria que recorrió las calles de la ciudad al llegar la noticia de que la República era un hecho y que el rey abandonaba Madrid. Después acompañó desde el balcón del ayuntamiento —en silencio, eso sí— los primeros discursos que saludaban la nueva forma de gobierno. En 1937, en plena guerra, cuando toda aquella ilusión se había disuelto, convirtiéndose en sangre, Machado recordaría así ese día extraordinario: «¡Aquellas

horas, Dios mío, tejidas todas ellas con el limo más puro de la esperanza, cuando unos pocos viejos republicanos izamos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia...! Recordemos, acerquemos otra vez aquellas horas a nuestro corazón.»[31]

Me lo imagino volviendo tarde aquella noche a la casa de doña Luisa, excitadísimo, quizá algo bebido a fuerza de brindis de celebración, trastabillando por el pasillo y golpeándose con algún mueble al atravesar la habitación de don Avelino: sí, el gran poeta se veía obligado a cruzar el cuarto de su vecino para alcanzar el suyo. Su cuartito helado —aquella noche de febrero no sentiría el frío—, en el que nacieron tantos versos extraordinarios.

Básicamente, era la misma habitación en la que entro ahora, sintiendo un respeto reverencial. Un cuarto modesto, pero agradable. A través de la ventana se ven los pinares del valle del Eresma, la *vega sacra* del convento de carmelitas donde vivieran sus colegas santa Teresa y san Juan de la Cruz. Los árboles altos. Las montañas luminosas. El cielo intensamente azul. Recuerdo el último y extraordinario verso que, al morir, encontraron arrugado en el bolsillo de su viejo gabán:

Estos días azules y este sol de la infancia.

Ante la ventana, una pequeña mesa camilla, recubierta con telas bastas, en la que don Antonio escribía por las noches, hasta altas horas, tal vez protegiéndose del frío con una manta: el frío que hacía en aquella casa sin ningún tipo de calefacción —salvo la cocina de carbón— era proverbial y daba pie a no pocas chanzas. El propio Machado decía que a veces tenía que abrir la ventana para que entrase un poco de la temperatura menos helada de la calle. Y en algún momento se compró una pequeña estufa de petróleo que todavía está aquí pero que, por lo que parece, nunca llegó a funcionar del todo bien. El lavamanos de loza blanca, la cómoda sobre la que descansa una maleta de cuero que el poeta usó, el espejo y la mesilla-tocador que servía de librería: ahí están sus libros, los que él acumuló en aquel tiempo y donó a la Universidad Popular al irse de la ciudad, y que ahora han vuelto a su hogar. Espronceda, Kierkegaard, Alfredo Marquerie, José María de Cossío, Ortega y Gasset...

Y la cama, la cama estrecha de latón pintado de negro y dorado, con su colcha blanca y amarilla. La misma cama y la misma colcha que usó aquí durante doce años. En ese espacio pequeño, de hombre soltero, casi martirizante para nuestras costumbres actuales, imagino sus muchos sueños breves, entre el cansancio exultante de

la escritura y la monotonía bienhumorada de las clases. Los días neblinosos de gripes y cólicos hepáticos. Los amaneceres excitados, con el regusto de los éxitos conseguidos por su hermano Manuel y él en el teatro. El insomnio de sus épocas de «depresión del espíritu», como él mismo llamaba a aquella melancolía que a veces lo arrasaba. Y las largas noches de sueños amorosos. Las noches de Guiomar.

Porque desde el 2 de junio de 1928, desde la primera vez que se vieron en el vestíbulo del hotel Comercio de Segovia, la vida de Antonio Machado pasó a girar en torno a Guiomar. Su «diosa», como él la llamaba. Durante décadas, nadie —salvo tal vez algunos de los más íntimos— supo quién era esa mujer de nombre regio. La verdad no se estableció hasta 1981, casi sesenta años después de iniciarse el idilio, cuando se publicó el libro *Sí, soy Guiomar. Memorias de mi vida*, firmado por la ya fallecida poeta Pilar de Valderrama. En el momento de conocerse, Valderrama tenía treinta y ocho años, diecisiete menos que él, que ya había cumplido los cincuenta y cinco. Pertenecía a la alta burguesía madrileña y estaba casada, aunque su matrimonio no era feliz. De hecho, cuando apareció aquella primavera en Segovia, acababa de enterarse de que su marido tenía desde hacía tiempo una amante que se había suicidado poco tiempo atrás. Al huir de Madrid, buscaba unos días de reposo, pero también el encuentro con el poeta al que más admiraba.

Machado se enamoró desde el primer instante. Después de dieciséis años de viudedad, le pareció que había encontrado al fin a la mujer soñada. Ella aceptó mantener con él una relación secreta, pero puso una condición durísima: siendo como era católica y muy conservadora, no estaba dispuesta a hacer de su amor un asunto físico. Serían tan sólo amigos del alma, amigos que se encontraban a diario en lo que ella llamaba su «tercer mundo», un espacio platónico al que Machado se agarró con devoción. Pilar-Guiomar se convertiría de inmediato en su amada, aunque nunca llegaría a ser su verdadera amante.

Hasta 1936, cuando Valderrama y su familia huyeron a Portugal poco antes de estallar la guerra, aquella relación se concretó en encuentros furtivos en el parque de la Moncloa y en el café Franco-Español, en el barrio obrero de Cuatro Caminos, donde era prácticamente imposible que ningún conocido pudiera verlos. Machado viajaba a Madrid todas las semanas, aprovechando los días en que no tenía que dar clases en el instituto. Cogía el viejo tren hasta la estación del Norte, y se reunía con su hermano Manuel

y sus amigos en los cafés, acudía a los teatros, visitaba la Biblioteca Nacional y, además de encontrar siempre tiempo para reunirse con su «musa», la perseguía también como un muchacho cuando ella estaba inaccesible: espiaba su casa del paseo de Rosales escondido entre los arbustos del parque del Oeste, y acudía en su busca a la iglesia donde ella solía ir a oír misa. Apenas podía respirar sin su presencia:

Tu poeta
piensa en ti. La lejanía
es de limón y violeta,
verde el campo todavía.
Conmigo vienes, Guiomar,
nos sorbe la serranía.
De encinar en encinar
se va fatigando el día.
El tren devora y devora
día y riel. La retama
pasa en sombra; se desdora
el oro del Guadarrama.
Porque una diosa y su amante
huyen juntos, jadeante,
los sigue la luna llena.
El tren se esconde y resuena
dentro de un monte gigante. [32]

A lo largo de aquellos ocho años de amor, la correspondencia entre los enamorados fue intensa. Separados por la distancia y por las convenciones sociales, se escribían el uno al otro prácticamente a diario. Esas cartas conocieron un destino extraño y triste: las que Guiomar escribió a Machado desaparecieron. Quizá estaban entre los papeles que guardaba en su última maleta, aquella que se perdió para siempre en la frontera de Portbou. De las de él a Guiomar —unas doscientas cuarenta, según ella misma— falta una parte muy importante: ella misma las quemó a toda prisa antes de salir de España. Tan sólo conservó unas cuarenta, publicadas en su libro de memorias y hoy en día cobijadas en la Biblioteca Nacional.

Son cartas apasionadas, intensas, dotadas de esa ternura un poco infantil y algo intimidante para el lector (convertido en un *voyeur*) que todos los enamorados del mundo han usado en su correspondencia: «Cuando pienso en ti, Pilar, vuelvo a creer en Dios, sobre todo cuando pienso en lo que haces por mí.» «Mañana a las doce iré a nuestro café, con la esperanza de verte; siempre con ánimo de ser bueno, y con el propósito, que todavía no he cumplido, de arrodillarme delante de ti.» «Pasé por el Parque. No vi

a mi diosa. Estaban echadas las persianas de los balcones. Esto quiere decir —pensé— que mi reina no aparecerá.» «No dudes un momento que estoy contigo, que te acompaño siempre; y si no te digo nada es porque —ya lo sabes— a tu lado apenas hablo: te miro nada más. Aparte de eso, sólo sé llorar o besar tu mano de diosa. Quiero aprender a contarte cuentos que te diviertan, como las madres a los niños. Porque en mi baraja de amores, falta el de madre o el de vieja nodriza, que todavía no he aprendido, por razones de mi sexo, pero que aprenderé para ti.» «¡Qué alegría, Pilar, cuando te veo! [...] Así pienso yo, sin sentirme humillado, que mi alegría al verte tiene algo del loco regocijo del perro que ve a su amo tras larga ausencia.» «El domingo te sentí a las doce ¡tan cerca! Y tus ¿sabes? me quemaban el corazón. ¡Y qué fuego tan delicioso viene de ti! Y en ese tercer mundo ¡qué embriaguez, qué locura, qué orgía! Después —pero después— salí a echar la carta y a recorrer los lugares que te dije. Y luego volví a soñar contigo toda la noche. No quieras saber... El lunes no fui a clase porque después de tanto soñar, había que dormir algo. ¿Comprendes?»[33]

La mayor parte de esas cartas ardientes, desbordantes de amor y de deseo, fueron escritas aquí, en este cuartito humilde y luminoso. Y no puedo evitar imaginarme a Machado redactándolas sobre la mesa camilla, o tal vez metido en la cama en las noches muy frías, con su letra clara inclinada hacia la derecha, de escritor de tinta y pluma, soñando inevitablemente, entre frase y frase, con el abrazo nunca logrado del cuerpo de la amada.

Muchos critican a Pilar de Valderrama por haber hecho desgraciado al poeta negándole la relación carnal. Pero él era un hombre más que adulto, que sabía de sobra lo que podía suponer aceptar las condiciones que Guiomar le impuso. Y las aceptó libremente. Aunque fuera de esa manera frustrante, ella significó para aquel viudo solitario y entristecido, que soñaba día tras día con volver a encontrar el amor, un latido apasionado y perenne de vida. Hasta el último aliento: en el bolsillo de su gabán, después de su muerte, junto con el papel que contenía el espléndido verso postrero, se encontraron otros dos. En uno estaban escritas las palabras iniciales del monólogo de Hamlet, «Ser o no ser». En el otro, cuatro versos de *Otras canciones a Guiomar (a la manera de Abel Martín y Juan de Mairena)*:

Y te daré mi canción:
Se canta lo que se pierde,
con un papagayo verde
que la diga en tu balcón.

Abandono la casa sintiendo una mezcla de ternura y tristeza. Amo más a don Antonio Machado después de haber visto el lugar en el que vivía. Le admiro más que nunca por su decencia, por la profundidad sincera de su modestia. Y pienso con emoción en su partida de aquí, en septiembre de 1932, cuando cruzó por última vez el umbral de la puerta de esta casa de huéspedes de regreso al fin a Madrid, para hacerse cargo de la cátedra de Lengua Francesa en el nuevo Instituto Calderón de la Barca. Pienso en su esperanza al creer que se dirigía hacia una nueva vida, la cercanía a Guiomar, la España brillante, libre e ilustrada que la República debía dar a luz, sin saber que se encaminaba hacia la soledad, el fracaso, el dolor, la incesante huida de las bombas y la muerte tristísima de derrotado, al otro lado de la frontera.

FEDERICO GARCÍA LORCA O EL DOLOR

Casa Natal de Fuente Vaqueros, Casa Museo de Valderrubio, Casa Museo de la Huerta de San Vicente

Hay tantos jazmines en el jardín y tantas «damas de noche», que por la madrugada nos da a todos en casa un dolor lírico de cabeza, tan maravilloso como el que sufre el agua detenida. Y, sin embargo, ¡nada es excesivo!

FEDERICO GARCÍA LORCA

El avión de Madrid a Granada sale muy temprano. Aún medio dormida, mientras amanece, en el taxi que me lleva de camino al aeropuerto, recuerdo que Federico recorría este trayecto muy a menudo. Claro que él lo hacía en tren, en uno de aquellos convoyes nocturnos que tardaban doce horas en llegar de una ciudad a la otra. A este lado dejaba los amigos artistas, las juergas, algún amante, los afanes profesionales, el ajetreo permanente de la capital. Allí encontraba la compañía amada de la tierra y los árboles, la familia, los afectos de la infancia, las viejas casas protectoras, la hermandad telúrica con lo popular. Y también el odio de todos los que le detestaban por su talento, su éxito, su dinero, su compromiso con la justicia social y su homosexualidad. La España más rancia. La misma que persiguió a Jovellanos y empujó a Machado a la huida y el exilio. La España reaccionaria y fanática, agarrada a su totalitario concepto de lo decente, que lo asesinó en la madrugada del 19 de agosto de 1936.

Viajar a Granada es siempre para mí un placer. De todas las ciudades del mundo que conozco, ésta es una de las que más me emocionan. La vista de la Alhambra y las cumbres poderosas de Sierra Nevada me provoca lágrimas una y otra vez. Y siempre he pensado que si un día me viera instalada en un carmen del Albaicín, frente a los palacios nazaríes, con un alto ciprés oscuro alzándose junto a la ventana y el sonido del agua de una fuente alejándome del ruido antipático de la vida, quizá no desearía salir de allí nunca más. ¿Dónde iba a encontrar más belleza?

Pero hoy sé, sin embargo, que el día va a ser duro. Preveo que, cuando tome el avión de regreso esta noche, lo haré con el corazón encogido. Sé que voy a encontrarme con la tragedia injustificable de un ser humano, que voy a tener que meterme a manos llenas en su dolor y el de todos los que le quisieron. Y que ese dolor no fue causado por el curso natural de la vida, que a veces nos arrasa con su crueldad, sino por la barbarie absoluta de otros seres humanos. Y sé que ninguna belleza puede compensar tanta atrocidad.

Las casas de Federico que ahora se pueden visitar son tres. Pero en su momento fueron más, pues había también un cortijo, un piso en Granada y otro en Madrid, en General Arrando número 7, justo enfrente del de Machado, a quien él tanto admiraba. Los García Lorca fueron desde luego gente rica, aunque campesinos y de izquierdas. No señoritos repeinados a la andaluza, de los de juergas flamencas y adscripción a la Falange. Ni tampoco caciques de pueblo tiranos y violentos. Don Federico García Rodríguez, el padre, era un modesto hombre de campo que heredó una cantidad de dinero importante al morir en 1894 su primera mujer. Con ese dinero, compró fincas en los alrededores de su pueblo, Fuente Vaqueros, y comenzó a plantar remolacha azucarera justo en el momento en que la pérdida de Cuba —de donde procedía buena parte del azúcar consumido en España— hacía que ese cultivo se volviera imprescindible. Pronto llegó a ser el hombre más rico de la comarca. Pero nunca olvidó sus orígenes: repartió buenas parcelas entre sus ocho hermanos y hermanas, pagó siempre bien a sus hombres, les construyó casas para que vivieran con dignidad y fue toda su vida demócrata y republicano. Por supuesto, ese comportamiento le generó muchos enemigos entre los terratenientes de la zona. Probablemente todo aquello —su fortuna y también su sentido de la justicia— tuvo mucho que ver con el asesinato de su hijo: en tiempos de venganza, las viejas enemistades y las envidias enquistadas afloran como bacterias destructoras, llevándose por delante ilusiones y vidas.

Mi primer destino es precisamente Fuente Vaqueros, donde Lorca nació el 5 de junio de 1898. Un año antes, su padre se había casado con Vicenta Lorca, la maestra de la escuela de niñas de este pueblo situado en plena vega granadina, a veinticinco kilómetros de la ciudad. Cruzo esa distancia en taxi, pasando bajo la mole pelada

y oscura de Sierra Elvira, y me adentro luego en la vega verde, entre campos de espárragos, sandías y maíz, y las rectilíneas choperas que el otoño ha comenzado a dejar desnudas, con los altos árboles alzándose como buscadores de nubes.

Federico siempre guardó recuerdos hermosísimos de esta zona de Granada, que tanto influyó en su obra, y se mostraba orgulloso de haber nacido aquí. El pueblo, decía, «está edificado sobre el agua. Por todas partes cantan las acequias y crecen los altos chopos donde el viento hace sonar sus músicas suaves en el verano». Supongo que ha debido de cambiar mucho desde entonces: las aguas del acuífero ya no se desbordan, la población ha crecido hasta alcanzar los alrededor de cuatro mil habitantes actuales, y lo que me encuentro al llegar es uno de esos pueblos andaluces grandes, de tradicionales casas blancas de dos plantas entremezcladas con algún feo edificio de pisos moderno. Un pueblo sin ningún encanto especial. Salvo el de ser el lugar natal de Federico, que ya es mucho. Y también el que acogió el 5 de junio de 1976 —menos de un año después de la muerte de Franco— un multitudinario homenaje al poeta que fue, según parece, uno de los primeros grandes actos democráticos de la nueva España que aún estaba naciendo y en la que su recuerdo y el de su obra ocuparían el lugar de excepción que se le había negado durante cuarenta años.

La casa de Federico está en su propia calle: calle del Poeta Federico García Lorca número 4. Por suerte, pienso, llegó a vivir el momento en que pusieron esa placa. Fue en septiembre de 1931, y pudo venir a disfrutar de aquel acto que me imagino que le emocionaría. Para entonces, a sus treinta y tres años, era ya un escritor consagrado, que había publicado algunos de sus poemarios más importantes —*Romancero gitano* y *Poeta en Nueva York*— y había estrenado dos obras teatrales de mucho éxito, *Mariana Pineda* y *La zapatera prodigiosa*. Además, corrían buenos tiempos: hacía sólo cinco meses que se había proclamado la República, las gentes del pueblo que tanto le preocupaban parecían al fin destinadas a una vida mejor y él estaba lleno de proyectos y de vitalidad.

Supongo que en esa visita recordaría los once años de infancia que pasó aquí, aquella maravillosa vida de niño de pueblo criado al aire libre, entre juegos y baños y alguna hora no demasiado fatigosa de escuela, rodeado siempre de primos —tenía cuarenta, y casi todos vivían en esta comarca— y de mujeres que cantaban todo el día mientras los hombres estaban en los campos, porque estaban

contentas o porque estaban tristes, y que tanto influirían en su profundo sentimiento de la belleza y la sabiduría que las gentes del pueblo eran capaces de alcanzar. En 1935 afirmó:

> Toda mi infancia es pueblo. Pastores, campos, cielo, soledad. Sencillez en suma. Yo me sorprendo mucho cuando creen que esas cosas que hay en mis obras son atrevimientos míos, audacias de poeta. No. Son detalles auténticos, que a mucha gente le parecen raros porque es raro también acercarse a la vida con esta actitud tan simple y tan poco practicada: ver y oír. [...] Yo tengo un gran archivo en los recuerdos de mi niñez de oír hablar a la gente. Es la memoria poética y a ella me atengo.[34]

Pero hubo otros dos aspectos en aquella infancia que también le marcaron para siempre: la miseria de muchos de sus vecinos, que no olvidó nunca y que tanto tuvo que ver con su compromiso social. Y el refinamiento cultural de su madre. Doña Vicenta era una mujer más instruida que la mayor parte de la gente que les rodeaba. Amaba la música y la literatura, y supo transmitir a sus hijos esa devoción. «Mi infancia es aprender letras y música con mi madre», recordaba Federico años más tarde. Y nunca se le olvidó la imagen de aquella mujer leyendo para sus trabajadores en voz alta las obras de Victor Hugo, sentados todos a su alrededor en la cocina de la casa de Fuente Vaqueros o en la del cortijo de Daimuz, que también les pertenecía.

Lorca siempre tuvo una relación muy estrecha con ella. Una vez, cuando alguien le preguntó si no pensaba casarse, respondió: «Mis hermanos —Francisco, Concha e Isabel— sí, que se casen, pero yo soy de mi madre.» Una relación que no consistió sólo en mimos y caricias: doña Vicenta era una persona seria, seca y muy exigente. Por lo que se puede ver en su correspondencia, se pasó la vida presionando a Federico para que estudiase, para que publicase, para que ganase dinero, para que no gastara tanto, para que les escribiese más a menudo, para que viajara a verlos... Nunca debió de hacerse del todo a la idea de que ya no era un niño y de que tenía que soltarle de su mano para que él siguiera adelante solo.

Bien es verdad que el poeta no demostró ser precisamente eso que se llama «un hombre de provecho». Fue mal estudiante, acabó la carrera de Derecho a trancas y barrancas, se negó a ejercerla y, aunque dedicó muchas horas de trabajo a sus poemas y sus obras dramáticas, no consiguió independizarse económicamente de sus padres hasta casi el final de su vida, cuando en 1933 *Bodas de sangre* se convirtió en un éxito dentro y fuera de España. Entretanto, ellos tuvieron que ocuparse siempre de sus gastos, que no fueron precisamente modestos. Y lo cierto es que nunca le fallaron: aunque

pudieran regañarle, jamás le dejaron en la estacada y le cubrieron siempre con aquel manto protector que le permitió concentrarse tan sólo en su vocación y llegar a ser el inmenso escritor que fue.

Me pregunto si, al contar estas cosas de Federico, no estoy transmitiendo la imagen de un niño —y un hombre— rico, que creció rodeado de lujos. Yo misma, al venir a visitar sus casas, esperaba encontrar algo diferente, más cercano tal vez al palacete o la villa. Lo cierto es, sin embargo, que estas viviendas resultan modestas, simples residencias decentes de campesinos adinerados. Nada que ver, desde luego, con la mansión burguesa de la primera mitad del siglo pasado. Los García Lorca tenían dinero suficiente para vivir bien, pero no parece que lo gastaran en maderas exóticas, *bibelots* traídos de París o alfombras persas. El suyo era un gusto discreto, apegado a las viejas raíces campesinas, de cosas sólidas, duraderas y útiles.

Así es la casa natal: una casa de labranza en mitad del pueblo, típica de la zona. Un edificio medianero de dos plantas, de muros encalados, con cinco ventanas a la calle y un balconcillo lleno de tiestos de ciclámenes alegres. Dentro, alrededor del vestíbulo, hay cuatro habitaciones —el dormitorio de los padres y el de los niños, el comedor y la salita—, y al fondo la cocina. Suelos de barro y baldosas, paredes blancas, buena carpintería de vieja madera oscura, muebles bonitos y resistentes. Nada más.

Cuando don Federico murió tras el exilio de los García Lorca a Nueva York en 1940, esta vivienda, que había sido de su primera mujer, fue heredada por la familia de ésta. En 1982 la compró la Diputación de Granada y la transformó en museo, inaugurado en 1986. Hay una preciosa foto de Isabel, la hermana menor del poeta, abriendo la puerta de la casa renovada con una de esas llaves antiguas y enormes que a veces colgamos como reliquias en las paredes y que aquí sigue siendo aún utilizada.

Los muebles y los enseres proceden de fuentes diversas. Algunos son de la propia familia y otros fueron donados por vecinos y gentes que habían sido trabajadores o criados de la casa. Muebles robustos, de verdadero hogar, aunque encuentro un curioso toque pretencioso en la gran cama de madera del matrimonio, un tanto inusitada en un lugar como éste: los barrotes y los adornos son de bronce —remates de bolas, medallones y un gran mascarón a los pies—, y tiene un cierto aspecto de capricho ostentoso de nuevo rico.

En la habitación que fue de los niños, hay una cunita de latón

pintado de blanco que fue cedida por los descendientes de unos trabajadores de los García Lorca, quienes afirmaban estar seguros de que era la de Federico. Podría ser: doña Vicenta tenía la buena costumbre de repartir todo lo que no necesitaba entre sus vecinos más pobres. Cuando cerraron las casas antes de irse a Estados Unidos, regaló casi todo a sus conocidos y a la gente que había trabajado para ellos. Y, cuando llegó el momento, esas personas devolvieron lo que habían recibido a su emplazamiento original, con el orgullo de haber guardado durante décadas algo valioso, que había pertenecido a un hombre ilustre de vida trágica.

En la cocina, sobre la repisa del hogar, encuentro una pieza conmovedora: una fuente de loza con el nombre de Vicenta. Alguien que la quería bien debió de encargarla para ella en alguno de los alfares granadinos. Sobre la chimenea de la salita, hay una fotografía de don Federico, con su cara de buena persona, de hombre cabal. Por todas partes veo fotos del poeta, tiestos con plantas, jarritos con flores. Y tengo la sensación de que doña Vicenta ha pasado por aquí hace un rato, con su trapo del polvo en la mano, arreglándolo todo.

En una de las paredes de la salita, me llaman la atención dos bordados enmarcados. Uno representa un personaje junto a una luna creciente y el otro una cesta de frutas. Están llenos de color —rojos, azules intensos, dorados— y tienen el estilo inconfundible de los dibujos de Lorca. Parece ser que los diseñó él y alguna de sus primas los bordó. Han llegado hasta aquí a través de los años, como el recuerdo tal vez de una tarde de lluvia en familia: un par de canciones tocadas al piano por Federico, un rato jugando al escondite escaleras arriba y abajo, la merienda con los mayores, y luego esos dibujos que él haría —era 1928 y tenía ya veinte años— para entretener un poco a sus primas pequeñas. Un recuerdo insignificante, de cosa cotidiana y sin trascendencia, y tan importante sin embargo para quienes pudieron haber vivido ese momento, aquellas niñas que guardaron durante muchos años los bordados, mientras ellas envejecían recordando al primo mayor y adorado, y luego los entregaron aquí como si depositaran un tesoro: el dolor de su ejecución no asoló solamente a sus padres y sus hermanos, sino que salpicó de pesadillas los corazones de todos los miembros de su gran familia, que nunca pudieron volver a hablar de él sin echarse a llorar.

Subo al piso alto, donde antes estaban el desván y el granero y

ahora hay un espacio expositivo. Desde allí arriba se ve el patio trasero de la casa, con la parra y el laurel y el naranjo, y al fondo, la cuadra y el pajar, donde tanto le gustaba colarse mientras los gañanes arreglaban los aperos de labranza, para escuchar sus palabras y sus dichos.

En una de las paredes, se proyecta un vídeo sobre el Nueva York de Federico, la metrópoli deslumbrante y también miserable de 1929, el año de la Gran Depresión. Suena una ráfaga de piano interpretada por él. La reconozco bien: es el sonido lejano, como difuminado, de *En el Café de Chinitas*, una las canciones populares que grabó en 1931 con su amiga La Argentinita. Y por un momento siento como si el fantasma del poeta se hubiera asomado a este lugar donde debió de jugar tanto, escondiéndose entre los baúles y los trastos e inventando historias —sus primeras historias— para el teatrillo que su madre le compró en Granada y las marionetas que su nodriza tuvo que hacerle con trapos y cartón después de que el niño se quedara fascinado con unos titiriteros que pasaron por el pueblo.

La verdad es que Federico solía conseguir casi todo lo que se proponía. Era un hombre al que parecía que al nacer, como dejó escrito su amigo Luis Cernuda, las hadas le hubieran adornado con todos sus dones: «el don de la simpatía», y «ángel», y también «poesía». Y, sobre todo, el último don, el más especial, el de «saber vivir». Federico vivió poco, tan sólo treinta y ocho años, pero los vivió a fondo. Disfrutó, amó, fue amado, viajó, escribió lo que quiso, triunfó... Tuvo grandes amigos. Gentes poco comunes, que lo apoyaron indefectiblemente mientras vivió y lo recordaron un día tras otro después de su muerte, negándose a permitir que el mismo régimen de terror que lo asesinó y lo sepultó en algún lugar aún desconocido pudiese sepultar también su recuerdo y su obra.

La lista de los amigos de Federico —de los de verdad— es impresionante: Jorge Guillén, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Dámaso Alonso, Pablo Neruda, Manuel de Falla, Margarita Xirgu... La eclosión de inmenso talento de los años veinte y treinta del pasado siglo no provocó los odios y las rivalidades terribles del XVII. Muy al contrario: igual que había ocurrido con la generación de Machado, aquellos jóvenes que soñaban con cambiarlo todo —la poesía, el teatro, el amor y la realidad de España— fueron uniéndose a lo largo del tiempo, encontrándose los unos a los otros en los cafés, las facultades o los teatros, y reconociéndose como hermanos. Hubo rivalidades, claro —algunas de Federico con Alberti, otras, parece que más profundas, con

Miguel Hernández—, pero en general lucharon codo con codo por todo aquello en lo que creían y se protegieron los unos a los otros, enriqueciéndose.

Si a alguno hay que dejar fuera de la lista de los amigos de verdad —pudiendo haberlo sido— es a Buñuel. El cineasta genial —desde luego genial— fue un auténtico «señorito», en el sentido más triste de la palabra, machista, putero y homófobo, actitudes que mantuvo hasta el final de su vida: en su autobiografía *Mi último suspiro*, publicada en 1982, todavía se jactaba de sus muchas visitas a los burdeles del Madrid de los años veinte y de cómo en aquellos tiempos le gustaba plantarse a la puerta de los urinarios públicos para pegar a los homosexuales. Lorca y él se conocieron en 1919, cuando el poeta llegó a la famosa Residencia de Estudiantes adonde le habían enviado sus padres para que terminase en Madrid los estudios universitarios que en Granada se le habían atragantado. En un principio, se hicieron amigos. Y muchos años después, Buñuel seguiría presumiendo de esa amistad. Pero lo cierto es que una revisión de su correspondencia íntima —sobre todo con otro compañero de la Residencia, Pepín Bello— revela cuánto detestaba a Federico y lo cruel que podía ser con él, especialmente desde que éste estrechó su rara relación con Dalí. Leyendo sus frases, da la sensación de que el homófobo cineasta sentía celos de aquellos dos amigos con pocos prejuicios: «Federico me revienta de un modo increíble. [...] Con qué gusto le vería llegar aquí [a Dalí] y rehacerse lejos de la nefasta influencia del García [Lorca]. Porque Dalí, eso sí, es un hombre y tiene mucho talento.» «Dalí me escribe cartas asquerosas. Es un asqueroso. Y Federico dos asquerosos.»

Salvador Dalí: uno de los misterios sentimentales de la vida de Federico. Ambos se habían conocido también en la inevitable Residencia de Estudiantes, y terminaron estableciendo una relación estrechísima que probablemente fue más allá de la pura amistad, incluyendo un enamoramiento mutuo. Durante algún tiempo fueron inseparables, se alimentaron el uno al otro artísticamente y, mientras el poeta componía su *Oda a Salvador Dalí*, el pintor creaba una serie de cuadros y dibujos en los que siempre aparecía sobre su propia imagen, obsesivamente, la sombra perturbadora de Lorca. En 1966, aquel hombre que fue capaz de traicionar casi todo —los ideales de su generación y su propio talento—, convirtiéndose en una especie de payaso del arte, hizo públicas estas desagradables afirmaciones sobre su intimidad con Federico: «Era pederasta [sic], como se sabe, y estaba locamente enamorado de mí. Trató dos veces de..., lo que me perturbó muchísimo, porque yo no era pederasta y

no estaba dispuesto a ceder. Además, me hacía daño. O sea que no pasó nada. Yo me sentía halagado desde el punto de vista del prestigio. ¡En el fondo me hacía la reflexión de que era un gran poeta y que le debía una pequeña parte del agujero del c... del Divino Dalí!»[*]

Durante muchos años, Lorca vivió su sexualidad —el «amor oscuro» de sus sonetos— con auténtica angustia. Aceptar que su cuerpo y su mente se alejaban de lo que su familia y la sociedad exigían de él, no debió de ser fácil, como no lo ha sido nunca para los millones de homosexuales, hombres y mujeres, condenados durante siglos a vivir el ostracismo, la repulsión y hasta la violencia de quienes no los han aceptado en nombre de sus totalitarias ideas de lo «normal». En un poema de juventud, «Manantial», Federico clamó así contra el Dios judeocristiano que trataba de imponerle un comportamiento que él no se sentía capaz de asumir:

¡Ah, el sexo! ¡Nácar divino sobre oro,
jardín de sueños irisados,
manantial grave de pecados,
genial y único tesoro!
¡Mi corazón es malo, Señor! Siento en mi carne
la inaplacable brasa
del pecado. Mis mares interiores
se quedaron sin playas.
Tu faro se apagó. ¡Ya los alumbra
mi corazón de llamas![35]

Por mucho que Lorca tratara de disimular ante su familia su realidad sexual, nunca llegó hasta el punto de entablar falsos pero convenientes noviazgos con mujeres. Las tres relaciones estables que se le conocen fueron con hombres. El primero de esos amantes, Emilio Aladrén, era un escultor, alumno de la Escuela de Bellas Artes de Madrid, que había sido novio de la pintora Maruja Mallo, quien reconocía mucho tiempo después que Federico se lo había «robado». Cuando alrededor de 1929 Aladrén lo abandonó por una mujer, Federico se hundió en una crisis depresiva, arrastrado a la melancolía por el amor fracasado. Por suerte, esa crisis lo llevó a viajar a Estados Unidos y a Cuba y a escribir su *Poeta en Nueva York*, una de las obras cumbre de la poesía del siglo XX.

En 1932, Lorca inició otra relación con un joven granadino, Eduardo Rodríguez Valdivieso. Y al año siguiente, otra —la última — con Rafael Rodríguez Rapún, secretario del grupo de teatro que él dirigía por aquel entonces, La Barraca. Aquel amor duró hasta el final de la vida de Lorca y parece que fue una de esas pasiones

absorbentes que a veces debilitan a los enamorados ante el mundo. De hecho, Federico dimitió de su cargo al frente de La Barraca cuando Rafael fue cesado como secretario. Pero quizá hubo otra consecuencia aún mucho más grave derivada de aquel enamoramiento: en la primavera de 1936, poco antes del estallido de la guerra, Margarita Xirgu —que interpretaba las obras de Lorca con enorme éxito en América— le invitó a viajar a México. La actriz insistió en numerosas ocasiones, pero el poeta no acabó de decidirse a emprender aquel viaje que le separaría durante algunos meses de su amado. Y que, obviamente, le habría salvado la vida. A no ser que, como en el cuento de *Las mil y una noches*, la muerte hubiera ido a buscarle allí donde estuviera...

Yo vuelvo
por mis alas.

¡Dejadme volver!
¡Quiero morirme siendo
amanecer!
¡Quiero morirme siendo
ayer!

Yo vuelvo
por mis alas.

¡Dejadme retornar!
Quiero morirme siendo
manantial.
Quiero morirme fuera
de la mar. [36]

Federico siempre tuvo mucho miedo de la muerte. Ella forma parte de manera obsesiva de su obra literaria. Cuando alguien le preguntó una vez por qué, respondió sencillamente: «Es que no lo puedo remediar. Soy como un bichito de luz debajo de la hierba que teme la horrible pisada.» Quizá algo dentro de él —esa intuición misteriosa que a veces nos lleva a adelantarnos al tiempo convencional— preveía que ese final llegaría pronto y de manera cruel. Cuando era joven, a veces, jugaba al juego macabro de fingir que estaba muerto. Era tal vez una manera de reírse de sí mismo, de intentar aplazar mediante la catarsis aquel momento aterrador. Dalí rememoraba así sus representaciones en la Residencia de Estudiantes: «Recuerdo su rostro fatal y terrible, cuando, tendido sobre su cama, parodiaba las etapas de su lenta descomposición. La putrefacción, en su juego, duraba cinco días. Después describía su

ataúd, la colocación de su cadáver, la escena completa del acto de cerrarlo y la marcha del cortejo fúnebre a través de las calles llenas de baches de su Granada natal.»

Por desgracia, no hubo cortejo fúnebre. Ni ataúd. Nadie pudo cerrar sus ojos, lavar su cuerpo, vestirlo por última vez, colocarlo dignamente en su féretro con la humana ternura que les procuramos a nuestros muertos, en ese último gesto de amor. Nadie pudo desearle que la tierra le fuera leve. Lo arrastraron por el suelo como si fuera el cadáver de una alimaña, ensangrentado, rebozado en polvo. Lo tiraron a empujones y patadas a una fosa oscura, abierta en ningún sitio. Y le echaron la tierra encima a paladas, en medio del amanecer, apresuradamente, tratando de acallar para siempre todo lo que palpitaba en él. Pobre, pobre, pobre Federico.

Cuando su hijo mayor tenía seis o siete años, los García Lorca se fueron a vivir a otro pueblo a tan sólo cuatro kilómetros de Fuente Vaqueros, Valderrubio, que por aquel entonces se llamaba Asquerosa.[*] Allí vivieron hasta que Federico cumplió los once años. Entonces, para facilitar los estudios de los niños, se trasladaron a Granada. Valderrubio siguió siendo no obstante durante mucho tiempo el lugar de las vacaciones de Navidad y verano, el paraíso de la infancia —la luz, el agua y «las noches delirantes»— al que regresó una y otra vez en busca de paz.

Llego desde Fuente Vaqueros a primera hora de la tarde. Es un día claro y frío de otoño. Parece que el viento de Sierra Nevada alcance este rincón, con su olor a nieve. Me sorprende el aspecto del pueblo: está silencioso y vacío, no creo que dormido, sino más bien cerrado sobre sí mismo. Como si se escondiera. Las grandes persianas de esparto que en Andalucía suelen cubrir las ventanas en las horas extremas del calor del verano —y yo creía que tan sólo entonces— están echadas. Las puertas, tapadas por las cortinillas de rafia. Permanezco un rato ante la casa de Federico, esperando a que vengan a abrirme. No veo a nadie. No oigo nada: ni perros, ni pájaros, ni sonidos de teléfono, ni una televisión lejana... Un pueblo escondido. Tengo la sensación de que hay gente mirándome detrás de las persianas, espiando a esta mujer que ha aparecido ante la casa de los García Lorca justo el día en que está cerrada para el público. Se preguntarán qué hago aquí. Qué quiero saber.

Ésa, creo, es la clave: muchas personas han querido *saber* desde la muerte del poeta. Y aquí hay vecinos que saben cosas. Pero son cosas que prefieren callar o que no se atreven a decir. Aún hay rumores, casi ochenta años después: litigios de algunos con don Federico por la propiedad de ciertas tierras, deudas, envidias... Y, al

final, denuncias. Como siempre.

Aquí hubo, parece, enemigos feroces de los García Lorca. Lo cierto es que el 9 de agosto de 1936, diez días antes del asesinato, un grupo de hombres armados procedentes de este pueblo y de Pinos Puente, muy próximo, se presentaron en la Huerta de San Vicente, la casa de la familia junto a Granada. Entre ellos estaban algunos personajes de Asquerosa conocidos por su violencia: Enrique García Puertas, *el Marranero*, y los terratenientes Horacio y Miguel Roldán Quesada. Enemigos de don Federico. Miembros de la Confederación Española de Derechas Autónomas, la CEDA, el partido de masas de la derecha en ese momento, dirigido por José María Gil-Robles. Llegaron a la casa en busca de los hermanos del guardés, acusados falsamente de asesinato, y maltrataron y amenazaron a todo el mundo, incluido Federico, al que pegaron y llamaron «maricón». Cómo no.

Alguien me recuerda durante la visita que, como por casualidad, el hombre que el 16 de agosto detuvo a Lorca, Ramón Ruiz Alonso, exdiputado de la CEDA, era amigo de esos hermanos Roldán Quesada. Me lo ha dicho en voz muy baja, casi susurrando. Siento el miedo en la boca del estómago. Pero no es mi miedo. Es el viejo terror de Federico. Y el recelo de las gentes de este pueblo, que todavía flota por las calles y, estoy segura, atraviesa las persianas de esparto, penetrando en cada casa. Los secretos aún se guardan detrás de estas paredes, recios y agitados como volcanes que algún día, quizá, estallarán.

Y, sin embargo, mientras visito el hogar de los García Lorca, lo que percibo es calidez y alegría. Estoy segura de que aquí hubo muchas risas, muchas palabras agradables, mucha música tocada en el piano vertical de la sala. Se nota por todas partes. Todo eso se ha quedado, de alguna manera, entre estas paredes, en el aire, y me apacigua en cuanto entro. Por suerte para ellos, aquel odio sangriento que estallaría repentinamente en tan sólo unos días del verano de 1936 era algo inimaginable durante los años que vivieron aquí o pasaron largos períodos de vacaciones, disfrutando sin duda de todo: el pájaro que canta al amanecer, los baños en la acequia, las noches estrelladas bajo el perfume de los jazmines, las coplas de las criadas, las tardes de lectura...

La casa es muy parecida a la de Fuente Vaqueros, con la vivienda en la planta baja y el granero en la alta, el patio detrás y la cuadra al fondo. Más grande —hay incluso un anexo para los

guardeses—, tal vez un poco menos seria, como de veraneo, con los suelos de baldosas alegres y la carpintería pintada en color verde. El cuarto de los niños se ha convertido aquí en tres habitaciones: la de Concha e Isabel, la de Francisco y la de Federico. Contemplo su dormitorio en silencio. Todos son muebles auténticos, devueltos —como en Fuente Vaqueros— por los vecinos entre los que doña Vicenta los había repartido antes de cerrar esta casa e irse para siempre, con todo su dolor a cuestas: el escritorio, tal vez el mismo en el que el poeta compuso buena parte del *Romancero gitano* en el verano de 1924. El lavamanos con la toalla bordada por la nieta de una mujer del pueblo a la que doña Vicenta enseñó a hacer ese punto. Y la cama, de hierro y latón, tan ligera con sus formas vegetales y su colcha de ganchillo, con su propia historia a cuestas: la madre de Federico se la regaló a una mujer del pueblo, viuda y muy pobre. Era la primera vez que en su casa entraba una cama: al poeta le habría gustado saberlo. La misma familia la devolvió a finales de los noventa, cuando se abrió este museo. Me cuentan cómo los propios vecinos fueron trayendo aquí las cosas de los García Lorca que tenían en sus casas, trasladándolas a veces a mano, cruzando las calles con una mesa o un sofá transportado entre varios, quizá seguidos desde detrás de las persianas de esparto por las miradas intranquilas de algunos de los que, todavía entonces, acaso no tuvieran la conciencia muy tranquila.

Salgo de la casa reconfortada, pensando que, al menos, esas gentes buenas vivieron realmente buenos tiempos antes de que llegase el espanto. Lo que tuvieron que sufrir fue terrible —el mismo día en que detuvieron al poeta, fusilaron al marido de su hermana Concha, Manuel Fernández-Montesinos—, pero durante algunos años habían vivido una vida tranquila y quizá incluso feliz. Ahora que he empezado a comprender mejor que nunca la angustia de aquellos días, pensar eso me parece un consuelo.

Muy cerca de su propia vivienda, en una calle transversal, hay otra casa que también fue importante en la vida de Federico: la de Frasquita Alba, una terrateniente viuda y tiránica que inspiró *La casa de Bernarda Alba*. Ésa fue la última obra de Lorca, la postrera y magnífica prueba de su talento. Nunca la vio representada: de hecho, la estrenó Margarita Xirgu en Buenos Aires en 1945, y en España no se pudo montar hasta 1964 por estar prohibida. La terminó justo dos meses antes de su ejecución, el 19 de junio de 1936, y se sabe que se la leyó a sus amigos en la Huerta de San

Vicente muy pocos días antes de ser detenido.

Por aquel entonces, a punto ya de morir, Lorca era una gloria de las letras españolas. Como poeta, estaba indudablemente entre los mejores de su generación. Y como dramaturgo, era el número uno indiscutible, el gran renovador de la escena teatral. Dotado de un talento artístico genial —también dibujaba y parece que era buen actor—, Federico había creído desde pequeño que su verdadera vocación era la música: sentado al piano o con la guitarra, tocando o cantando, lograba seducir a todo el mundo. Sólo empezó a dedicarse con entusiasmo a la escritura —poesía y prosa poética— en la adolescencia tardía, a punto de cumplir los veinte años. Su primer poemario lo publicó en 1918 —*Impresiones y paisajes*— y enseguida se convirtió en el jefe de filas de la nueva generación, sobre todo después de dar a la luz en 1928 el *Romancero gitano*, admirado y aplaudido por jóvenes y mayores.

El teatro se le resistió un poco más: su primera obra, *El maleficio de la mariposa*, estrenada en 1920, fracasó. Tuvo que esperar hasta *Mariana Pineda*, en 1927, para ver cómo se le abrían definitivamente las puertas de las grandes compañías, en particular la de una de las actrices más famosas de su tiempo, Margarita Xirgu, que estrenó casi todas sus obras y lo convirtió en un autor venerado en América, antes y después de su muerte. Xirgu supo ver desde el principio la capacidad del poeta para entender el alma de sus personajes femeninos —grandiosos, heroicos, como de tragedia griega—, huyendo de los estereotipos burgueses y ñoños de la época, y su valentía para crear una nueva forma de narración dramática, alejada de la retórica grandilocuente y vacía que tanto se veía en los escenarios y capaz de sumar a su proyecto el esfuerzo de artistas de vanguardia como su amigo Dalí —que realizó los decorados de *La zapatera prodigiosa*— o José Caballero.

A su trabajo como autor se unió en 1931 la dirección de aquel interesante proyecto de la República que fue La Barraca. Se trataba de crear un grupo de teatro universitario que llevase las grandes obras de nuestro teatro clásico a los pueblos, totalmente alejados en aquellos tiempos de cualquier actividad cultural de importancia. Lorca montó varias piezas de Cervantes y Lope de Vega, además de otras de Calderón de la Barca y Tirso de Molina, y durante casi cuatro años recorrió decenas de pueblos de buena parte de las provincias españolas. Un proyecto extraordinario que permitió a muchas gentes disfrutar de algo que jamás habrían soñado.

(Durante uno de los viajes con La Barraca por Galicia, Federico se acercó a ver la casa de Padrón donde había muerto Rosalía,

cuando aún era almacén de maderas. Luego, entre sus *Seis poemas galegos*, incluyó esta *Canzón de cuna pra Rosalía Castro, morta*:

¡Érguete, miña amiga,
que xa cantan os galos do día!
¡Érguete, miña amada,
porque o vento muxe coma unha vaca!

Os arados van e vên
dende Santiago a Belén.
Dende Belén a Santiago
un anxo ven en un barco.
Un barco de prata fina
que trai a door de Galicia.
Galicia deitada e queda
transida de tristes herbas.
Herbas que cobren teu leito
e a negra fonte dos teus cabelos.
Cabelos que van ô mar
onde as nubens teñen seu nidio pombal.

¡Érguete, miña amiga,
que xa cantan os galos do día!
¡Érguete, miña amada,
porque o vento muxe coma unha vaca!)[*]

El triunfo definitivo en los escenarios le llegó en 1933 con *Bodas de sangre*, a la que siguieron *Yerma* en 1934 y *Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores* en 1935. Tres obras basadas en la realidad de la vega de Granada, que él conocía tan bien, pero convertidas en historias universales por su capacidad dramática y la belleza de su lenguaje. Tres años seguidos de grandes éxitos, aplausos y bravos sin fin, dinero y alabanzas que le llovían de todas partes y que, según parece, llegaron a envanecerle un poco. El cuarto año, 1936, Federico escribió *La casa de Bernarda Alba*. Tendría que haber sido su cuarto triunfo. Fue en cambio el triunfo de la barbarie.

Aquel mes de julio Federico estaba en Madrid. A medida que transcurrían las semanas llenas de violencia callejera y de rumores de golpe de Estado, él, siempre miedoso, se iba sintiendo cada vez más asustado. Había aplazado varias veces su viaje a México para reunirse con Margarita Xirgu y ahora no sabía muy bien qué hacer. Pensaba que, de llegar a ocurrir algo, fuera lo que fuese, sería más grave en Madrid que en Granada. El 13 de julio, después de enterarse de que había sido asesinado José Calvo Sotelo, líder del partido Renovación Española, decidió irse a su ciudad. Esa misma noche, sin avisar siquiera a los amigos con los que había quedado a

cenar, cogió el tren camino de su casa, donde creía que iba a sentirse protegido.

Federico se equivocó: nada más producirse el golpe de Estado cinco días después, la guarnición granadina se sublevó a favor de los fascistas, y detuvo a los gobernadores civil y militar y al alcalde de la ciudad, que era el cuñado de Lorca, Manuel Fernández-Montesinos, ejecutado como ya he dicho un mes más tarde. El día 23, Granada estaba en poder de los golpistas. Rodeada de territorio republicano, las nuevas autoridades establecieron un régimen de terror destinado a impedir cualquier resistencia dentro de la ciudad. Durante meses se produjeron ejecuciones masivas junto a la tapia del cementerio, detrás de la Alhambra. Y los grupos fascistas de las Escuadras Negras se dedicaron a torturar y asesinar a su antojo.

El poeta, abatido como nunca antes lo había estado, se refugió en esta casa de la Huerta de San Vicente que ahora visito. Los García Lorca habían comprado esta preciosa finca de dos hectáreas en 1925. Los padres sentían que empezaban a hacerse viejos, y aunque siguieron viviendo en su piso de la ciudad, la Huerta se convirtió desde entonces en su lugar de veraneo, mucho más cercano que Asquerosa. Realmente, en las afueras de Granada, a dos pasos del centro. A lo largo de los años, el descuido urbanístico y la expansión de la ciudad destruyeron todas las fincas vecinas. Ésta, la única superviviente, se ha convertido en un parque convencional, en medio del cual se alza, temblorosa como un milagro que no acabara de creer en sí mismo, la casa de Federico. Un auténtico milagro: cuando se fueron al exilio, los García Lorca alquilaron esta propiedad a unos primos, que cuidaron devotamente de ella. En 1975, se hizo un plan de ordenación urbanística que autorizaba a derribar la casa y construir nuevos edificios. El hermano del poeta, Francisco García Lorca, que ya había regresado de Nueva York, encabezó una protesta masiva de la ciudadanía que logró paralizar esa actuación y preservar la finca. Diez años después, toda la propiedad y sus muebles y enseres fueron adquiridos por el ayuntamiento. Y en 1995 se abrió al público la casa museo.

Y ahí está ante mí, el edificio blanco y verde del que Federico habló tantas veces, añorando su encanto. El gran patio terraza de la entrada. Y algunos de los árboles que la familia plantó, o tal vez otros ejemplares de las mismas especies: el ciprés, por supuesto, que nunca puede faltar en Granada. Los almeces. La palmera. Los granados y laureles. Y el gran nogal bajo el que han cantado, en

noches de las que Federico habría disfrutado, Lou Reed, Patti Smith o Chavela Vargas. Y los jazmines trepando por la fachada, las glicinias, las buganvillas, la madreselva. En las madrugadas, todas aquellas flores lanzaban sus perfumes y les daban a los miembros de la familia, decía él, «dolores líricos de cabeza». Qué suerte, pienso, poder quejarse del dolor de cabeza por culpa de las flores en un lugar tan magnífico como éste.

Un lujo exquisito, qué duda cabe. Y, sin embargo, de nuevo estoy frente a una casa sencilla, campesina, alejada de cualquier sofisticación. Un lugar para ser serenamente feliz, sin pretensiones ridículas. Dentro, todo es luminoso, alegre y confortable, las paredes tan claras, las baldosas blancas y rojas, los muebles de buen gusto, las telas bordadas que recubren las mesas, los dibujos del propio Lorca y los cuadros y fotos de la familia —Federico mirando con devoción a doña Vicenta— y el piano, este medio colín que llegó a tocar el mismísimo Falla y que debía de sonar día y noche bajo los dedos atentos y ágiles del poeta.

Arriba hay una sala de exposiciones en la que se pueden ver varios originales de Federico, con su letra redonda y generosa, y las correcciones a lápiz sobre los trazos de pluma. Y su dormitorio: la cama simple de madera, con su colcha tan blanca. El vidrio pintado con la *Dolorosa de los siete puñales*, tan andaluz. El cuadro de una *Escena del sur* que pintó para él Rafael Alberti. El cartel que Benjamín Palencia hizo para La Barraca. Y el escritorio. El suyo de verdad, donde escribió *Así que pasen cinco años*, *Bodas de sangre*, *Yerma* y el *Diván del Tamarit*. Asombroso. No puedo evitar emocionarme. Me lo imagino aquí, tantos días, tantos años, lleno de ansiedad y de sueños, buscando la palabra exacta, añorando al amado, pensando en el encuentro con los amigos por la noche en el café, retomando luego el texto, enfadándose consigo mismo, riéndose al encontrar la frase tan perseguida, divagando sobre el mundo mejor que habrían de construir entre todos. Y mirando luego por la ventana, hacia la Alhambra extraordinaria y su Sacromonte tan querido y Sierra Nevada, blanca y resplandeciente como el alma del niño que siempre quiso volver a ser. Con el olor de los jazmines haciéndole cosquillas en el paladar.

Salgo al balcón. Ya no se ve nada de todo eso. Lo han tapado los edificios anodinos de pisos levantados enfrente. Pero no me importa. Puedo imaginarlo. Y sé que Federico está aquí, a mi lado, fijo para siempre en la última noche de su vida, la del 8 al 9 de agosto de 1936, cuando comprendió definitivamente que iban a venir a por él. Es cierto que aún le quedaban un puñado de noches

eternas por pasar: escondido primero en casa de sus amigos los Rosales, detenido luego en el Gobierno Civil, y al fin encerrado en la cárcel provisional de La Colonia en Víznar, hasta su ejecución al alba del 19 de agosto, al pie de un olivo entre Víznar y Alfacar, junto con el maestro Dióscoro Galindo y los banderilleros Joaquín Arcollas y Francisco Galadí. Pero aquellas noches tan sólo fueron la agonía previa a la muerte. Y me niego a que ésas cuenten en medio de tanto fulgor.

Si muero,
dejad el balcón abierto.
El niño come naranjas.
(Desde mi balcón lo veo.)
El segador siega el trigo.
(Desde mi balcón lo siento.)
¡Si muero,
dejad el balcón abierto![37]

Citas

[1] Cit. en JEAN CANAVAGGIO: *Cervantes*, Madrid, Espasa Calpe, 2003.

[2] Cit. en MARCELLIN DEFOURNEAUX: *La vida cotidiana en la España del Siglo de Oro*, Barcelona, Argos Vergara, 1983.

[3] Cit. en MARCELLIN DEFOURNEAUX: *op. cit.*

[4] Cit. en FELIPE B. PEDRAZA JIMÉNEZ: *Lope de Vega, vida y literatura*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2008.

[5] MIGUEL DE CERVANTES: *Obras completas*, tomo IV, Madrid, Turner, 1993.

[6] MIGUEL DE CERVANTES: *Obras completas*, tomo I, Madrid, Turner, 1993.

[7] MIGUEL DE CERVANTES: *Obras completas*, tomo II, Madrid, Turner, 1993.

[8] Cit. en MARCELLIN DEFOURNEAUX: *op. cit.*

[9] Cit. en FELIPE B. PEDRAZA JIMÉNEZ: *op. cit.*

[10] «Epístola octava de La Filomena.» Cit. en VV. AA., *Casa Museo Lope de Vega*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1993.

[11] «Epístola a Martín Porras». Cit. en VV. AA., *op. cit.*

[12] LOPE DE VEGA: *El caballero de Olmedo*, Madrid, Castalia, 1973.

[13] LOPE DE VEGA: *Poesías líricas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1960.

[14] LOPE DE VEGA: *Lírica*, Madrid, Castalia, 1981.

[15] GASPAR DE JOVELLANOS: *Obras completas*, tomo I, edición de José Miguel Caso González, Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII e Ilustre Ayuntamiento de Gijón, 1984.

[16] GASPAR DE JOVELLANOS: *op. cit.*

[17] *Epístola VII, De Inarco Celenio* [Leandro Fernández de Moratín] *a Jovino* [Jovellanos] *y respuesta de éste.* En GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS: *op. cit.*

[18] Cit. en EVA ACOSTA: *Emilia Pardo Bazán. La luz en la batalla. Biografía*, Barcelona, Lumen, 2007.

[19] Cit. en EVA ACOSTA: *op. cit.*

[20] ROSALÍA DE CASTRO: *Follas Novas*, traducción de Xesús Rábade Paredes y Helena Villar Janeiro, Santiago de Compostela, Fundación Rosalía de Castro, 2004.

[21] Todas las citas anteriores, en EVA ACOSTA: *op. cit.*

[22] Cit. en EVA ACOSTA: *op. cit.*

[23] «Galerías». Cit. en IAN GIBSON: *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*, Madrid, Punto de Lectura, 2007.

[24] RAFAEL CANSINOS-ASSÉNS: *La novela de un literato*, Madrid, Alianza Editorial, 2005.

[25] «Retrato», *Campos de Castilla*, en ANTONIO MACHADO: *Antología poética*, Barcelona, Planeta, 1990.

[26] «A un olmo seco», *Campos de Castilla*, ANTONIO MACHADO: *op. cit.*

[27] Cit. en IAN GIBSON: *op. cit.*

[28] Cit. en IAN GIBSON: *op. cit.*

[29] Cit. en IAN GIBSON: *op. cit.*

[30] Cit. en IAN GIBSON: *op. cit.*

[31] Cit. en IAN GIBSON: *op. cit.*

[32] «Canciones a Guiomar», en <http://atlasdepoesia.blogcindario.com/2007/05/00211-canciones-y-otras-canciones-a-guiomar-de-antonio-machado.html>.

[33] ANTONIO MACHADO: *Cartas a Pilar. Edición de Giancarlo Depretis*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1994.

[34] Cit. en IAN GIBSON: *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca. 1898-1936*, Debolsillo, Barcelona, 2010.

[35] *Libro de poemas*. Cit. en IAN GIBSON: *op. cit.*

[36] «El regreso». Cit. en IAN GIBSON: *op. cit.*

[37] «Despedida», en <http://users.fulladsl.be/spb1667/cultural/ lorca/>.

NOTAS

[*] Cit. en Felipe B. Pedraza Jiménez, *Lope de Vega, vida y literatura*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2008.

[*] Cuando visito el museo, en diciembre de 2010, está en obras la nueva sede para esa colección, en el antiguo edificio de la Tabacalera.

[*] Lugar más hermoso / en la tierra no ha sido / que el que yo miraba, / donde yo he nacido. / Lugar más hermoso / nunca encontraría / ni con más encanto / que aquél de Galicia. / ¡Galicia florida! / Cual ella ninguna, / de flores cubierta, / cubierta de espumas. / De espumas que el mar / con perlas regala, / de flores que nacen / al pie de las aguas. / De valles tan hondos, / tan verdes, tan frescos, / que las penas calman / tan sólo con verlos. / Que en ellos los ángeles / dormidos se quedan, / ya vueltos palomas, / ya en forma de nieblas. / Cantarte he, Galicia, / tus dulces cantares, / que me lo pidieron / al pie de los mares. / Cantarte he, Galicia, / en lengua gallega, / consuelo de males, / alivio de penas. / Mimosa, suave, / sentida, quejosa; / encanta si ríe, / conmueve si llora. / Cual ella ninguna / tan dulce que cante / soledad amarga, / suspiros amantes, / sueños de la tarde, / de la noche duendes: / cantarte he, Galicia, / al pie de las fuentes. / Que así me pidieron, / que así me mandaron, / que cante y que cante / en la lengua que hablo. (Traducción de Xesús Rábade Paredes y Helena Villar Janeiro.)

[*] Aquél se va, se va éste, / y todos, todos se van. / Galicia, sin hombres quedas / que te puedan trabajar. / Tienes huérfanos y huérfanas / y campos de soledad, / madres que no tienen hijos / e hijos que sin padre están. / Y corazones que sufren / de larga ausencia mortal, / viudas de vivos y muertos / que nadie consolará. *Follas Novas, op. cit.*

[*] Cuando pienso que te has ido, / negra sombra que me asombras, / al pie de mis cabezales / tornas haciéndome mofa. / Cuando te imagino ida, / en el mismo sol te asomas, / y eres la estrella que brilla, / y eres el viento que sopla. / Si cantan, tú eres quien canta; / si lloran, tú eres quien llora; / y eres murmullo de río, / y eres la noche y la aurora. / En todo estás y eres todo, / conmigo y para mí moras, / ni me abandonarás nunca, / sombra que siempre me asombras. *Follas Novas, op. cit.*

[*] Adiós, montes y prados, iglesias y campanas; / adiós, Sar y Sarela cubiertos de enramada; / adiós, Vidán alegre, molinos y hondonadas; / Conxo, el de claustro triste y soledades plácidas; / San Lorenzo, escondido, cual nido entre las ramas; / Belvís, para mí siempre el de hondas añoranzas; / Santo Domingo, en donde cuanto quise descansa / —vidas sois de mi vida, trozos de mis entrañas—; / y vos también, sombrías paredes solitarias, / testigos de mi llanto sola y desventurada; / adiós, sombras queridas; adiós, sombras odiadas; / otra vez la azarosa fortuna / para lejos me arrastra. / Todo al volver, si vuelvo, estará donde estaba: / los mismos montes negros, las mismas alboradas / del Sar y del Sarela mirándose en las aguas; / los mismos campos verdes, las mismas torres pardas / de la adusta basílica mirando en lontananza. / Mas los que ahora dejo como la fuente mansa / o en verdores de vida, sin tempestad ni lágrimas, / ¡cuánto, cuando volviere, presos de la mudanza, / habrán de prisa andado senderos de desgracia! / Yo..., mas yo ¡nada temo en el mundo!, / ¡la muerte me tarda! *Follas Novas, op. cit.*

[*] En estos momentos —junio de 2013—, en la Real Academia Española hay cinco mujeres (y dos electas, que no han tomado posesión todavía) de un total de cuarenta y seis miembros. Una cantidad aún exigua y que no responde, me temo, a la realidad literaria, profesoral y filológica del país.

[*] Cit. en Ian Gibson, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca. 1898-1936*.

[*] Ese nombre tan raro procede del topónimo romano Aquae Rosae. Fue cambiado a Valderrubio en 1943.

[*] ¡Levántate, mi amiga, / que ya cantan los gallos del día! / ¡Levántate, mi amada, / que el viento muge como una vaca! / Los arados van y vienen / desde Santiago a Belén. / Desde Belén a Santiago / un ángel va en un barco. / Un barco de plata fina / que trae el dolor de Galicia. / Galicia dormida y muda / transida de tristes hierbas. / Hierbas que cubren tu lecho / y la negra fuente de tus cabellos. / Cabellos que van al mar / donde las nubes tienen su palomar. / ¡Levántate, mi amiga, / que ya cantan los gallos del día! / ¡Levántate, mi amada, / que el viento muge como una vaca! *Poesía completa III,* Barcelona, Debolsillo, 2010.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, EVA: *Emilia Pardo Bazán. La luz en la batalla. Biografía*, Barcelona, Lumen, 2007.

CANAVAGGIO, JEAN: *Cervantes*, Madrid, Espasa Calpe, 2003.

CASO GONZÁLEZ, JOSÉ MIGUEL: *Vida y obra de Jovellanos*, Oviedo, Caja de Asturias y El Comercio, 1984.

— *Jovellanos*, Barcelona, Ariel, 1998.

CEÁN BERMÚDEZ, JUAN AGUSTÍN: *Memorias para la vida del Excelentísimo Señor D. Gaspar Melchor de Jovellanos*, Madrid, Fuentenebro, 1814.

DEFOURNEAUX, MARCELLIN: *La vida cotidiana en la España del Siglo de Oro*, Barcelona, Argos Vergara, 1983.

FERNÁNDEZ CUBAS, CRISTINA: *Emilia Pardo Bazán*, Barcelona, Omega, 2001.

GIBSON, IAN: *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*, Madrid, Punto de Lectura, 2007.

— *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca. 1898-1936*, Barcelona, Debolsillo, 2010.

GONZÁLEZ SANTOS, JAVIER: *La casa natal de Gaspar Melchor de Jovellanos*, Gijón, Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular, 2006.

LACARTA, MANUEL: *Cervantes. Biografía razonada*, Madrid, Sílex, 2005.

LOZÓN URUEÑA, IGNACIO: *Madrid. Capital y Corte*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2004.

MACHADO, ANTONIO: *Cartas a Pilar*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1994.

OSORIO, MARTA, ed.: *Miedo, olvido y fantasía. Crónica de la investigación de Agustín Penón sobre Federico García Lorca (1955-1956)*, Granada, Comares, 2009.

PEDRAZA JIMÉNEZ, FELIPE B.: *Lope de Vega, vida y literatura*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2008.

REY LAMA, GONZALO: *Vinte quilómetros ó sur de Santiago. A Casa-Museo de Rosalía*, Santiago de Compostela, Fundación Rosalía de Castro, 1999.

RYBCZINSKI, WITOLD: *La casa. Historia de una idea*, Madrid, Nerea, 1989.

VALDERRAMA, PILAR DE: *Sí, soy Guiomar. Memorias de mi vida*, Barcelona, Plaza & Janés, 1981.

VILLACORTA BAÑOS, ANTONIO: *Las mujeres de Lope de Vega*, Madrid, Alderabán, 2000.

VV. AA., *Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, Real Academia Galega, A Coruña, 2008.

VV. AA., *Guía del Museo Casa Natal de Cervantes*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2003.

<www.academiadesanquirce.org>.

<www.huertadesanvicente.com>.

<www.jovellanos.net>.

<www.madrid.org>.

<www.museo-casa-natal-cervantes.org>.
<www.museosdeescritores.com>.
<www.museogarcialorca.org>.
<www.rosaliadecastro.org>.
<www.valderrubio.net>.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a todas las personas que me enseñaron los museos y compartieron conmigo secretos de las casas y de sus habitantes: a Carmen Jiménez Sanz, coordinadora jefe de Museos, y Charo Melero Tejerina, conservadora de Museos, ambas de la Subdirección General de Museos de la Comunidad de Madrid. A Lucía Peláez Tremols, directora de la Casa Natal de Jovellanos. A Helena Villar Janeiro, presidenta, y Maite Piñeiro, gerente, ambas de la Fundación Rosalía de Castro. A Xulia Santiso Rolán, conservadora de la Casa de Emilia Pardo Bazán. A César Gutiérrez, librero de la Casa de Antonio Machado. A Laura García Lorca, directora de la Fundación Federico García Lorca. A Alfonso Alcalá, director del Patronato Federico García Lorca y de la Casa Natal de Federico García Lorca. A José Pérez Rodríguez, encargado de la Casa de Federico García Lorca en Valderrubio. Y a Jesús Ortega, coordinador cultural del Patronato Municipal Huerta de San Vicente.

Y quiero dar igualmente las gracias a Teresa Caso, Rocío Juesas, Eugenio Fuentes y Juan Carlos Avilés por su lectura, sus ideas y su apoyo.

Las casas de los poetas muertos
Ángeles Caso

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Jim Richardson / Corbis / Cordon Press

© Imagine Press Ediciones, S. L., 2011

© Editorial Planeta, S. A., 2013
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2013

ISBN: 978-84-08-11946-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.,
www.victorigual.com